





200  
# 3516

174

# CENTRO APOSTÓLICO

DEL

# CORAZÓN DE JESÚS

PARA

## MISIONES EN CHILE



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN BARCELONA

Calle Moneda, núm. 25-G á M

—  
1896

117



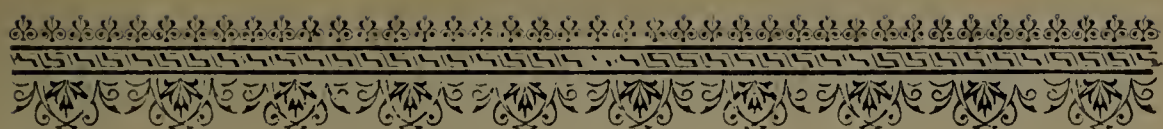


*Tenemos también como cierto, que es voluntad del misericordioso Dios atestiguada por los hechos y doctrina de nuestro Redentor, que los hombres deben secundar su obra en la salvación de las almas... Por donde os amonestamos, Venerables Hermanos, y estimulamos vuestra caridad para que se multipliquen las santas expediciones entre los indios; se aumenten los mensajeros de las misericordias, que voluntarios y gozosos vayan como operarios á la mies del Señor y sin oír á la carne y á la sangre, se hagan todo por sus hermanos desamparados á fin de ganarlos á Cristo.*

(Carta de S. S. León XIII á los Obispos del Perú).







El intento de declarar, aunque en breve compendio, lo que sea el Centro Apostólico para Misiones en Chile, responde, como es razón, á las repetidas instancias de amigos deseosos de tener descrita la Obra para propagarla. A la vez se verán cumplidos los buenos deseos de los devotos, que quisieran tener en un papel como demarcadas las lindes del campo de su acción, para no enredar las manos en labor ajena. Hasta los indevotos tendrán en este escrito por donde alabar, si no la indolencia propia, la solicitud ajena aplicada á los desvalidos. De aquí deriva el acuerdo unánime en el Directorio de señoras del Centro Apostólico de dar á la estampa, por mano de la señora Secretaria, los Estatutos de la Obra y de publicar juntamente la aprobación y alta estima que de ella tienen hecha, primero los Rdmos. señores Obispos é Iltres. Vicarios Apostólicos de Chile, á cuyo servicio nació el Centro como hijo devotísimo de aquellos, que el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios; y luego los RR. PP. Misioneros de todas las Ordenes

religiosas, cuyas cartas son como cifras elocuentes del bien que llevamos entre manos.

Unos y otros como testigos muy abonados declaran con voz conmovida, que los intereses de Dios, que deben ser nuestros más caros intereses, reclaman de todos cooperación pronta y generosa, so pena de ir por vía de bancarrota en muchas gentes que perecen sin remedio.

Y si alguien observare, que más bien hombres que mujeres debieran llevar en hombros empresa de tanta gloria divina, le responderemos, que nosotras no cedemos á nadie el puesto de honor, que nos corresponde en las obras de Dios, que siempre ha puesto á la mujer á la par del hombre lo mismo en Belén que en el Calvario, y aun antes y después y siempre en la historia vemos á la mujer ejemplar con el hombre salvando á los pueblos.

Así lo entendemos las señoras del Directorio del Centro Apostólico.

- SRA. PILAR VALDÉS DE LARRAÍN
- » ELISA ARMSTRONG DE OSSA
- » CONCEPCIÓN ECHAURREN DE OCHAGAVÍA
- » MARIANA BROWN DE OSSA
- » ELENA RIVERA DE CORREA
- » CATALINA ARLEGUI DE COVARRUBIAS
- » JOSEFINA ECHAZARRETA DE URETA
- » JULIA GANDARILLAS DE LARRAÍN
- » ANA LUISA GARCÍA DE LARRAÍN
- » CORINA RIESCO DE RIESCO
- » ROSALÍA NECOCHEA DE LINTZAY
- » CARLOTA VICUÑA DE ROBINSON



- SRA. ROSA PRAT DE ORTÚZAR  
» MARÍA MERCEDES GÁTICA DE MATA  
» MANUELA ROJAS DE BARRA  
SRTA. TRINIDAD BLANCO CUARTÍN  
» MERCEDES RIVAS CRUZ  
» JESÚS LARRAÍN ALDUNATE  
» CORNELIA ORTÚZAR CUEVAS  
» ROSARIO YANETI CASTILLO  
» ELENA VIAL CARVALLO  
» MARÍA DEL C. URETA CARVALLO  
» MERCEDES CERDA CONCHA  
» AMELIA BERNALES MANCHEÑO  
» MERCEDES GÜEMES VALDIVIESO  
» AURORA MIRA MENA

JULIA HUIDOBRO DE PUERTA DE VERA

Secretaria



#### OBJETO DEL CENTRO APOSTÓLICO

El objeto del Centro Apostólico es implorar la caridad pública y ordenarla en socorro de la gran familia cristiana, cuyos hijos perecen de hambre y muchos tal vez para siempre por faltarles, más que el pan de la boca, el pan de la divina palabra mil veces más necesario que todo otro alimento. Sin culpa de nadie y con advertencia de todos andan como fuera de redil millares y millares de ovejas en extremo descuido. Millares de almas en su miseria como sin precio, que tanto precio cos-

taron al Divino Pastor. Verlas en todas partes que dan compasión en sus extravíos, sin más suerte en la vida, que la mala suerte de no tener ni una sola mano que las encamine, ni una sola voz que las apaciente, ni un solo corazón que prenda en ellas el amor del Bien eterno. Necesidad extrema de ellas, que como lengua de su clamor, pide á gritos socorro de salvación á cuantos conserven el buen sentido de un corazón cristiano, que no sufre se pierdan sin remedio tantas almas redimidas, ni desoye aquella dulcísima voz que á todos dice: «Lo que hicieréis por una de ellas por Mí lo hicieréis.»

¿Quién no sabe cómo son en Chile las parroquias rurales con su vasta extensión no medida y su poblado por haciendas tan diseminado, y en asentados y caseríos que están del centro parroquial ocho, diez y quince leguas, por caminos las más veces de á uña de caballo? ¿Cómo serán los quince y veinte mil fieles de cada parroquia así desparramados por montes y valles como ovejas descarriadas? ¿Qué podrá hacer por todos y por cada uno de ellos un solo sacerdote como hay de ordinario en cada feligresía, más que sea un celoso apóstol, de firme aplicado como párroco á cuidar de todos más allá de sus alcances? Gracias que á este apóstol le asistan las fuerzas como el ánimo de llevarse lo más de la vida á caballo, acudiendo al llamado de los moribundos en extremo apartados, que mientras unos son asistidos, mueren otros sin sa-

cramentos, en el mayor desconsuelo de los que así mueren y de los que así sobreviven. ¡Pobre párroco y heroico sacerdote! que en su situación desvalida, más que un pastor que apacienta en doctrina su grey asentada en religión, es como para náufragos un cabo de salvación lanzado de acá para allá al alcance tal vez de unos pocos.

Urge sobremanera dar mano de auxilio á tan desolado sacerdote tan solo para tanta gente, la que lejos del pueblo vive ¡cómo vive, Dios mío! y cómo muere! Y urge todavía más ayudarle en su propio pueblo, donde no faltan los maldicientes, y sobran los descreídos, y abundan los perversos, y crecen los impíos, y contagian los malos ejemplos; y á mayor abundamiento de males, caen por lo común sobre el pueblo sencillo como pestes de muerte las del *matrimonio civil*, fuente de apostasías; las de los periódicos impíos, simiente del socialismo; las de la mala enseñanza, que acaba con todo; y no digamos las de la embriaguez, y pasemos por alto las de la masonería, y callemos las del vicio más feo, y terminemos este cuadro de lástimas con las sectas protestantes, que cunden de los extremos al centro de la República como plaga de langosta asoladora.

Mejoremos la suerte, no ya del sacerdote, sino del pueblo que perece; acudamos todos en su defensa, presa como es de falsos hermanos, que creen todavía hacer bien á los pobres robándoles el cielo y engrandecer á los pueblos desquiciando, como



decía Wáshington, los dos grandes apoyos de la humana felicidad, la religión y la moral, bases del público bienestar. «Nó, decía un pensador profundo, no es grande una ciudad ni por el trazado de sus calles, ni por el tamaño de sus plazas, ni por la muchedumbre de sus traficantes; se hace grande con la probidad de sus moradores.»

Moralizar pues al pueblo, es empresa de todos y todos son más que llamados obligados á ella: los unos en nombre y por deber de la Religión que profesan; y los otros en nombre y por bien del pueblo en peligro.

«Hacer levantar las cabezas de todos al cielo, decía Víctor Hugo en las Cortes de Francia, es un deber que incumbe no sólo á los Obispos, sino también á los legisladores; lo mismo á los sacerdotes, que á los escritores... Yo quiero, como el que más, mejorar la suerte material de los que sufren; pero la primera de las mejoras es no quitarles la esperanza infinita.» Y vosotros se la habéis quitado, concluía más tarde en el mismo recinto el socialista Jaurés, aterrando á todos los diputados con lógica abrumadora. «Vosotros habéis arrancado definitivamente al pueblo de la tutela de la Iglesia y del dogma... En el hecho de suprimir la irradiación religiosa, habéis elevado la temperatura revolucionaria del proletariado; y hoy os espantáis ante vuestro propio engendro. Al renegar del socialismo, renegáis del fruto de vuestros entrañas.»

Y si en el campo contrario se aboga con tanta



elocuencia á favor del sujeto que aquí se declara, ¿cómo abogará en el campo de la piedad la caridad cristiana, mostrando con dedo afanoso á muchedumbres sin cuento caídas sin arrimo en olvido de Dios; donde si no hay piedad en las madres, ni respeto en los hijos, ni buen ejemplo en los padres, ni pudor en las doncellas, ni honestidad en las casadas; si los más se ahogan en un vaivén de pecados como los náufragos en las olas del mar, ¿quién será tan osado, que niegue á las víctimas el sentido de la compasión? que niegue á tanto Lázaro yacente las migajas sobrantes de su mesa bien asistida?

No te pase por mientes, dice San Agustín, salvarte á tí sin hacer por salvar á los otros; ¿no recuerdas al siervo aquel? acusado ¿acaso porque perdió el talento recibido? no, mas por no haber lucrado con él. «Entre los deberes, dice León XIII en su Encíclica *Sapientiae*, que nos juntan con Dios y con la Iglesia, se ha de contar entre los principales ese de que cada cual se industrie y trabaje en la propagación de la verdad cristiana y repulsión de los errores.» Cuando sabemos que la recompensa será á la medida del trabajo que hayamos aportado á la común salvación ¿quién no afanará donde afanaron y afanan los justos de la tierra y los santos del cielo y de donde solamente son excluidos como gente de mal pecho los reprobados para siempre?

No pensemos tanto en lo que podemos, cuanto

en lo que hacemos y en lo que debemos hacer. Aunque ¿qué no podríamos hacer si en todas las Diócesis y en todas las parroquias se constituyese un centro colector á los fines que aquí se indican? ¿Qué mano tan apocada negaría cinco centavos al mes á una obra tan simpática á todo católico chileno? Y si se negase ¿quién no tendría para darle al menos una oración cotidiana, que juntas y de todas partes hiciesen clamor y violencia al cielo á que envíe numerosos obreros á la mies que blanquea? ¿Cómo no rogar por tan gran necesidad, que quema como fuego en los ojos de cuantos la miran?

Y la miran afligidos, porque han de dar á Dios cuenta de ella, todos los Obispos y todos los sacerdotes y todos los religiosos con muchos católicos deseosos cada uno de poner remedio. Pero ¿cómo? si el remedio es la obra de todos, la obra que llamamos Centro Apostólico para Misiones en Chile, que por mano de piadosas señoras ha hecho sus primeros ensayos en Santiago con tan buen suceso, como es de ver por los grandes hechos que á continuación publicamos. Y si tanto ha podido el esfuerzo de pocos ¿qué no podría el esfuerzo de muchos?

Es la obra de todos, que no estorba obra ninguna según se verá por sus Estatutos; es la obra que recrea el Corazón de Jesús en su empleo de salvar al mundo; que esfuerza la acción de los Obispos cooperando á su divino ministerio; que alienta la fatiga de los Párrocos con la ayuda que

les presta; que abre campo al celo de los misioneros en su deseo de salvar á todas las almas. Pues en las dos épocas de lluvias y calores inhábiles para el trabajo de misiones en la Arquidiócesis, pueden salir bastantes en número para donde el tiempo favorece y la mies está en sazón y viene á perderse por falta de brazos.

¿Quién pudiese ver otra vez aquel sublime espectáculo de piedad, que dió toda la Nación el 5 de Agosto de 1849 en la iglesia Metropolitana de Santiago? Oficiaba de Pontifical en la misa solemne el Exmo. Sr. Valdivieso; asistían á ella S. E. el Presidente de la República don Manuel Bulnes con los cuatro Ministros de Estado los Generales Freire, Las Heras, Lastra y Campino; el señor Intendente de la Provincia con la Ilustre Municipalidad; los oficiales del Ejército, la Universidad Nacional, las Ordenes Religiosas con el clero secular. Los cuerpos cívicos formaban en cuadro en la plaza mayor.

Uno era el alto pensamiento de todo aquel venturoso pueblo unánime y concorde. Uno mismo el ferviente deseo que henchía el pecho de todos, así eclesiásticos como militares. Uno mismo el perfumado ambiente que se respiraba en la iglesia y en la plaza. Uno solo el voto de aquellas cuentas de Rosario en las manos de los devotos, que de aquellos brillantes fusiles en las manos terciadas de los soldados. La gloria de Dios, como decía con tanta elocuencia el orador sagrado don Víctor Eyzagui-



rre y la dignidad del hombre salvándole de la ignorancia y del pecado. Tal era el tema del caso á propósito de la fiesta, en la que se celebraba la fundación en Santiago de un gran Centro Apostólico, entonces llamado «Sociedad Evangélica» en que tomó tanta parte el palacio de la Moneda como el palacio Arzobispal, tanta el Congreso de los Diputados como el Cabildo de los Canónigos; todo el cuerpo de la Nación por sus dos brazos, el eclesiástico y el secular.

Bien haya una Nación que pone su honra en la honra de Dios y en el mejoramiento de sus ciudadanos.





ESTATUTOS  
DEL CENTRO APOSTOLICO  
DEL  
CORAZÓN DE JESÚS



OBJETO DEL CENTRO APOSTÓLICO

El Centro Apostólico es una obra piadosa, que tiene por objeto el procurar Misiones por cuenta propia, siempre de acuerdo con los Ilmos. señores Obispos y Párrocos respectivos, para aquellos puntos adonde no alcanza el personal diocesano.

CAPÍTULO I

ASOCIACIÓN

El Centro Apostólico está puesto bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús.

San Francisco Javier es el Patrón principal de la obra; segundos patronos, los Ángeles Custodios de la Nación.

Todos los fieles de uno y otro sexo pueden alistarse en esta santa obra y participar de los méritos y gracias de ella.

La erogación es voluntaria por parte de cada asociado, de quien será recogida por mes ó por año según su beneplácito.

La dirección espiritual del Centro está confiada á un sacerdote de la Compañía de Jesús, nombrado por el R. P. Rector del Colegio de San Ignacio.

## CAPÍTULO II

### ORGANIZACIÓN

El Centro está formado por el Directorio, las colectoras y los asociados.

*El Directorio* está compuesto de señoras de reconocida piedad. Cada Directora recibirá al mes de sus colectoras las erogaciones mensuales inscritas en las listas de su pertenencia; la suma vendrá en carpeta cerrada con el nombre por fuera y cantidad enumerada de la propia Directora, quien la entregará á la Tesorera en la reunión mensual, que celebra el Directorio, presidida por el sacerdote nombrado Director. Cualquiera Directora puede proponer una señora al Directorio para formar parte de él, desde luego que sea por el mismo aceptada.

El Director nombrará la Secretaria, la Vicesecretaria, la Tesorera, la Vicetesorera, dos Depositarias y varias Celadoras diocesanas.

*La Secretaria* tomará nota en cada reunión de los acuerdos tomados en el Directorio, los que leerá en la reunión siguiente y guardará escritos en su libro de actas. Contará con la Tesorera y Vicetesorera las cantidades recogidas y entregadas mensualmente por las Directoras en cada reunión.

*La Vicesecretaria* hará las veces de la Secretaria en ausencia. Llevará el registro general de los socios del Centro, con la calle y el número de cada uno.

*La Tesorera* verificará cada mes las cuentas y leerá en la reunión del Directorio las entradas y salidas del mes anterior y del remanente en depósito que correrá á su cargo. Cada año en el mes de enero presentará una Memoria de los fondos administrados durante el año, que empezará á regir en abril: llevará esta Memoria á la aprobación del Exmo. señor Arzobispo. Recibirá del Directorio las órdenes de pago.

*Las Depositarias* serán dos: la una procurará, de acuerdo con el Directorio, libros de amena lectura y mensualmente dará por la colectora uno á cada asociado, guardando los sobrantes en depósito destinados á las Misiones del Centro. La otra recibirá todas las prendas que puedan servir para ornamentos de iglesias pobres y los objetos de piedad convenientes á las Misiones.



*Las Celadoras.*—Una para cada Diócesis (1): cada cual tendrá á su cargo la correspondencia con los Párrocos referente á las Misiones que se puedan dar en cada parroquia. Éstas se procurarán desde Santiago y serán enviadas para los tiempos convenidos. Procurarán obtener de los Misioneros una relación de cada Misión con el número de comuniones y matrimonios, que transcribirán en su libro de Misiones. Proveerán á los Misioneros de objetos de piedad y de propaganda católica. Presentarán á la resolución del Directorio los pedidos de los Párrocos, que respondan á los tres puntos siguientes: *a)* asientos parroquiales que deben ser misionados; *b)* años transcurridos sin misión en ellos; y *c)* meses hábiles para la Misión. Ordenarán las Misiones resueltas por el Directorio y avisarán luego á los Párrocos las resoluciones del caso.

*Las Colectoras* recogerán la erogación mensual de los inscritos en sus listas de cargo signadas con el sello del Centro, y darán á cada asociado, según la erogación, un libro de amena lectura. Cada grupo de colectoras se entenderá con una Directora, á quien entregarán cada mes las erogaciones recogidas.

---

(1) Para Iquique y Antofagasta. Srta. Rosario Yaneti Castillo, Alonso Ovalle, 13.  
» La Serena..... » Elena Vial Carvallo, Agustinas, 78.  
» Concepción ..... » Cornelia Ortúzar Cuevas, Compañía, 133.  
» Ancud..... Sra. Elena Rivera de Correa, San Ignacio, 8.



## CAPÍTULO III

### LOS ASOCIADOS

Los socios del Centro se dividen en dos clases: *inscritos* y *efectivos*. Los primeros se inscriben por sí ó por otro en las listas del Centro, dando desde la inscripción, por mes ó por año, una limosna que recogerá una colectora.

Los *efectivos*, además de la condición precedente, rezarán cada día un *Padrenuestro* á San Francisco Javier y otro á los Angeles Custodios de la Nación y la jaculatoria *Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor*. Los terceros viernes de mes ofrecerán una comunión á las intenciones del Centro Apostólico.

## CAPÍTULO IV

### INTENCIONES DEL CENTRO APOSTÓLICO

- 1.<sup>a</sup> La conversión y salvación de las almas.
- 2.<sup>a</sup> Grande espíritu de celo por las almas en los Sacerdotes y Seminarios.
- 3.<sup>a</sup> Grande espíritu de piedad en las madres para la educación y santificación de sus hijos.

Por las intenciones dichas se aplicarán todas las oraciones y limosnas y mortificaciones voluntarias de los asociados. Como tales para serlo, si fuesen

Religiosas, bastará que apliquen cada tercer viernes de mes la indulgencia de una comunión. Si fuesen Sacerdotes, dirán una Misa en el día del mes por ellos señalado.

N. B.—En cualquiera Parroquia, donde el propio Párroco quiera constituir un centro parroquial, nombrará una ó más colectoras y recibirá del Centro directivo los libros, que se dan á los asociados.

#### ARTÍCULO TRANSITORIO

Si por algún caso, á juicio del Directorio, el Centro Apostólico no pudiese llenar el objeto que se propone, terminaría su misión aplicando todos sus fondos á una obra similar en Chile.

Quedaré esta asociación sometida á lo prescrito en el artículo 1816 del último Sínodo diocesano.

---

*Santiago, 29 de agosto de 1896.*

Considerando de mucha utilidad para los fieles el fin que se propone la Sociedad denominada «Centro Apostólico del Corazón de Jesús», venimos en darle nuestra aprobación, concediendo 80 días de indulgencia á sus miembros por cualquiera obra que hagan ó limosna que den en su favor. Tómese razón y comuníquese.—  
EL ARZOBISPO DE SANTIAGO.—*Román*, Secretario.



# MISIONES EN CHILE

---







*Carta ael Illmo. señor Obispo de Concepción  
al Centro Apostólico*

**Concepción, 22 de abril de 1894.**

Con gratísima satisfacción nos hemos impuesto de la importante comunicación de Uds., que oportunamente hemos tenido el honor de recibir. ¡Bendito sea Dios! No todo ha de ser amargura para el corazón del Obispo. La acción bienhechora que el piadoso celo de Uds. ha sabido excitar con el fin de conservar y aumentar la fe religiosa del pueblo por medio de misiones, producirá sin duda frutos salvadores, que servirán eficazmente para detener la ola de impiedad, que por todas partes nos inunda.

Creemos que el tiempo de la primavera sería el más adecuado para que los misioneros ¡principien sus tareas apostólicas y veríamos con complacencia que se diera preferencia á las Parroquias de la frontera, á Temuco, Traiguén, Victoria, Imperial y Collipulli. En esta ciudad vendrían muy bien *unas conferencias morales* para señoras, predicadas por

un buen orador. En seguida trabajaríamos con empeño por la fundación de sociedad semejante, que secundara la católica acción de Uds.

Con sentimiento de profunda distinción y estimación de lo íntimo de mi alma les doy mi bendición episcopal.—*Plácido*, Obispo de Concepción.

---

*Carta del Illmo. señor Obispo de la Serena al Centro Apostólico*

**Serena, 30 de abril de 1894.**

He tenido el honor de recibir la atenta nota de Uds. del 15 del presente, en la cual se sirven comunicarme que se ha fundado en Santiago un Centro Apostólico de Misiones con el objeto de coadyuvar á los Rmos. Obispos en la divina empresa de salvar las almas; y se dignan ofrecerme sus servicios y al mismo tiempo me piden me sirva indicarles las misiones más urgentes que se necesitan en esta Diócesis.

Profundamente agradecido á la cooperación que me ofrecen, debo manifestarles que en pocas diócesis habrá más necesidad de misiones que en la Serena. La escasez de recursos de este Obispado y el reducido número de sacerdotes con que cuenta, no permite atender á este importante servicio, sino dando misiones en las parroquias cada

tres años, de modo que los señores Curas que, dada la extensión de sus feligresías, apenas pueden atender á las necesidades más urgentes de su ministerio, se ven privados de este poderoso auxilio para mantener la fe y cultivar la piedad en los fieles.

Actualmente los religiosos del I. C. de María se ocupan en misionar la provincia de Atacama y me sería muy grato, si para fines de septiembre ó principios de octubre del presente año pudiera contar con misioneros enviados por ese Consejo, para acompañarme en la Visita de las parroquias del departamento de Illapel, que hace tres años no gozan de los beneficios de las misiones.

Reiterando á Uds. los sentimientos de mi más profunda gratitud y haciendo votos por que Nuestro Señor bendiga sus esfuerzos en la salvación de las almas, con todo gusto les envío mi bendición episcopal. — Dios guarde á Uds. — † *Florencio*, Obispo de la Serena.

---

*Carta del Illmo. señor Obispo de Ancud al Centro  
Apostólico*

**Ancud, 7 de marzo de 1894.**

Hemos tenido el gusto de recibir la nota en que ese Centro Apostólico para misiones, recientemente-



te fundado por la entusiasta iniciativa de Uds., nos hace el generoso ofrecimiento de ayudarnos en la grande obra de la salvación de las almas.

Al mismo tiempo que aceptamos en todas sus partes la generosa oferta, cúmplenos dar á Uds. las más expresivas gracias por ella.

Sin duda, no hay otra Diócesis en Chile donde haya más extenso campo de trabajo y donde haya también mayor carencia de recursos de todo género.

Como ya entra la estación del invierno, no creemos conveniente poner en práctica desde luego la ayuda que nos ofrecéis; además, pensamos marchar muy pronto á Santiago, donde tendremos el gusto de ponernos al habla con Uds., para tratar del importante negocio en que queréis ayudarnos.

Junto con la repetición de nuestros agradecimientos y nuestros fervientes votos por la prosperidad de la grande obra de caridad que habéis fundado, reciban Uds. y esa benéfica institución nuestra bendición episcopal.

Dios guarde á Uds.—† *Fr. Juan Agustín*, Obispo de Ancud.

---



*Carta del Illre. Vicario Apostólico de Antofagasta  
al Centro Apostólico*

**Antofagasta, 8 de mayo de 1894.**

Señoras:

Tuve el honor de recibir el atento oficio de Uds. del 16 del pasado, en el cual me dan la muy grata nueva de que, con el fin de coadyuvar á las tareas de la evangelización de los pueblos, allí donde los recursos diocesanos son escasos, han fundado en Santiago un Centro Apostólico de Señoras.

Bendigo á Dios por la feliz inspiración de Uds. Ya desde la época en que Nuestro Señor enseñaba su celestial doctrina, las santas mujeres y entre ellas su divina Madre fueron las cooperadoras más entusiastas del Redentor.

En los tiempos apostólicos y aun en los primeros siglos de la Iglesia, una pléyade de mujeres ilustres se dedicó con sus servicios personales y con sus recursos pecuniarios á auxiliar á los sacerdotes y obispos en todas sus grandes empresas.

La piedad nunca desmentida de las señoras de Santiago no podía mirar impasible las grandes necesidades espirituales de las poblaciones establecidas en los desiertos conquistados por Chile en la guerra de mil ochocientos setenta y nueve. Esa conquista de territorio no fué completa, por-

que no se extendió sino á la parte material. A pesar de los grandes esfuerzos hechos por los sacerdotes chilenos para regenerar á estas corrompidas poblaciones, poco fruto se ha conseguido hasta hoy por la falta de recursos tanto pecuniarios como de sacerdotes, que compartiesen con ellos las tareas del apostolado.

Los Obispos de Chile no han podido proporcionarles sus buenos sacerdotes, porque dicen que los necesitan; y han sido estériles los empeños que hemos hecho los Vicarios de Tarapacá y Antofagasta para conseguir congregaciones de sacerdotes, que vengan á establecerse acá.

El Centro Apostólico de Señoras ha venido, pues, á llenar una gran necesidad.

Es bien sabido, que la corrupción de las costumbres que empieza á manifestarse en el sur de Chile, ha tenido su origen en estas ciudades del norte. Es menester por lo tanto atacar el mal en su germen y ahogarlo aquí mismo, para que no continúe contaminando lo demás del país.

Dos obras importantes hay que realizar en el vicariato de Antofagasta. Es la primera, la organización de un modo estable del servicio de misiones en cada una de sus parroquias y aldeas, que son las siguientes: Tocopilla, Toco, Santa Fe, Cobija y Gatico, Antofagasta, Central, Caracoles (Isla y Placilla), Calama, Chiuchú, San Pedro de Atacama.

Las misiones de Antofagasta, Tocopilla y Cara-

coles deben ser dadas en tiempo cuaresmal y por sacerdotes, que tengan algún prestigio en su palabra, pues se trata de conmover á gentes muy apartadas de la religión con fuertes preocupaciones en contra de ella y con pruritos de instrucción.

Las misiones de Toco, Santa Fe, Cobija y Central pueden ser dadas por un solo sacerdote, porque son lugares de reducida población. La época á propósito para darlas sería desde mediados de febrero hasta mediados de marzo. Las de Calama Chiuchú y San Pedro de Atacama pueden ser dadas en el mes de abril. Estos pueblos están situados en pequeños oasis y sus habitantes, que son indios casi en su totalidad, se ausentan de sus aldeas la mayor parte del año para regresar á ellas en tiempos de las cosechas de sus chacaras, que tienen lugar en ese mes.

En resumen, creo que dos sacerdotes, que partiesen de Santiago el siete de febrero de mil ochocientos noventa y cinco, podrían ceñirse al siguiente itinerario. Llegarán á Tocopilla el quince de febrero. Primera misión, Toco, de quince á veintitrés. Segunda, Santa Fe, de veintitrés á veintiocho. Tercera, Tocopilla, primero á nueve de marzo. Cuarta, Cobija y Gatico, de diez á diez y nueve. Quinta, Central, de veintiuno á veintiocho. Sexta, Antofagasta, de veintinueve de marzo á tres de abril, jueves, viernes y sábado Santo en Antofagasta. Séptima misión, Caracoles (Isla y Placilla), de nueve á diez y ocho de abril. Octava, Ata-



cama, de veinte á veintiocho. Novena, Chiuchú, de treinta á siete de mayo. Décima, Calama, de siete á quince.

De modo que dos sacerdotes ocuparán tres meses en esta tarea. Debo advertir, que con excepción de la misión de Antofagasta, todas las demás son muy poco laboriosas, pues nunca el número de confesiones pasará de trecientas personas en cada una.

Á pesar de que son muy reducidos los recursos de que puedo disponer, yo me haría cargo del transporte, gastos de viaje y manutención de los misioneros durante los tres meses, que durarán sus tareas. Lo demás corresponderá al Centro Apostólico.

La segunda empresa, que deseo realizar en Antofagasta, es el establecimiento de una congregación de sacerdotes Salesianos. Antofagasta es un pueblo obrero y completamente industrial; la población es pobre y hay en ella millares de niños, que crecen en la ociosidad y la ignorancia.

La institución de la casa Salesiana, que pudiese tomar á su cargo la educación industrial de esos niños, produciría un doble resultado, por cuanto esos sacerdotes podrían servir también para fomentar la piedad del pueblo y aun para dar misiones.

A fin de realizar esa idea, he obtenido de la Municipalidad una manzana de terreno en un lugar muy adecuado.

Comuniqué, no hace mucho, este proyecto á Monseñor Fagnano, quien me prometió, que la fundación de Antofagasta sería una de las primeras en realizar. Es verdad, que para conseguirlo habrá necesidad de acopiar muchos fondos con el objeto de hacer las construcciones y poder formar una renta para los Sacerdotes.

Pido al Señor que envíe toda clase de bendiciones á las distinguidas y piadosas señoras, que componen el Centro Apostólico y hago votos por que sus esfuerzos sean abundantemente recompensados.

Saluda respetuosamente á Uds. S. S. S. y C.—  
*Luis Silva Lezaeta*, Vicario Apostólico.

---

*Carta del R. P. Fr. Felipe Bórquez, Prefecto de Misiones franciscanas, á la Celadora del Centro.*

**Angol, agosto 16 de 1894.**

El que suscribe, Prefecto Apostólico de las Misiones Franciscanas del Colegio del Santísimo Nombre de Jesús de Castro, acusa recibo del oficio, que Ud. me dirigió el día 7 de agosto del presente año á nombre del Centro Apostólico para Misiones en Chile.

Esta Prefectura, aunque ha sido fundada independiente de toda autoridad eclesiástica por la Santa Sede, no obstante esto, tiene un Superior jerárquico de nuestra orden en Chile reconocido.

como tal por la Sagrada Congregación de «Propaganda Fide». Este Superior, á quien debemos obediencia, es el M. R. P. Fr. Benedicto Díaz, Comisario General de los Franciscanos en Chile.

Desearía, señora, que el Centro Apostólico se comunicara con él para hacer más práctica la idea feliz, que se ha propuesto esa institución eminentemente cristiana.

Por lo que á mí toca, doy al Centro Apostólico mil gracias por la cooperación de oraciones y limosnas, que ofrece á esta Prefectura, que durante tanto tiempo trabaja por la conservación de la fe católica y por la civilización araucana, objeto primordial de nuestra Corporación Misionera.

Cualquiera limosna, que manden á esta Prefectura, será un pan venido del cielo, porque con ella alimentamos y vestimos á los indiecitos é indiecitas, que educamos en nuestra casa misionera.

De Ud. S. M. atto. cap. y S. S.—*Fr. Felipe Bórquez*, Prefecto de Misiones.

---

*Carta de Fr. Alejo de Barletta, Prefecto de Misiones Capuchinas, al Directorio del Centro Apostólico.*

**Valdivia, 17 de agosto de 1894.**

Respetables señoras:

Tengo la honra de acusar recibo de su nota del 7 del corriente en la que se me anunciaba la for-



formación de una Asociación de señoras para misiones en Chile, con el objeto de cooperar, á la medida de sus fuerzas, al ministerio de la salvación de las almas. Celebro, como debo, la formación de dicha Asociación, la cual está llamada á producir grandes bienes en la Iglesia de Jesucristo. Por lo tanto, hago votos para que el cielo derrame sus bendiciones sobre una Asociación tan santa.

Esta Prefectura Apostólica aprovechará oportunamente de la buena voluntad del Directorio, á quien desea toda felicidad.—*Fr. Alejo de Barletta*, Prefecto de Mis. Capuchino.

---

*Carta de D. Daniel Fuenzalida, Vicario Apostólico de Tarapacá, á la Celadora del Centro*

**Iquique, 14 de septiembre de 1894.**

Señora de todo mi respeto:

Cuando tuve el honor de recibir el oficio del Centro Apostólico para Misiones fechado el 19 de abril del año en curso, me encontraba en Santiago y en el acto me dirigí á la casa de la señora Martínez de Walker con el objeto de contestar verbalmente á ese importante oficio; pero sólo ayer, por carta del R. P. Mas, he sabido, que en el Directorio del Centro no consta mi contestación dada de palabra á la referida señora.

Hecha la explicación anterior, ruego á Ud. se digne hacer presente al Centro mis más cordiales agradecimientos por su bondad en hacer partícipe á este Vicariato de los preciosos beneficios, que está llamado á hacer en la magna y laudable empresa de la salvación de las almas.

Entretanto, saluda respetuosamente á V. S. Atto S. S. y C.—*Daniel Fuenzalida* Vicario Apostólico.

---

*Carta del R. P. Bartolomé Mas S. I. á los Illmos. Sres. Obispos de Concepción, La Serena y Ancud*

**Santiago, 8 de mayo de 1893.**

Ilustrísimo señor:

El Centro Apostólico, para poder cooperar con más eficacia al fin primordial de su obra, las misiones en las Diócesis escasas de recursos, con el debido respeto pide á S. S. Illma. la aprobación para dirigirse á los Párrocos de su obediencia, á quienes suplicará una breve relación de las misiones, que se podrían dar dentro de cada parroquia respectiva.

Así, con la relación de todos se haría un mapa de misiones de cada Diócesis, que aquí se tendría á la vista para procurar á tiempo los misioneros necesarios, que después serían enviados siempre de acuerdo con S. S. Illma.

Si el propósito indicado fuese de la aprobación



de S. S., mucho agradecería un cuadro de direcciones y cuanto fuese de mayor conveniencia al fin expresado.

En las S. S. y O. O. de S. S. Iltma. mucho se encomienda su affmo. Svo. en Cto. q. b. s. a. p.—  
*Bartolomé Mas. S. I.*

---

*Carta del Iltmo. señor Obispo de Concepción al R. P.  
Bartolomé Mas S. I.*

**Concepción, 10 de mayo de 1893.**

Respetado y estimado amigo:

Acabo de imponerme de su atenta, y en contestación me es grato decirle que apruebo el modo que el Centro Apostólico ha determinado para estar al corriente de las necesidades espirituales de los fieles en los diversos puntos de la Diócesis. Nadie como el Párroco, que tiene obligación de conocer á sus ovejas, puede suministrar datos más exactos y sucintos sobre las necesidades espirituales de los distintos puntos de su parroquia y proponer al Centro Apostólico los lugares preferidos para los misioneros.

Para los fines de una dirección expedita tengo el gusto de mandarle un catálogo de la Diócesis. En él se encuentran detalladas y numeradas todas las parroquias, que tienen estafeta de correo.

Entre los curatos más necesitados y que bien pueden preferirse para ser obsequiados, me es grato enumerarle:

Parroquia de Empedrado		Provincia Maule	
Id. Cobquecura		Id. Id.	
Id. Tucapel		Id. Concepción	
Id. Antuco		Id. Id.	
Id. Arauco		Id. Arauco	
Id. Victoria recién fundada.			

Son las que más necesitan de un tabernáculo.

Disponga de su affmo. Cap. y a. que le desea el cielo.—*Plácido*, Obispo.

---

*Carta del Illmo. Sr. Obispo de Ancud  
al R. P. Bartolomé Mas S. I.*

**Ancud, 1.º de julio de 1898.**

Reverendo Padre:

Sólo ahora podemos contestar la carta de V. R. del 7 de mayo, porque quisimos antes conferenciar sobre el asunto con los RR. Padres Misioneros, que vinieron á nuestra Diócesis por cuenta del Centro Apostólico.

Como para el Centro sería de mucho trabajo el dirigirse á cada uno de nuestros párrocos para el

objeto indicado en su ya recordada carta, creemos conveniente hacer por Nos mismo la relación de las misiones, que se podrán dar en esta Diócesis, indicando á la vez la época más oportuna para estas tareas apostólicas.

Ante todo debemos dejar mencionado que los RR. Padres de Puerto Montt cada uno misiona dos parroquias, ó cuando menos, una y parte de otra, dando en todo 16 ó 18 misiones según el número de capillas, que cuenta cada parroquia. Estas misiones se dan en las parroquias que tienen más necesidad de ellas y á indicación nuestra. Por lo general y con excepción de sólo una que otra, todas se dan en la provincia de Chiloé.

Los servicios, que con tanta generosidad se sirve prestarnos el Centro Apostólico, los quisiéramos utilizar muy en especial en las provincias de Valdivia, Llanquihue y en las poblaciones principales de Chiloé.

En esta virtud creemos, que en la provincia de Valdivia podrían darse las siguientes misiones: Valdivia, Corral, Callecalle y San José. En este último pueblo, aunque es misión de los Padres Capuchinos, no habría inconveniente para ello por parte del R. P. Prefecto. En el departamento de la Unión (provincia de Valdivia), se misionaría en la villa de Unión y en Río Bueno, que también es misión, pero que tiene una importancia igual á la Unión. En la provincia de Llanquihue se darían las siguientes: Puerto Montt, Calbuco, Maullín,



Osorno y San Pablo, que es una misión muy poblada y en la que hay muchos españoles.

La época más oportuna para estas misiones serían los meses de noviembre, diciembre y enero, antes del comienzo de las cosechas, cuando la gente está desocupada y la estación es benigna.

En la provincia de Chiloé convendría, que el Centro diera misiones en las siguientes parroquias: Ancud, Castro, Chonchi, Lemuy, Achao, Quenac, Dalcahue y Tenaún. Se darán misiones sólo en las iglesias parroquiales, porque los RR. Padres de Puerto Montt podrían darlas después en las capillas pertenecientes á estas parroquias, como también en los curatos restantes. No creemos conveniente, que el Centro misione en todas las capillas, porque habiendo parroquias en que se dan hasta veinte misiones, correspondientes á otras tantas capillas, sería una tarea demasiado larga la que así se impusiera el Centro Apostólico.

La mejor época para las misiones de Chiloé es desde principios de marzo hasta mediados de mayo. La gente asiste aquí con regularidad, aunque el tiempo sea lluvioso.

Estos son los datos, que podemos suministrar al Centro Apostólico, quien sabrá apreciarlos y podrá hacer la distribución de las misiones en la forma que crea más conveniente.

Superfluo creemos encarecer á V. R. la necesidad, que tenemos de misioneros: hay parroquias en



que hace diez y más años, que no se dan misiones por falta de sacerdotes y de recursos. Por eso no podemos menos que alabar y bendecir la obra bienhechora, que se ha propuesto como fin el Centro Apostólico. Que Dios bendiga á las personas, que forman esta sociedad y les proporcione los recursos suficientes para que puedan llevar adelante sus nobles propósitos y ayuden con misiones á la propagación y sostén de la fe en las Diócesis faltas de clero.

Agradecemos y aceptamos la oferta que V. R. nos hace de algunos sagrarios de mármol para las parroquias pobres.

Si el Centro puede disponer de algunos para esta Diócesis, puede mandárnoslos y aquí los distribuiremos entre las más necesitadas. Los que hay actualmente son todos de madera y por lo general muy pobremente arreglados.

Terminamos esta carta recordando y encareciendo á V. R. la necesidad, que tenemos de Misioneros para que en este mismo año se den las misiones de San José, Callecalle, Unión, Río Bueno, San Pablo y Osorno. Si ellas se pudieran dar en los meses, que dejamos indicados, creemos que serían muy abundantes los frutos, que se recogerían.

Ponemos toda nuestra confianza en Dios, que es el dador de todo bien, y en V. R. que, según esperamos, ha de influir en el ánimo del Centro, á fin de que atienda favorablemente nuestros deseos.

Con los sentimientos de nuestra consideración, nos suscribimos de V. R. afmo. S. S. y Cap.—  
† *Fr. Juan Agustín Lucero*, Obispo de Ancud.

---

*Reunión del Directorio del «Centro Apostólico», presidida por el Illmo. señor Obispo de la Serena y enviada á «El Porvenir» (diario) para ser publicada.*

El interés, que siempre han mostrado los devotos del Centro Apostólico de saber, como es razón, los prósperos sucesos, que va teniendo la obra de sus manos, muévenos á darles cuenta de la reunión última habida en el Directorio de dicho Centro, presidida por el Illmo. señor Obispo de la Serena, quien, con las frases de unción que sólo él sabe decir, confirmó en el Directorio el ánimo de llevar la obra comenzada tan allá, hasta poder acudir y socorrer á los millares y millares de almas, que piden pan y mueren de hambre. No es de extrañar el saludable efecto, que produjo la palabra siempre autorizada de tan celoso Prelado, toda vez que, lastimado y condolido de ver como Padre á muchedumbre de sus hijos como extenuados sin más socorro espiritual, que los votos y gemidos al cielo de su corazón paternal, que quiere y no puede aun con multiplicarse acudir á todos los necesitados. Y hablaba á la vez á un auditorio de

señoras sobre el tema de la caridad de ellas, sobre la obra tan propia y tan simpática á sus hidalgos corazones.

Fuera poco el decir del orador y del auditorio, que juntos sentían una emoción profunda; que quien tal no sintiera á la vista de los miles y miles de seres desgraciados, que á nuestra vista se pierden, daría á entender, ó que ha perdido todo buen sentido de cristiano, ó que lleva en su pecho por corazón un duro peñasco.

De mí os confieso, señoras, decía conmovido el señor Obispo, que mi mayor pena ante el cuadro pavoroso de almas, que se pierden, es el ver, que ellas son arrebatadas muchas veces de los amorosos brazos de la Religión por las manos ¡nefandas manos! de la enseñanza oficial; por aquella enseñanza que, mofando la Constitución católica del Estado y los sentimientos religiosos de los padres de familia, se constituye casi siempre, no en sabia institutriz, sino en homicida cruel de la indefensa juventud. Y quisiera, añadía, dando á su semblante una expresión del todo animada, prender más y más en vuestras almas un celo santo, aquel fuego del cielo, que el Señor quiere que arda en todos los corazones; que sin este fuego no se va á ninguna parte; no hay vida, no hay movimiento, todo es el frío de la muerte; mas con él se hace todo, hasta lo imposible, hasta un Dios se hace hombre, hasta un pecador se hace santo, hasta una mujer se hace apóstol. Y vuestro apostolado tiene á la



vista un campo inmenso donde yacen en suna miseria, en toda la extensión de nuestra República, un cuento sin número de hijos redimidos con la Sangre preciosísima de N. S. Jesucristo. Sólo en la diócesis de la Serena se os ofrecen campos vastísimos de mies en sazón y no hay quien la recoja. Yo he rogado al Señor de la mies, que me envíe operarios y me ha enviado como del cielo esa mano de socorro, que me ofrece el Centro Apostólico, que yo acepto tan reverente como agradecido.

Terminó dando al Directorio y en él á todos los asociados del Centro Apostólico su santa bendición, fecunda siempre en bienes espirituales sobre todos los favorecidos, como siempre lo son las bendiciones del cielo dadas por aquellos que son sus enviados.

El Directorio del Centro, como hijo devotísimo del Episcopado chileno, guardará respetuoso, más que en el libro de sus actas, en el fondo de su corazón, un gratísimo recuerdo del señor Obispo de la Serena, quien, al separarse de nosotros, lleva consigo los votos y oraciones de todo el Centro Apostólico, el cual, á su vez, queda con él para siempre reconocido y obligado.

*Santiago, 17 de septiembre de 1894.*

---



*Carta del Illmo. Sr. Obispo de Ancud á la Srta.  
Maria Mercedes Cerda, miembro del Directorio*

**Ancud, 13 de noviembre de 1893.**

Mi muy apreciada Merceditas:

Con mucho gusto he visto que Ud. forma parte del Centro Apostólico, nuevamente fundado en Santiago y el que, entre otros objetos santos, se propone proporcionar misiones donde de ellas se carece.

Como Ud. comprende, yo tengo aquí á los RR. PP. Jesuítas, que misionan anualmente esta extensa Diócesis hasta donde alcanzan; pero es imposible que lo puedan hacer en todas partes.

Tengo, pues, un lugar enteramente abandonado y adonde no es fácil llegar; porque para esto sería preciso que el Gobierno nos auxiliara con un vapor; este lugar es una isla que está más cerca de Concepción que de Ancud y se llama La Mocha. La mencionada isla pertenece á mi Diócesis, y me dicen que hay en ella mucha gente; pero ninguna Capilla, ni auxilio religioso de ningún género.

Solicito, por tanto, de su gran caridad de Ud. como miembro del Centro Apostólico, me consiga algunos Sacerdotes de Santiago que, *sólo por amor de Dios*, quisieran hacer el gran sacrificio y buena obra de venir en el próximo verano á dar una misión en La Mocha.

Le digo sólo por amor de Dios, porque yo, á esta distancia y en la indigencia de esta pobre Diócesis, no tengo nada que ofrecerles, sino las facultades necesarias para ejercer todo el ministerio sacerdotal, inclusa la facultad de confirmar, pues para esto último tengo poderes especiales de Roma.

Pero como he visto en los diarios, que una familia, supongo de Santiago, estuvo en el verano pasado en dicha isla y vió y socorrió algunas de las muchas necesidades de aquella pobre gente, esto me ha movido á dirigirme á Ud. para pedirle este servicio; porque me parece, que se podría arreglar juntándose algunos Sacerdotes con una familia, que quisieran veranear en La Mocha y entonces aprovechar también el tiempo para dar una misión.

Yo espero, que Ud. pondrá de su parte todos los medios, que le sean posibles para que llegue á realizarse tan santa obra y espero que Dios se lo pagará un día, como El solo sabe pagar lo que en favor de las almas se hace.

Saludos... y Ud. mande como siempre á su antiguo Capellán A. y S. S.—*Fr. Juan Agustín Lucero*, Obispo de Ancud.

---

*Relación enviada al Centro Apostólico de la misión en la isla de La Mocha, predicada por el R. P. Francisco Morel S. I. y por el Pbro. D. Francisco J. Ruiz Tagle.*

#### LA MOCHA

Esta isla se encuentra á los 38° 24' de latitud sur y 73° 56' de longitud occidental meridiano de Greenwich. Se prolonga de noroeste á sudeste por 13 kilómetros, midiendo una anchura máxima de 6 kilómetros. El perímetro alcanza á 35 kilómetros cuadrados. Está separada del continente por un canal de 18 millas de ancho.

La Mocha fué un lugar de recursos para los enemigos de las colonias españolas en los primeros tiempos de su existencia. Las provisiones, que en ella hallaban los corsarios y piratas europeos en el Pacífico, obligaron al Presidente Garro á despoblarla en 1685, trasladando á los moradores, en número de ochocientos, á un lugar de las márgenes del Bío-bío.

Desde entonces despoblada comenzó á servir de presidio desde principios del siglo XIX. Hoy día está convertida en una hacienda y poblada por trescientos chilenos. La mayor parte de la población se halla ubicada en las costas nordeste de la isla, y especialmente á inmediaciones de la caleta



denominada «Caleta de la Hacienda», donde se hallan las casas de la hacienda y el mejor surgidero para las naves.

A pesar de sus 300 habitantes esta isla no tiene ni una vice-parroquia, ni una miserable escuela. El desamparo es absoluto y ahí se vive y muere, como lo hiciera cualquier salvaje de la Oceanía.

La comunicación con el continente es rarísima y sólo aborda á la isla algún vapor cuando va por encargo especial del dueño de ella.

Por las anteriores razones se comprenderá el beneficio inmenso, que las misiones del Centro Apostólico habían de producir en esas almas ignorantes y sencillas.

El señor Obispo de Ancud había sido el primero en acudir al Centro en demanda de misioneros y La Mocha fue el lugar elegido por él mismo. Además, era poderoso aliciente para el Superior de los misioneros el abandono y la carencia absoluta de civilización cristiana, que reinaba en aquella isla.

Merced á la buena voluntad del señor Ministro del Culto D. Ventura Blanco y del señor Lyon, Gerente de la Compañía Sud-Americana de vapores, pudieron los sacerdotes Francisco Javier Ruiz Tagle, Rev. Padre Morel y el hermano coadjutor Silvestre Valls, acompañados de las señoras Julia y Jesús Larraín Aldunate, arribar sin novedad á la isla.

Desde el primer día empezaron los misioneros



sus tareas; pero á cada paso encontraban dificultades y contratiempos. No existía ni un pequeño oratorio en que celebrar los oficios divinos; todo era abandono, todo parecía adverso á los empeñosos sacerdotes. Mas la fe en el triunfo no les abandonaba y con todo empeño principiaron sus tareas religiosas.

Los isleños eran de una absoluta ignorancia: no sabían ni persignarse y las verdades más primordiales de nuestra santa Religión les eran desconocidas. En vista de tales inconvenientes decidieron, que los hombres serían instruídos por los sacerdotes y las mujeres y niños por las señoras Larraín Aldunate.

El trabajo fué duro, pero provechoso; los misioneros no se daban un momento de reposo y cuando concluían las enseñanzas, las señoras se dedicaban á coser ropa para abrigar á los infelices y desnudos isleños.

Santa obra, acción admirable, que con tanta frecuencia vemos ejecutar y en la cual no paramos mientes, porque repugna á nuestra pequeñez fijar la vista en lo que es grande y sublime y sólo amamos lo efímero y deleznable, que tiene la vida.

Por fin llegó el instante deseado: las almas habían sido preparadas para recibir con fruto los santos sacramentos. Los bautismos, las confesiones, las comuniones, los matrimonios, eran administrados entre las protestas de arrepentimiento y lágrimas de gratitud.

¡Cuántas lágrimas no corrieron por esas mejillas curtidas por las brisas del Océano! ¡Cuántas manos no se alzaron al cielo implorando la bendición sobre esos seres abnegados, que habían venido desde tan lejos y sufrido tantas fatigas en provecho de su salvación eterna.

Diez y siete matrimonios, ciento sesenta bautismos, ciento ochenta confirmaciones, ciento treinta y cinco comuniones, dan una idea cabal de lo fecundo de la misión.

#### LA PRIMERA IMAGEN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

En aquella isla solitaria, perdida en la inmensidad de los mares, batida por furiosas tempestades y envuelta en continuas brumas, se vió un espectáculo digno de ser contemplado por los ángeles. Purificados por la gracia de los sacramentos, llenos de fervor cristiano, quisieron los isleños tener como eterna memoria de la santa misión una estatua de nuestra Divina Madre.

En medio del mayor recogimiento los sacerdotes bendijeron una preciosa imagen de la Virgen, regalo de una piadosa señora de Santiago. En seguida llevaron la veneranda imagen á un pequeño oratorio arreglado exprofeso y de la mejor manera posible. Coronada de frescas y perfumadas flores, envuelta entre nubes de incienso, rodeada de luces, apareció la Virgen Santísima á los ojos de aquellas almas santificadas por la virtud de los sacramentos.

Los sollozos estallaron en este augusto momento y las plegarias se alternaban con las expresiones de ardiente gratitud á los misioneros.

#### LA CRUZ DE LA MISIÓN

Quisieron los sacerdotes dejar otro recuerdo de su estadía en la isla y ayudados de los mismos isleños hicieron una cruz que, aunque toscamente labrada, fuera la enseña sacrosanta de que Nuestro Señor había morado en aquellas rocas abandonadas y abruptas.

Colocáronla en la cima del peñasco más visible y á su pie uno de los sacerdotes exhortó á los isleños á la perseverancia; les anunció que el Centro Apostólico no los abandonaría y que pediría constantemente á Dios por ellos, hasta el feliz instante en que les fuera dado repetir la misión.

Gracias á Dios sean dadas por tanto bien obrado en su nombre.—27 de febrero de 1894.

---

*Carta del señor Obispo de la Serena  
al R. P. Bartolomé Mas S. I.*

**Serena, junio 13 de 1894.**

Mi distinguido y buen Padre:

He estudiado el itinerario más conveniente para las misiones, que el Centro Apostólico tiene la ca-



ridad de mandar al departamento de Illapel y me parece, que el más conveniente es el siguiente:

Que los Padres desembarquen en el puerto de Los Vilos y den las misiones en este orden: primero, Mincha; segundo, La Canela; tercero, Illapel; cuarto, Chuchiñí; quinto, Salamanca; sexto, Arboleda Grande. Si el tiempo de que pueden disponer los misioneros se lo permitiera, gran bien harían pasando á la parroquia de Combarbalá, donde podrían dar dos ó tres misiones.

Si este itinerario le parece conveniente, sírvase avisarme con tiempo el día fijo, que los misioneros deben llegar á Los Vilos, á fin de que el cura de Mincha mande recibirlos.

Desde ahora solicito el concurso del Centro Apostólico para las misiones del próximo año para el departamento de Elqui, donde se pueden dar de diez á doce misiones con gran fruto, siempre que no sean los meses de marzo á junio.

Las iglesias, que por ahora veo más necesitadas de Sagrarios son: las parroquiales de Carén, Combarbalá, Paihuano, Higuera y Ballenar.

Por este vapor escribo al Rdo. Padre Rector sobre las misiones de Andacollo y mucho gusto tendría, si pudieran darlas Uds.

Se recomienda á las oraciones de S. R. su aftmo. y S. S.—† *Florencio*, Obispo de la Serena.

---



*Carta de la Celadora del Centro à los Párrocos  
de la Diócesis de Concepción*

**Santiago, 10 de Mayo de 1893.**

Muy señor mío:

Habiendo el Centro Apostólico obtenido el beneplácito del Ilmo. señor Obispo de Concepción para entenderse directamente con los señores Párrocos sobre el procurar por cuenta propia los misioneros necesarios para los puntos de cada parroquia más necesitados de misión, suplico á Ud., caso que estime conveniente la cooperación ofrecida, se sirva Ud. indicar:

- 1.º Asientos de su parroquia donde se podría dar misión;
- 2.º Los años transcurridos en que no han sido misionados;
- 3.º Los meses del año en que se podría misionar.

Dicho se está, que corren por cuenta del dicho Centro Apostólico los viajes y limosnas de dar á los misioneros, á menos la manutención y viajes dentro de cada parroquia, si éstos no fuesen gravosos al Párroco respectivo.

Aprovecho la ocasión para recomendar esta obra del Centro fundado en beneficio de las parroquias pobres á la benevolencia de Ud. y á las oraciones de su reconocida caridad.

Por el Centro Apostólico. — *Cornelia Ortúzar Cuevas.*—Compañía, 133.

*Carta de don Francisco Jiménez,  
Párroco de Arauco, á la Celadora del Centro*

**Arauco, junio 14 de 1893.**

Señora de todo mi respeto:

Los puntos en donde son más indispensables las Santas Misiones son los siguientes:

*Arauco*, con una población de cinco mil almas, pudiendo agregar de los alrededores tres mil más de asistencia.

*Carampangue*, viceparroquia, población de dos mil almas y hasta cinco mil con los alrededores. En la primera población se dió misión hace un año, y cinco años en Carampangue.

*San José de Calico*, población de cinco mil almas con el establecimiento carbonífero; y hasta ocho mil con los alrededores. En este punto hay una capilla recién construída; no se han dado misiones hace muchos años.

*Huena Pidén*, población de mil habitantes, establecimiento carbonífero, tampoco se han dado misiones.

*Llico*, población de dos mil almas con los alrededores, tampoco se han dado misiones.

Los meses del año más adecuados para dar dichas misiones son: noviembre, diciembre, febrero y marzo.

Es inútil manifestar á Ud. los grandes beneficios

que se obtendrían en este curato con el envío de dichos misioneros; basta decirle, que no hay más sacerdote, que el que suscribe, teniendo á mi cargo más de treinta y cinco mil habitantes y sabido es, que aquí como en todas partes el radicalismo y la prensa impía hacen estragos.

Espero de la benevolencia del Centro Apostólico, que tome en consideración los frutos, que estas santas misiones podrían producir entre mis feligreses, mayormente entre los trábajadores de los establecimientos carboníferos.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecerme de Ud. su affmo. S. S. y Cap.—*Francisco Jiménez.*

---

*Carta de don José B. Carrasco,  
Cura Párroco de Coihueco, á la Celadora del Centro*

**Coihueco, 13 de Junio de 1893.**

Leo su muy estimada. Por ella doy á Ud. y á todo el Centro Apostólico los más sinceros agradecimientos.

Aceptó de lleno sus favores y haré lo posible para recibir como merecen los dignos misioneros, que tengan á bien mandarme y yo estaré siempre con ellos en las misiones.

Dos son los puntos en donde deseo con anhelo dar misión en mi vasto curato, que consta de aldea



y montaña á la vez. La 1.<sup>a</sup> en un lugar llamado Flores, que dista unas ocho leguas del centro de la parroquia y hace más de cuatro años, que no se misiona allí; la 2.<sup>a</sup> en el Chacayal, que hace el mismo tiempo. Ambas se podrían dar en diciembre. Afmo. C.—*José B. Carrasco.*

---

*Carta de don Manuel T. Albornoz,  
Párroco de Constitución, á la Celadora del Centro*

**Constitución, 6 de julio de 1890.**

Estimada señora:

Acabo de recibir su estimada. Mi primera palabra será de gratitud al Centro Apostólico por haberse acordado de esta pobre y apartada parroquia.

No sé si las misiones sólo son para los campos ó también para el pueblo. Si en los campos, los lugares serían San Pedro y Rinconada, lugares donde oyen misa sólo cuando va el Cura de visita, que tres años ha no he podido ir. El tiempo á propósito sería el mes de diciembre, pues son campos muy pobres y en ese mes tienen ellos algo que comer.

Todos los gastos dentro de la parroquia serían de cuenta del Cura.

Anticipando mis agradecimientos...—*Manuel T. Albornoz.*

---

*Carta de D. Fernando Van Genk,  
Párroco de Cobquecura, á la Celadora del Centro*

**Cobquecura, 3 de julio de 1893.**

Señora de todo mi respeto:

En contestación á los varios puntos indicados, debo decir:

1.º Los asientos de esta parroquia donde se puede dar misión, son El Pueblo Boca-Itata, Colmuyao, Potrero del Rey, Buchepureo, Peumo, Quile, Pullay.

2.º En el principio de este año—pero fué un tiempo inoportuno,—han venido á esta parroquia los RR. Padres Redentoristas de Cauquenes y dieron durante algunos días misión en el pueblo y en algunos lugares apartados de este curato, pero no en todos. Habían transcurrido veinte ó veinticinco años, que no había ido un sacerdote á estos puntos, ni aún de pasada para confesar un moribundo.

3.º Los meses del año más convenientes para misionar en este curato, son desde la mitad de septiembre hasta el medio de diciembre.

Será para mí de particular favor, que el Centro Apóstólico quiera darme la mano para poder hacer algo para la salvación de tantas almas.

Ojalá pudieran venir los padres misioneros du-

rante algunos años á este curato: les recibiré con los brazos abiertos y la manutención y los viajes, que tengan que hacer dentro de mi curato, correrán por cuenta mía.

Aprovecho la ocasión para recomendar esta parroquia al celo del Centro Apostólico.—*Fernando Van Genk* (1).



## CENTRO APOSTÓLICO

(Artículo publicado en *El Porvenir*)

El lunes 3 del presente tuvo lugar la reunión general del Centro Apostólico de Misiones en Chile.

Lo que hará memorable esta reunión y la dará un sello especialísimo es, que fué presidida por el Illmo. señor Obispo de Ancud.

El digno Prelado con elocuentes frases, que conmovieron á toda la concurrencia, expresó las necesidades sin cuento de que está agobiada su diócesis, la más apartada y la más pobre de nuestra patria. En aquellas australes provincias se une á la inclemencia de la temperatura la indigencia en que están sumergidos muchos de sus moradores.

(1) Por el tenor de las cartas anteriores es la serie de otras muchas escritas al Centro por los Párrocos, que no publicamos por no repetir un mismo contexto. (*Nota del C.*)



La raza indígena, que forma la mayor parte de la población, vive en una especie de estoicismo inconsciente y las verdades de nuestra santa religión suelen ser letra muerta para ellos.

Para colmo de desventura, los maestros enviados por el Gobierno para ilustrar al pueblo, olvidan, por lo general, su augusta misión y sólo se ocupan de hacer ruin política, ó sea, pervertir á esos infelices, que tan merecedores son de suerte más propicia. No trepidamos en asegurar que, si con tiempo no se pone atajo á tan impías doctrinas, cuando quéramos remediar el mal ya será tarde.

La masonería cuenta en el sur de Chile con poderosos auxiliares y tiene infinidad de adeptos en esas regiones. Á esterilizar su maldita propaganda es á donde deben converger todos los esfuerzos de los que se llaman verdaderos católicos.

Deuda inmensa de gratitud ha contraído la mujer para con el cristianismo: á él le debe el haber sido dignificada y elevada hasta ocupar igual rango que el hombre en la sociedad humana. Vil sierva ó despreciable cortesana, el paganismo ensalzó lo que había en ella de mezquino y perecedero y olvidó lo único digno de inmortalizarla, que era su alma.

Redimida y santificada la mujer ha sabido pagar con creces tan grandes favores y al pie de los altares, en los campos de batalla, en el bullicio del mundo ó en el oscuro hogar, la mujer católica ha

demostrado que no ha sido indigna de tan augustos beneficios.

Invulnerable en la lucha de la fe, magnánima en el triunfo, la mujer católica puede regenerar al mundo y librarlo de los horrores que lo amenazan, sin más armas que su corazón y su palabra evangélica.

Las historias de todos los siglos están marcadas con la huella luminosa del paso de una mujer; y no hay acción sublime y nobilísima, que no la cuente ya como heroína, ya como inspiradora. Nuestro Chile tiene en sus anales mujeres dignas de ser llamadas madres de la patria. Allí están las señoras Rosales, la Olivares, Jaraquemada, Salas y Victoria Prieto de Larraín, cuyo recuerdo vive latente en el alma de nuestro pueblo.

Después de estas ligeras observaciones, fácil es comprender, que con ellas hacemos un llamado á las chilenas, sin distinción de rango ni de fortuna, para que todas contribuyan, en la medida de sus fuerzas, á la regeneración de tantos infelices víctimas del vicio ó de la ignorancia.

Con acento conmovido el señor Obispo de Ancud manifestó, que había islas en su diócesis á las cuales no había llegado un sacerdote... y que en ellas se vivía en plena barbarie. Que la miseria, el abandono en que se dejaba á esas regiones, llegaba á tal punto, que ni aun se atiende á las necesidades más apremiantes de la vida.

Mucho tememos no haber dado ni una pálida idea de las elocuentes y tiernas palabras con que

el señor Obispo expresó el triste estado de su diócesis y la confianza que abrigaba, en que el Centro Apostólico le prestaría su apoyo.

Efectivamente, el Centro Apostólico agradece de todo corazón la confianza depositada en él y espera, Dios mediante, que las almas caritativas enviarán limosnas, que le permitan socorrer tantas necesidades. La escasez de recursos es grande y es grande también la seguridad que tiene, que la voz que implora la piedad no será desoída. El Directorio anhela enviar misiones á todas las comarcas apartadas del centro de Chile y por rudos que sean los obstáculos, que se le presenten, no desmayará en sus propósitos.

El Directorio da las gracias más expresivas al señor Obispo de Ancud y le suplica le envíe su santa bendición.



Será de interés á todos los asociados del Centro Apostólico, conocer ya los beneficios de obra tan santa. Y al conocer ellos, que misioneros del Centro van á recorrer territorios vastísimos, llevando la enseñanza religiosa á numerosas familias y salvación á muchísimas almas, conocerán también, que ellos mismos son los que por otros van á enseñar al que no sabe y dar de comer al hambriento y vestir al desnudo y participar del fruto copiosísimo, que es de esperar de las misiones



siguientes pedidas al Centro por quien corresponde, los ilustrísimos señores Obispos.

Tres padres agustinos de la Asunción se han puesto á las órdenes del Vicario Apostólico de Antofagasta para recorrer todo el desierto de Atacama. Todo el departamento de Illapel queda por cuenta del Centro, quien envía, bajo la dirección del propio Ordinario eclesiástico, á un P. de la Compañía con un sacerdote, quienes creen poder llevar á buen término su cometido en los meses de octubre y noviembre. A la vez dos PP. del Corazón de María acompañarán al señor Obispo de Concepción en la visita pastoral á los puntos más necesitados de aquella Diócesis. En el mes de diciembre serán reemplazados aquellos misioneros por dos PP. de la Compañía, que seguirán evangelizando á los pobres.

Otros dos PP. de la Compañía han tomado á su cargo, por cuenta del Centro, en la Diócesis de Ancud, otras misiones tan necesarias como provechosas. Esperamos de un día á otro la contestación del Sr. Vicario de Tarapacá, quien ya sabe, que el Centro ha manifestado siempre cierta predilección por aquellas poblaciones y territorios encomendados á su reconocido celo. Se ha escrito también á los Reverendos Padres Franciscanos y Reverendos Padres Capuchinos en la Araucanía, á cuyo celo hemos ofrecido toda la buena voluntad y servicios, que de aquí podemos prestarles.

¡Loado sea Dios! Así debemos exclamar ante

la obra tan benéfica del Centro Apostólico, ayer no más semilla depositada por manos de piadosas señoras y hoy árbol crecido, que extiende su sombra bienhechora de uno á otro confín de nuestra República. Es la obra de Dios y obra á la vez de aquella viuda ejemplar del Evangelio, que ahora como entonces deposita con mano oculta su óbolo como tributo de caridad á Jesucristo para los menesterosos, y obra juntamente de aquella devota señora, que encierra en un sobre de carta una crecida limosna para el Centro, con esta inscripción y sin nombre: «Para bien de mi alma.» Enseñanzas sublimes, y quien sabe aprenderlas, aprende á la vez á merecer y lograr el tesoro del cielo en la tierra.

N. B.—Considerando el Directorio del Centro Apostólico que la caridad sin lesión debe ser el rasgo y espíritu de todos los hermanos, que juntos trabajan y deben afanar por la edificación y santificación de las almas, ha resuelto sobre acuerdo, de una vez para siempre, no responder á excitación ninguna que le sea enviada por vía de la prensa.

Se publicó con el artículo anterior este N. B. á propósito de cierto periódico, que no estuvo asertado en provocar contienda entre hermanos.—(*Nota del C.*)

---

*Carta del R. P. Bartolomé Mas S. I. al Directorio  
del Centro*

**Illapel, 26 de septiembre de 1894.**

Mis amadísimas señoras:

A tiempo escribo para que llegue mi relación justo para la reunión de Uds. en el primer lunes de octubre. Y más que una relación, será mi escrito como un esbozo de las impresiones de viaje.

Embarcados en Valparaíso la noche del 22, los PP. Sesé, del Corazón de María, y el que suscribe, con el señor Obispo de la Serena y un minorista familiar del dicho señor, desembarcamos el domingo por la mañana á las nueve en el puerto de los Vilos, población de unas seiscientas almas, sin iglesia, sin cruz, sin más insignia de religión, que una pintura negra, que quiso ser cruz, puesta sobre el portal de lo que llaman capilla, formada y cerrada por una tela cubierta de papel, que se mueve á impulso del viento y donde entran sin estorbo ratas y sabandijas á porfia. Yo me encargué de limpiar la mesa del altar, que es una mala tabla clavada sobre cuatro postes y cubierta de inmundicias de ratones. Extendimos unos manteles raídos y sobre altar de tanta pobreza el señor Obispo hizo bajar la Suma Grandeza del cielo en el santo sacrificio de la Misa.

Habíamos llamado al pueblo, que vino devoto:



oyó el santo sacrificio de la Misa y un sermoncito, y les repartimos medallas. Dejamos á la gente contenta; pero yo me salí tan triste de ver cómo hacemos pasar á Jesucristo todas las afrentas de la miseria. Oír quejarse á aquellos moradores del abandono en que viven, aunque es verdad, que el señor Arzobispo los atiende en cuanto puede y dieron misión este mismo año no sé qué Padres.

Salimos á las doce y en coche anduvimos unas diez y seis leguas, haciendo paradas donde encontrábamos alguna poblada, oyendo los lamentos de la pobre gente, que cada cuando les envían, así como cada cuatro años, algún cura ó algunos padres, que les prediquen y les bauticen á sus nacidos; ellos se encargan de llevar sus difuntos á enterrar en sitios distantes á ocho y á diez leguas de sus viviendas. Parte el corazón de pena ver cómo viven y oír cómo hablan estos pobres. ¿No podríamos organizar misiones anuales para estas gentes, que no ven en cuatro años la cara de un predicador? Tengo mis apuntes tomados y de ello nos hemos de ocupar en las reuniones del Directorio.

Pasamos el río Choapa y entramos en la diócesis de la Serena, donde centenares de jinetes desmontados y puestos de rodilla recibieron la bendición de su Obispo, quienes como espantados le miraban, pues veintidós años hacía, que no había entrado Obispo ninguno en el departamento de Illapel. Entramos de noche en la ciudad en medio de una ovación indescriptible. Como estén sus

moradores lo dice la falta de misión que por cuatro años, como sequía apretada, les tenía trabajados. ¡Qué bien viene la lluvia de oraciones de nuestro Centro y cómo se siente luego el fruto de ellas! Rueguen Uds. mucho por estas pobres gentes y hagan rogar para que el Señor prospere nuestros esfuerzos.

Terminada que sea la misión, haré relación de ella, que se podría publicar: el escrito que borroneo será sólo para Uds. como testimonio de buen recuerdo y de sincera gratitud á los esfuerzos del Directorio en bien de tantas almas.

De Uds. afmo. Svo. en Cto.—*Bartolomé Mas S. I.*

---

*Carta del Illmo. señor Obispo de la Serena  
al Centro Apostólico*

**Serena, 28 de noviembre de 1894.**

Terminadas las Santas Misiones con que ese Centro Apostólico tuvo á bien favorecer á esta Diócesis por el presente año, nada me es más grato que manifestar á Uds. los sentimientos de mi profunda gratitud por tan señalado servicio.

Testigo presencial de los trabajos llevados á cabo por los Misioneros enviados por ese Centro á las parroquias del departamento de Illapel, sólo tengo que dar gracias á Dios Nuestro Señor, por

haber querido reunir en ellos, junto con un celo verdaderamente apostólico, una prudencia jamás desmentida y una salud suficiente para sobrellevar la pesada tarea que se les había impuesto.

Habiendo tenido la suerte de haber tenido entre los Misioneros al R. P. Bartolomé Mas, reservo á él la grata satisfacción de dar cuenta á ese Centro de los detalles de los trabajos llevados á cabo, seguro de que las dignas señoras que lo componen se sentirán con nuevo aliento para seguir en su obra, cuando sepan los grandes bienes que con estas misiones se hacen.

Reiterándoles mis agradecimientos, pido á Nuestro Señor derrame sobre Uds. la abundancia de sus divinos dones como recompensa del sacrificio que en bien de las misiones se imponen.

Dios guarde á Uds.— † *Florencio*, Obispo de la Serena.

---

*Carta del R. P. Bartolomé Mas, S. J. al Directorio del Centro*

Justo y debido es á la par que muy grato dar cuenta á ustedes de su obra de misiones en Chile, enviándolas ahora á petición y en compañía del Illmo. señor Obispo de la Serena al departamento de Illapel, donde el Centro, mejor que la nube del cielo sobre campos sedientos, se ha resuelto



en lluvia copiosa de bendiciones celestiales. Y como si ellas fuesen antes de nuestra llegada allí derramadas por mano misteriosa, es lo cierto que encontramos á las muchedumbres recogidas ya para llorar como la Magdalena á los pies de Jesucristo aquellas lágrimas que, si oscurecen los ojos del sentido, esclarecen los ojos de la fe. «Esto es maravilloso», decía lleno de consuelo Su Señoría Ilustrísima en su grata tarea de apóstol infatigable. «Pero esta maravilla, Ilustrísimo señor, había quien le decía, es obra en parte y mérito de un Centro de almas escogidas, que nos han precedido y nos acompañan con sus oraciones y limosnas y penitencias.» ¡Qué caridad tan divina la que se obra por salvar las almas!

Y vean ustedes el sujeto y colijan de los extremos de su necesidad lo meritorio y lo urgente de esa caridad de ustedes que acude al remedio.

La parroquia de Illapel, servida por un solo sacerdote y como ella en idénticas condiciones se encuentran las tres visitadas, Salamanca, La Canela, Combarbalá, aquella parroquia servida por un solo Cura que asiste á unos diez y seis mil feligreses; que, aparte de los cinco mil que componen la población urbana, viven los restantes á gran distancia del centro parroquial diseminados por montes y valles en una extensión de doce leguas por ancho y treinta por largo hasta lo interior de la alta cordillera, con caminos de á uña de caballo. Un solo Cura para tanta gente alejada y desparramada acá y allá

como náufragos en un vasto mar, aun haciendo vida de apóstol apenas si puede atender á lo más perentorio que diariamente surge en tan vasta parrroquia.

En tales condiciones aquellas pobres gentes como abandonadas á sí mismas, imaginen ustedes cómo estarían ellas después de cuatro años sin haber logrado misión ninguna, sin misa, sin altar, sin sacerdote, sin sacramentos, sin organización civil que refrene el mal, sin acción religiosa que fomente el bien, llevados de su propio abandono y de sus sentidos hacia la tierra y movidos del mal ejemplo por todos lados. Todo ello junto con un grupo de ilusos, azote de toda aquella comarca, que del centro irradian á los extremos las tinieblas de sus ciegos errores, creyendo así hacer un gran servicio á la nación, matando en el pueblo lo que es vida del mismo pueblo, que sin religión será destrucción y muerte de todos. Imaginen, repito, cómo estarían aquellas pobres gentes bajo tan perniciosas influencias; cómo estarían tantos niños sin catecismo, tanta juventud sin cristiana instrucción, tanta mujer en peligro, tantas familias sin ejemplos, tantas parejas sin matrimonio, tanta maleza, en fin, en campos dilatados sin cultivo!

¿Cómo, me dirán ustedes, no se remediaban á tiempo males tan grandes? Antes de responder, oigan ustedes aquí un llamamiento tiernamente hecho á todos para el remedio. «Lo que hicieris, dice Jesucristo, por uno de estos desvalidos, por

Mí lo hicieréis.» Y ¿será digno que todos desoigamos tan sentida palabra? ¿Será honroso que todos abandonemos á tantos desvalidos? ¿Consentiremos siempre que se pierdan á nuestra vista tantas almas redimidas? ¡Ay! caritativas señoras! ¿Por qué así hablo á ustedes, que parten su corazón y lo dividen en pedazos para darlo de limosna entre los pobres? Grandeza de caridad la de ustedes y de buen ejemplo, que si todas imitasen, no tirarían algunas en una noche de baile, lo que por toda su vida niegan á Dios y á sus semejantes.

No hay remedio, no lo duden ustedes: llegará á todas partes la atonía religiosa, si el corazón de la República no funciona enviando por todo su cuerpo la sangre de su caridad.

No tengo operarios, les decía á ustedes condo-lido el Ilmo. señor Obispo de la Serena, dirigiéndose al Centro y pidiendo cooperación á ese Directorio. Pido socorro por mi departamento de Illapel, adonde sólo puedo enviar los votos fervientes de mi alma apenada. Los PP. del Corazón de María no son bastantes ellos solos para tanta diócesis.

Y salieron como ayudas de costa, como saben ustedes, los Padres Misioneros, el uno de la Compañía de Jesús y el otro del Corazón de María, enviados por el Centro, quienes con el citado señor Obispo y su familiar, un minorista de la Serena, excelente catequista en las misiones, juntos emprendieron la benéfica tarea del apostolado en el departamento de Illapel; y fué tanta la mies reco-



gida y tanto el consuelo en el trabajo, que más de una vez lloraron nuestros ojos conmovidos ante las tiernísimas escenas de almas convertidas muy de veras á Dios.

Doce mil doscientas comuniones, ciento cincuenta parejas remediadas, como allí se dice, á más de tantas amistades ilícitas cortadas y de los millares de confirmaciones administradas y de primeras confesiones de niñas y niños, de hombres y mujeres, hasta de padres y madres cargados de hijos, que por vez primera comenzaban por la confesión á ser gente, como ellos decían; todo ello junto forma un gran cuadro de gloria divina con aquellas devotas muchedumbres de hombres y mujeres, de niños y viejos, que saliendo de puntos diversos y lejanos, transmuntando cerros y caminando largas distancias, los unos á pie descalzo y los otros montados llevando en sus brazos á los chiquillos y en las ancas del caballo á la mujer, los más con poca plata en el bolsillo, pero con mucha fe y piedad en sus almas, todos en gran multitud buscando á Jesucristo Salvador, reproducían aquella hermosísima escena de las muchedumbres de Judea, tan queridas del Señor. Estas pobres gentes me tocan en compasión hasta lo íntimo del alma. *Misereor super turbas*, decía entonces y repetiría á las de ahora para quienes multiplicaba el pan de la vida, alimento de las almas.

No sé qué efecto producirá en otras tanta gloria á Dios procurada por el Centro; pero en uste-

des presiento los nuevos bríos y alientos para llevar con la ayuda de Dios esa obra caritativa de ustedes tan adelante hasta salvar no á muchas, sino á todas las almas.

Dejamos á Illapel contrito y reconciliado con Jesucristo, á quien recibieron en la Sagrada Comunión en los quince días de misión, tres mil doscientos fieles y santificaron su amor por el sacramento del matrimonio al pie del altar, treinta y tres parejas. A punto llegó el público arrepentimiento, que siendo general y crecido, hasta parecía que, flotando en la atmósfera, penetraba en todas partes. Valga un dato por mil, que lo dice todo. En tiempo de santa misión, inútilmente llamaron de noche ciertos sujetos del campo á tres casas, donde solían antes comprar lo que en ningún caso se puede vender. Fueron dados por puertas los tales con palabras ásperas harto merecidas, quedando confusos y despechados por la triple repulsa dada por personas antes tan divertidas y ahora tan arrepentidas.

Al entrar en Illapel, encontramos un pueblo bien educado; pero al salir dejamos á un pueblo bien confesado. En la entrada y en aquella grandiosa ovación que hicieron los illapelinos á su Prelado, se oyeron palabras muy comedidas y discursos bien estudiados; pero en la salida fueron los ojos los que hablaron con lágrimas el lenguaje elocuente de un corazón piadoso. Bien se las merecía en el ausentarse de ellos, así lo sintieron todos, su Padre y Pas-

tor. Habían admirado por días seguidos sus relevantes virtudes; su celo nunca fatigado y su unción evangélica en la predicación; su perseverancia casi continua en el confesonario; su afabilidad para con los pobres como si fuese uno de ellos; aquel su hacerse un todo para todos, cautivando el corazón de todas las gentes, que lloraban al darle el adiós de despedida.

Del pueblo pasamos al fundo de Illapel, fundo valioso y merecedor de un sacerdote, que ocupase todo su celo en hacienda tan vasta y poblada. Poco antes de llegar al ranchito, donde debíamos alojar entre cerros despoblados, aparecieron con los vecinos de aquellos contornos dos comparsas de bailarines, allí llamados chinos de la Virgen. Chinos no eran, aunque lo parecían, menos en la piedad que mostraban en el cantar sentidas coplas de bienvenida á su Prelado, á quien admiraban como buen Pastor, por entre pedregales buscando á la oveja descarriada; así decían ellos, con tal sentimiento á las voces, que en alguna ocasión me sentí sorprendido por el rodar de mis lágrimas, venidas sin ser llamadas á mis ojos, aunque viendo que mis compañeros eran débiles también como yo, menos empacho tenía de llorar como todos. Así caminando los unos y bailoteando los otros al son del tambor y de rústicas flautas, llegamos á una capillita levantada por los pobres en reducida esplanada y dedicada á la Virgen Santísima, santuario precioso por su piadosa pobreza, bajo cuyo techo de totora



sonríe la Virgen á sus devotos mineros, como minera también como es en los ricos filones del Divino Corazón.

Aquellos cerros, tan solitarios antes y tan silenciosos, despertaron luego con los cánticos de la misión; y como si de las piedras brotasen otra vez hijos de Abraham, venían ahora los piadosos creyentes salidos de sus minas y socavones con cara de bronce y corazón de oro. ¡Qué escenas aquellas en aquellos siete días de santa misión, tan tiernas y repetidas! «Padre, me decía una joven y después otra y otras como la primera, yo soy soltera, pero tengo hijos y mi hombre está en las minas y no quiere venir.»—Pues ¿cómo? Dice que no quiere venir. Anda, toma este escapulario del Sagrado Corazón y dile que venga mañana con esta insignia.

Y al día siguiente aparecía mi hombre todo mudado con aquella enseña de amor.—Padre, yo soy aquel, me decía al llegar, del Sagrado Corazón; y todo se remediaba. ¡Cuántas veces bendije las manos de quien fuesen, que se ocuparon en acomodar y entregar al Centro Apostólico aquellos santos escapularios obradores de maravillas. No lo puedo decir todo, pero no puedo callar algo de lo mucho edificante que allí presencié.

Salían de la capilla unas diez y ocho parejas recién casadas, con la muchedumbre juntamente que á la salida de misa siempre se esparce en direcciones distintas. Vimos de pronto, que se formaba un grupo de curiosos, emocionados, á pocos pasos

de las puertas de la capilla. Me interesó aquella agrupación tan silenciosa y oía como llanto de mujer. Me acerqué al grupo y ví en el medio á un anciano de pie, de rostro severo aunque algo turbado: tenía á sus pies en el suelo postrada á una joven, que lloraba y junto á ella postrado también á un joven que lloraba amargamente.

—Padre, le decía la hija, perdónanos ahora que somos casados como Dios manda.

—Me has herido, hija mía, y me diste antes tan rudo golpe, que pensé morir. Había pensado no mirarte nunca más á la cara. Soy católico, apostólico, romano. Si Dios os ha perdonado, yo os he de perdonar también. Venid los dos como hijos á mis brazos.—Y les levantó y abrazó en medio de una emoción general.

Así son aquellas gentes: si yerran es más por flaqueza que por malicia. Conservan siempre toda la entereza de la fe y al sonar la misión vuelven á Dios.

De la capilla de Chillán pasamos á Huintil y debajo de una enramada predicamos la santa misión.

Con lo que queda dicho es lo bastante para que ustedes se formen alguna idea de las seis misiones procuradas por ese Centro y dadas en Illapel, en la capilla de Chillán, en Huintil, en Mincha, en la Canela y en Combarbalá. De cada una de ellas mucho se podría decir; pero de todas se puede entender lo que dicho queda de algunas.

Antes de terminar, deseo recomendar á ustedes una obra de altísima caridad. El procurar para todas las iglesias pobres un sagrario de mármol, viendo la suma pobreza en que aloja el Rey de la gloria, para que así no sea tan humillante su permanencia entre nosotros.

Queda de ustedes afectísimo siervo en Cristo.—  
*Bartolomé Mas, S. J.*

---

## CENTRO APOSTÓLICO

(Artículo publicado en *El Porvenir*)

En mi anterior artículo espuse, aunque á la ligera, los inmensos beneficios que la primera misión del Centro Apostólico había producido; bien hubiera querido contar detalladamente los sacrificios que se impusieron en aquella misión, tanto las santas señoras como los sacerdotes que las acompañaban; pero la virtud rehuye la publicidad y demanda siempre un velo con que cubrir sus más generosas acciones.

Mas no es posible guardar silencio cuando se trata de hacer el bien y ganar almas para Dios; la publicidad es un deber que se impone en absoluto, pues por ella se dan á conocer las necesidades y angustias que sufren nuestros hermanos, á quie-



nes estamos obligados á servir por sagrado y eterno mandato

El Centro Apostólico está dándose á conocer en el país y á él han acudido Obispos de lejanas diócesis, Hermanas de la Providencia y hasta un cacique araucano.

Todos á una han solicitado su benéfico concurso; todos con más ó menos elocuencia, han demostrado que el Centro Apostólico, hasta ayer institución ignorada, es hoy día una esperanza hermosa para la propagación de la fe católica en nuestro Chile.

Santo orgullo será para su fundador y para las señoras que lo acompañan, el ver que sus esfuerzos van obteniendo el más completo éxito.

Tócales en adelante á las señoras, que forman esa institución, trabajar sin descanso en la obra que se han impuesto; desmayar sería una cobardía indigna de la mujer chilena, que siempre en los combates de la fe y en los de la patria, ha sido la primera en proclamar el triunfo.

Las inmensas rocas que forman la base de los majestuosos Andes, están formadas de átomos imperceptibles y es tal su solidez, que para conmoverlos se necesita del poder de un Dios.

Así esta sociedad formada de pequeñísimas ofrendas, de la plegaria del humilde y de la voluntad decidida de unas cuantas mujeres, serán suficientes para atajar los embates de la impiedad ensoberbecida y dominadora del mundo.

Entre las diversas cartas que se han dirigido al Centro Apostólico en demanda de auxilio y que merecen ser citadas en primera línea, está la de la Madre Superiora de las monjas de la Providencia de Temuco. En ella con sentidas frases da á conocer el abandono y la situación desgraciada en que yacen los indígenas de esa localidad.

La embriaguez producida por licores envenenados hace degenerar rápidamente los nobles descendientes de Caupolicán y Galvarino. Ya esos seres embrutecidos por los vicios, que les enseñaran negociantes sin conciencia, no son ni la pálida imagen del idómito araucano, que cantara en sublimes estrofas el inspirado Ercilla.

Hoy día el araucano es un ser enervado, que vive en la poligamia y que está en indigencia por la rapacidad de los aventureros que lo explotan.

La fe católica, entre las tribus mapuches sobre todo, es una mezcla confusa de supersticiones, en la cual el demonio se lleva la mejor parte.

La mujer, como en los albores de la civilización, es bestia de carga que sirve únicamente para satisfacer los caprichos de su señor. Ella es la que trabaja tanto en las rudas faenas del campo como en las penosas del hogar.

Cargada de hijos, sufriendo el mal trato del marido, muchas veces se entrega á repugnantes orgías, creyendo olvidar en el desorden su mísera existencia.

El adelanto no ha penetrado en esos ignotos lu-

gares, sino para llevarles tósigos envenenados, que los impulsan al crimen y al esterminio de su raza.

A pesar de esa degradación, la mujer araucana ha comprendido, que sólo en la fe cristiana está su salvación y con humilde súplica demanda que se la instruya en las verdades divinas, que se le bauticen sus hijos y que su marido éntre al gremio de la Religión. Pero esto que parece á primera vista tan hacedero y natural, oculta grandes dificultades que sólo pueden ser salvadas por la caridad de los buenos.

El araucano que no ha visto de nuestra civilización más que el lado pervertido y que hasta hoy ha temido el contacto con el chileno, se convencerá, al recibir los consuelos de la fe, que hay una gran diferencia entre los malvados que lo explotan y los misioneros que lo redimen.

Inútiles serán las escuelas que se funden en esos lugares salvajes; inútil y hasta pernicioso será todo lo que se haga para su progreso material, si antes no ha venido la preparación religiosa. Sin la Religión cualquier adelanto es efímero.

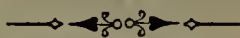
Pensadores eminentes, sabios profundos que estudian con desapasionadas miras la marcha de la humanidad, han declarado, que sólo en Cristo está la salvación de estas sociedades corrompidas, que han inoculado su virus maldito hasta en las razas salvajes, que aun no han despertado á los beneficios del verdadero progreso.

Almas buenas, corazones no contaminados con



el egoísmo del siglo, acudid al llamado que se os hace en nombre de Cristo; depositad á sus pies el óbolo de la viuda del Evangelio, que él solo bastará para redimir á tantas almas que yacen en la barbarie y que al llamado del sacerdote entrarán al redil de la fe católica.

Acudid solícitas, que Dios os recompensará con creces:



## CENTRO APOSTÓLICO

(Artículo publicado en *El Porvenir*. Cartas en demanda de misiones)

Es admirable el eco que ha producido la noticia de que había un Centro Apostólico destinado á enviar misiones á los lugares alejados y desprovistos de los auxilios de la Religión. Día á día le llegan cartas pidiéndole protección. Si es consolador por una parte el convencerse que la fe católica está latente en nuestra patria, por decirlo así, no es menos afflictivo el considerar los exiguos recursos con que el Centro Apostólico cuenta para satisfacer tantas necesidades.

Aunque existe una voluntad decidida de parte de esa asociación para enviar misioneros, que regeneren las costumbres del pueblo, no es menos cierto que la empresa necesita de la cooperación de todas las almas buenas para quienes el Cristianismo no es letra muerta, sino arma de combate.

Por más buena voluntad, por más fervientes votos que haga el Centro Apostólico por el triunfo de sus aspiraciones, siempre serán débiles, si todos no se unen para acompañarlo en las luchas contra la impiedad.

Tanto más preciosa es esa cooperación, cuanto el tiempo es apremiante y el enemigo audaz.

No hay que forjarse ilusiones: la propaganda masónica es formidable: en Valparaíso cuenta con más de 3,000 mujeres y esta sola cifra basta y sobra para dar á conocer el peligro en que está la fe en la masa del pueblo.

Si bien, como he dicho anteriormente, hay todavía grandes esperanzas de atraerlo por entero al redil, quizás en pocos años más sería demasiado tarde.

Las dos cartas, que a continuación publicamos, respiran ambas una ternura infinita. En una se ve á la santa mujer, que abandona los atractivos del mundo y de la familia para entregarse por entero al servicio de sus semejantes; en la otra se manifiesta el hombre inculto, sencillo y bueno, que á pesar de su escasa inteligencia, comprende los beneficios inmensos de la Religión.

Esas líneas conmovedoras, ese clamor humilde é ingenuo, repercute en el alma de inefable manera.

Por ese motivo creemos, que la lectura de ellas no será perdida y que más de un corazón latirá á impulsos de la caridad.

«Santiago, junio 1.º de 1894.—Reverendo Padre Bartolomé Mas, de la Compañía de Jesús.—Mi reverendo y muy estimado Padre: Sabiendo que V. R. es director de una nueva asociación, que tiene por objeto favorecer las misiones católicas de Chile, espero de la conocida benevolencia de V. R. me permita hacerle una ligera relación de los pequeños trabajos emprendidos por la Congregación de la Providencia con el fin de procurar la conversión y la civilización de los indígenas de la Araucanía.

«Después de largos estudios para elegir la localidad, se creyó que Temuco sería el lugar más á propósito para poder realizar el objeto indicado; y á fines de febrero del corriente año se estableció una Casa de la Providencia en dicha ciudad.

«Desde luego se trató de atraer á las mujeres indígenas, á fin de darles á conocer á Dios, enseñarles á rezar y á trabajar, procurando al mismo tiempo hacerles comprender los inmensos beneficios, que trae la religión y la civilización cristiana, la felicidad de un hogar en que el padre y la madre cumplen la ley de Dios y son respetados y amados de todos sus hijos. Se comprende, mi Reverendo Padre, que para resolverlas á cambiar sus costumbres por otras, es menester que ellas mismas las juzguen mejores y que la gracia de la fe y el gusto de lo bueno, que han recibido en el santo bautismo, sigan desarrollándose en sus almas hasta hacerles abrazar de lleno las prácticas del cristianismo.



«En el mes de marzo 131 indígenas visitaron á nuestras Hermanas; en el mes de abril 137, y en mayo muchas más. Las mujeres mapuches han tomado confianza y cariño por «las señoras de buen corazón», que así llaman á las Hermanas; se convidan unas á otras para ir á verlas, les llevan á sus hijos y les comunican sus sufrimientos. Las Hermanas reconocen con satisfacción, que la mujer araucana es inteligente, muy amante de sus hijos y de buen carácter. Algunas comprenden ya, que sólo el matrimonio cristiano puede formar un hogar tranquilo y feliz; movidas de esta convicción han conseguido, que sus maridos vayan con ellas á instruirse, á fin de que, una vez bautizados, puedan casarse y vivir cristianamente.

«Dos viejecitas se están preparando para recibir el santo bautismo y como catorce niñas de ocho á quince años, intruídas por nuestras Hermanas, han sido bautizadas y viven con ellas, hasta que bien instruídas en nuestra santa Religión y formadas en el trabajo, puedan introducir la Religión y la civilización entre los suyos. A más de las Hermanas tienen una escuela externa gratuita para las niñas del pueblo, á la que asisten como 140 niñas de diferentes nacionalidades, ya hijas de chilenos, ya hijas de colonos. Muchas más solicitan ser admitidas, lo mismo indiecitas; pero no hay lugar en la casa ni recursos para mantenerlas.

«Esta obra, Reverendo Padre, se ha emprendido contando con la Divina Providencia manifestada

por la caridad de las personas á quienes Dios inspire favorecerla. Las cuatro Hermanas de la Providencia y las cinco niñas que las acompañan se sacrifican con gusto; su gran pena es ver tantas almas, que todavía no conocen ni tienen la menor idea de Dios. Todas ocupan días enteros, particularmente los domingos, en que van más indias, enseñando la doctrina cristiana y el rezo; pero para consolidar la obra necesitarían casa propia. En la actualidad pagan 80 pesos mensuales de arriendo. A más, los alimentos son sumamente caros, más caros aún que en Santiago y la casa no cuenta con ninguna entrada fija, ni subvención del gobierno, ni recurso propio. Sin embargo, creemos que la obra es de Dios y que de una manera ú otra su Divina Providencia nos dará el pan de cada día, que filial y amorosamente le pedimos.

«Puesto, mi Reverendo Padre, que el objeto de la nueva fundación de Temuco es idéntico con el de la Sociedad de Señoras que V. R. preside, confío que las virtuosas y santas señoras, que se han reunido para formar el Centro Apostólico de las misiones en Chile, nos ayudarán con sus fervorosas oraciones y contribuirán con sus limosnas á la realización de una obra, que Dios mismo les ha inspirado. Su gran deseo es que Dios Nuestro Señor sea conocido, adorado, reverenciado, amado y servido en todo el mundo y muy particularmente en la porción de tierra que el Soberano Señor y Rey del Universo nos ha asignado por Patria.

«Con sentimiento de distinguida consideración me es grato ofrecerme de Vuestra Reverencia atenta segura servidora.—*Sor María Celia Bascuñán.*»

---

La carta del cacique dice así:

«Mi muy reverendo Padre:

«Mas yo Juan Antonio Nailef casique vengo de Osorno para pedir una limosna de mandarme misiones porque veo la necesidad de mi suelo natal de el bautismo de los niños que mueren moros y por que yo soy cristiano y quiero que mis paisanos cean tan bien y parâ que se casen cristianamente pido por amor de Dios; que los Padres que manden seran muy bien atendidos y respetaremos mucho dellos y ebenido con el fin de llevarlos no otros mismos si es que cea la boluntad á Dios, la capilla de las misiones se llama Raube.

«Su Atento Seguro Serbidor.—*Juan Antonio Nailef, casique.*»

Dejamos á la letra la carta del cacique con su propia ortografía.—(*N. del E.*)

---



*Carta del Sr. Vicario Apostólico de Antofagasta  
al R. P. Bartolomé Mas S. I.*

**Antofagasta, 17 de marzo de 1893.**

Mi inolvidable y respetado amigo:

Con sumo placer recibí su estimable carta escrita en Melipilla y que contesto á Santiago, pues lo supongo de regreso.

Muy contento estoy de que el Centro Apostólico me haya enviado Misioneros para evangelizar á los desgraciados habitantes de este desierto. No puedo darle aún una noticia detallada y completa de la obra, que tienen entre manos, porque ella está apenas en su comienzo. Por el momento se han dedicado á dar las Misiones de las oficinas salitreras, en las cuales no hay siquiera un pobre templo donde reunir á los fieles. (Debiera haber en cada oficina un pequeño templo de quita y pon de madera, para mudarlo á otra parte cuando se extinga cada salitrera.) Se han habilitado con tal objeto en dichos lugares los pésimos locales de las escuelas; de modo que los Misioneros se han encontrado rodeados de mil inconvenientes.

Conoce Ud. lo que son las poblaciones de las oficinas salitreras. Reuniones de aventureros de todos los pueblos de la tierra y de los más perdidos de cada pueblo. En ellos hay socialistas, anarquistas,

asesinos, protestantes, etc., etc. En su mayor parte viven en relaciones ilícitas. Hay entre ellos fuertes preocupaciones religiosas y están contaminados con las lecturas de periódicos infames y de detestables papeles, que derrama la sucia propaganda protestante. Ud. calculará que para sacar gran fruto de estas Misiones hay necesidad de mucha constancia y celo. Es necesario repetir las Misiones con mucha frecuencia. Los religiosos están entusiasmados para volver este otro año, si Uds. los mandan. Creen que después de conocer el campo ya podrán hacer doble bien.

Aunque las confesiones no sean muchas, yo me doy por contento al ver, que siquiera el pueblo se reúne para oír la verdad. Mucho les queda en el corazón. Esa semilla germinará tarde ó temprano. No eran otra cosa las primeras Misiones de los Apóstoles... y al fin el Cristianismo triunfó.

Las Misiones de Calama y Central han producido muchos y mejores frutos, y aquí en Antofagasta serán espléndidos. Le prometo escribirle largo al fin de las Misiones. O se lo pediremos al superior de los Misioneros que lo haga.

Suyo affmo.—*Luis Silva Lezaeta.*



## CENTRO APOSTÓLICO

Los Andes, julio de 1893.

*A las señoras del Directorio del Centro Apostólico*

Señoras de todo mi aprecio y mayor consideración:

De todas veras felicito á Uds. por el honor, que tienen de pertenecer al Centro Apostólico. Es una de las más benéficas instituciones que tenemos en Chile y un nuevo timbre de gloria para la ínclita Sociedad de Jesús.

Si Nuestro Señor promete una recompensa por un vaso de agua dado en su nombre ¿cuánto no premiará á aquellos, que por su celo y generosidad facilitan los medios de salvación á las numerosas almas, que viven sin ningún auxilio espiritual en las pampas del Norte ó en los pueblos más apartados del Sur?

Que se me permita dar las gracias al Centro Apostólico por el honor, que hizo á nuestra humilde Congregación de Agustinos de la Asunción, la última de todas, escogiéndola como cooperadora de sus trabajos. ¡Ojalá podamos siempre servirle!

He aquí una sucinta relación de las Misiones, que dimos en el Vicariato Apostólico de Antofagasta, para corresponder á los deseos y á la generosidad del Centro Apostólico.



EL TOCO

Fortalecidos con la bendición y los consejos del señor Vicario Apostólico don Luis Silva Lezaeta y teniendo las más amplias facultades para el ejercicio de nuestro ministerio, llegábamos al Toco el 12 de febrero último. Nos acompañaba el señor cura don Vicente Cifelli, valiente anciano muy querido de sus feligreses.

El Toco es una vasta región salitrera situada al sureste del puerto de Tocopilla. Cuenta por lo menos seis ó siete oficinas, que elaboran el salitre, y su población no bajará de 8,000 almas. Escogimos la oficina de Santa Isabel para dar la misión. El señor administrador, á quien tantos agradecimientos debemos, puso á nuestra disposición el local de la escuela. Para tener más extensión pensamos dar la Misión en un ancho y largo corredor, que daba á la plaza pública. Muchos oyentes acudieron á la primera distribución; pero no con muy buenas intenciones. No querían quitarse el sombrero ni dejar su cigarrillo; sus charlas, sus observaciones nos interrumpían frecuentemente; nos era casi imposible dominar la algazara de los niños excitados por el ejemplo de los hombres.

Esos pobres mineros, que viven á nueve horas en ferrocarril de su parroquia, que no ven al sacerdote más que una vez al año, que no tienen sino rarísimas veces una distribución religiosa, habían

perdido el respeto, que se debe á la palabra de Dios y á la Misión. ¿Quién los acusará? El triste abandono espiritual en que viven nos inspiraba más bien compasión hacia ellos y apreciábamos más la importancia del Centro Apostólico, que colectando fondos podrá cada año (ojalá fuera dos veces al año) mandar Misioneros á aquellas almas desamparadas.

Forzoso nos fué para la segunda noche dar la Misión en el lugar, que nos había sido designado. Era un galpón formado de planchas de hierro, no teniendo otro piso que el suelo polvoriento. Las bancas de la escuela fijas en la tierra estrechaban y afeaban el local más de lo que era por sí solo.

La pizarra nos servía para colgar el crucifijo del altar, formado éste con una mesa de cocina prestada por un vecino. Del otro lado de la plancha de hierro estaba un gallinero: figúrese el sentimiento que teníamos, cuando celebrando ó en medio de las otras distribuciones, oíamos el cacareo de las aves y el pío de sus polluelos. Allí también nos hicieron la guerra, y más de una vez el chasquido de un látigo, la detonación de un fulminante, el fragor del hierro violentamente golpeado, cubrían la voz del Misionero. A pesar de todo, los que deseaban aprovechar los beneficios de la Misión, acudieron á este local. No sé decir, qué grupo era más numeroso: el de los hombres ó el de las mujeres; tal vez hacía la ventaja el primero. Once días quedamos

en Santa Isabel catequizando, predicando, confesando y administrando los sacramentos.

Más de setenta personas se confesaron y comulgaron. El señor cura puso la bendición nupcial á tres ó cuatro parejas. No le hablo de los bautismos, porque en todas nuestras Misiones fueron numerosos. Nadie quiere que sus hijos mueran sin este sacramento. Es una prueba de que la fe no está más que adormecida en las almas; frecuentes Misiones la despertarán y darán sus frutos.

Nuestro Señor permitió, que llegáramos á tiempo á Santa Isabel para preparar á la muerte á un minero. Sintiéndose gravemente enfermo, él mismo nos mandó llamar, se confesó y comulgó muy devotamente y moría pocas horas después de recibida la Extremaunción. Sin el Centro Apostólico ¿qué hubiera sido de esta alma? ¡Cuánto debe hoy día pedir á Dios por los generosos bienhechores, que le mandaron sacerdotes para prepararse á la muerte!

Con motivo de esta muerte, hicimos una procesión solemne al cementerio de Santa Isabel. Un numeroso séquito, tanto de señoras como de hombres, nos acompañó; ahí la predicación fué oída con más atención. Esta visita al cementerio nos parece necesaria en todas las Misiones.

Pasamos á continuación á la oficina de Santa Fe. Los señores administradores nos dieron también el alojamiento y la comida y una vasta y elegante



pieza para transformarla en iglesia. Nos dijeron, que en el lugar mismo en que habíamos aderezado el altar, se habían dado pocos días antes varias conferencias por un ministro protestante.

Como en todas partes, el «buen varón» había blasfemado contra la Misa, la santa Eucaristía, la confesión, el purgatorio; había calumniado al Sumo Pontífice y á los sacerdotes católicos, proclamado las ideas subversivas de toda autoridad, que son el fundamento del protestantismo; y distribuído pésimos opúsculos.

En el norte la propaganda protestante tiene una relativa actividad; mas pudimos convencernos de que no atrae sino á los más simples de nuestros católicos. Si el sacerdote católico no viene en pos de ellos á rebatir sus errores y calumnias, harán víctimas. El Centro Apostólico reparará los males que podría causar aquí el protestantismo.

Estábamos en los días de «la chaya», que son en la Pampa días de orgía indescriptible. En las oficinas salitreras el trabajo no se suspende sino en el tiempo del carnaval y en las fiestas patrias; con verdaderas bacanales se celebran estas dos huelgas, que duran más de una semana. No querían los mineros ni oír la voz de la campanilla con que les recordábamos nuestra presencia; la sacaron por fuerza de las manos de nuestro sacristán y nos fué imposible recuperarla. La asistencia á las distribuciones la formaban sobre todo los niños. Obligados á dar á la predicación de las

verdades eternas la forma catequística, entendimos, que tal vez es ella más eficaz que nuestros sermones preparados con tanto arte y trabajo. Más de veinte niños alcanzaron á aprender lo suficiente para confesarse; dos solamente fueron admitidos á la comunión. Los Misioneros del año próximo completarán la obra. El señor cura, que tomaba su buena parte en nuestros trabajos, hizo muchos bautismos y tres ó cuatro casamientos. Las confesiones de personas mayores no pasaron de diez. El que sabe lo que son los días de la chaya en la Pampa, dará gracias á Dios por este resultado; menos aún se debía esperar.

#### TOCOPILLA

Para la Misión de Tocopilla tuvimos otro contratiempo. Un circo se había ya instalado en el pueblo, cuando llegamos. Por los carteles repartidos con profusión sabíamos, que los artistas daban funciones muy variadas: dramas, sainetes, pruebas de equilibrio, etc., etc. En otra parte hubiera sido para los tibios una ruda tentación: en Tocopilla debía vencerlos á todos. En esas regiones las diversiones honestas son muy raras; nada que alegre la monotonía del tiempo ni de la Pampa; ¿quién iba á perder por la Misión las animadas veladas, que se ofrecían?

Tuvimos una escasa concurrencia; los menos necesitados la formaban. Sin embargo, entre las cien

personas, que se acercaron á los sacramentos, tuvimos el consuelo de contar muy notables conversiones. Que los que pertenecen al Centro Apostólico se regocijen de ello; se celebraron también cuatro matrimonios.

#### PAMPA CENTRAL

Siguiendo el itinerario trazado por el señor Vicario Apostólico, pasamos á la Pampa Central. Es una oficina salitrera al este de Antofagasta, tal vez la más importante de las que visitamos; ocupa, con sus dependencias de Pampa Negra y de Sierra Gorda, más de 1,000 calicheras. Contando las mujeres y niños, su población no bajará de 3,000 almas. La mayor parte de los accionistas, sus dueños, son chilenos y algunos de ellos de acendrada piedad.

Extrañamos, pues, sumamente, que estas personas no hayan pensado en dar algún auxilio espiritual á tantos hombres, que para ellos trabajan. ¡Qué fácil es á los ricos engañarse en lo que toca al cumplimiento de su deber y qué terribles revelaciones les aguardan para el último día! Que se establezca una renta de 1,000 pesos y esta oficina tendrá su capellán.

Nunca podremos decir cuánto debemos al señor administrador general de la Pampa Central y á toda su familia; él y su familia nos ayudaron espiritual y materialmente cuanto les era posible. Merced á



estos padres y á la prudente discreción de don Domingo Méndez, secretario de la Vicaría Apostólica y sacerdote de una experiencia consumada y de un celo que ni los años, ni las enfermedades, ni las fatigas de un largo ministerio han podido disminuir, tuvimos un buen resultado.

Las comuniones pasaron de 120; cinco matrimonios se celebraron y dejamos establecida una pia-dosa asociación encargada de conservar los frutos de la Misión. Todos los días festivos, bajo la dirección de la distinguida esposa del señor administrador, se celebrará una pequeña distribución religiosa.

El rezo del rosario, el canto de algunos himnos, una lectura en un catecismo explicado, darán algún consuelo á estas almas, que piden á gritos, que no se les abandone, que se les den los auxilios espirituales. ¡Ojalá los señores y señoras accionistas de la Pampa Central oyeran esta petición y le dieran cumplimiento!

#### CALAMA

De la Pampa Central el ferrocarril nos llevó en seis horas á Calama. Es un pueblo edificado en un reducido oasis.

Las aguas que bajando de los picos nevados de los Andes allí se reúnen, han diluído las sales, que entran en la formación del suelo del desierto de Atacama y favorecen una escasa vegetación. Sin

embargo, Calama es un pueblo de cierta importancia; allí pasan por la noche todos los trenes, que llegan de Antofagasta ó de Oruro. Algunas veces asciende á 80 el número de empleados del ferrocarril, que tienen que hospedarse en Calama. La presencia de los viajeros aumenta aún el movimiento. Un subdelegado con facultades especiales administra el pueblo, que no tendrá menos de 500 habitantes; gran parte de ellos se dicen todavía bolivianos.

La Misión fué concurridísima. El señor cura don Tiburcio Criado Iglesias, cuyo desinterés aprecian mucho sus feligreses, facilitaba todo á los que vivían en mala amistad para que arreglaran su situación. Su voz fué oída. Cerca de 200 personas se confesaron y seis matrimonios pidieron las bendiciones de la Iglesia. Cábenos, sin embargo, un profundo pesar. Imposible nos fué conseguir, que los niños vinieran á las distribuciones especiales, que para ellos se hacían. Los pocos, que al fin vinieron, por falta de preparación no fué posible admitirlos á la primera comunión. Las niñas pudieron prepararse un poco mejor; no fué el resultado tal, que pudiese consolarnos. Los padres de familia se quejaban amargamente de que en las escuelas se descuidaba la enseñanza religiosa. El propio interés nacional obliga á poner pronto remedio á esta situación.

Después de Antofagasta, su centro principal, Calama es uno de los puntos en que los ministros

protestantes trabajan con más actividad. El ferrocarril, que hace muy cómodo el viaje, el aspecto agradable del lugar, todo convida á estos misioneros casados, que han recibido de Inglaterra un amor «al comfortable», muy en armonía con la doctrina, que predicán. Han conseguido establecer en Calama un oratorio; la curiosidad lleva algunos oyentes á sus conferencias; dos familias les son completamente adictas y hacen bautizar sus hijos por ellos; reparten biblias, evangelios, periódicos y novelas. Una de estas últimas tiene por título *Andrés Day*: es la supuesta conversión de un irlandés, que encuentra en la biblia argumentos contra la religión católica, que nadie puede resolver. ¡Qué superchería! Es la repetición de los sofismas mil veces rebatidos por los teólogos y catequistas. Para hacer pasar más fácilmente este conjunto de absurdos, la anuncian con el título de *Vida de Fray Andresito*. Muchos de los que habían recibido libros protestantes nos los entregaron y en su presencia los echamos al fuego.

Es indispensable que el Centro Apostólico, ensanchando su campo de acción, también luche en la prensa contra el error y el vicio. Me permito recordar á sus directores los opúsculos de Monseñor de Ségur.

#### ANTOFAGASTA

Estábamos en los días de la semana de Pasión en que, según costumbre, se predica la Misión al



pueblo de Antofagasta. Llegamos á tiempo para dar principio á este nuevo trabajo.

Antofagasta, con sus anchas calles, su vasta plaza, sus edificios de muy buen gusto, sus líneas de carros urbanos, sus instalaciones de teléfono y telégrafo, su estación y maestranza de ferrocarriles en constante actividad, parece una ciudad europea. Numerosos siempre los buques de todas clases surtos en su difícil é insegura bahía. Su iglesia no contribuye poco á su ornamentación. Al entrar en ella, uno se creería en uno de esos templos de París cuya elegancia, aseo y comodidad encantan á todos. La población de Antofagasta asciende a catorce mil almas.

Desgraciadamente no son más, que tres los sacerdotes destinados al servicio de esta parroquia: el señor Vicario Apostólico, su secretario y un cura párroco. Los múltiples trabajos de la administración y sobre todo la mala salud, que los aflige á los tres, les impiden consagrarse como lo desearían á las obras de celo. Ninguna sociedad de hombres, ningún colegio ó periódico católico para conservar ó aumentar la fe, recrea en Antofagasta el corazón del que desea la salvación de las almas. ¿Qué mano inteligente y generosa edificará y sentará en esa ciudad un convento, que sería como una fuente de gracias espirituales para todo el Vicariato de Antofagasta? Durante la Misión y las fiestas de Semana Santa confesamos como 2,000 personas, entre las cuales un centenar de hombres y algunos

de ellos de las primeras familias. No tuvimos el consuelo de dar, como lo hubiéramos deseado, una misioncita especial á los alumnos del liceo y escuelas fiscales; los señores profesores se opusieron á nuestros proyectos y los hicieron fracasar.

Los padres de familia se quejaron amargamente, mas fué en vano: el sectarismo, que reina en la enseñanza chilena, debía también en esta ocasión hacer sentir su tiranía. Cinco matrimonios se celebraron en esos días y aumentaron las alegrías, que nos había dado la Misión.

#### CARACOLES

Un novelista escribiría largas páginas y todas de sensación, sobre nuestra entrada á Caracoles. Tomábamos el camino de este pueblo, en años pasados tan célebre, como á las 4 de la tarde, montados en mulas alquiladas á un precio muy subido y que su dueño nos decía excelentes. Para ahorrar gastos no quisimos, que un guía nos acompañara; creíamos, que podríamos fácilmente seguir un tilburí, que arrastrado por tres briosos caballos<sup>e</sup> llevaba al mineral de la isla á uno de los acaudalados propietarios de Caracoles. Apenas habíamos andado dos cuadras, cuando se rompían las estriberas de una de nuestras sillas; mientras remediábamos este contratiempo, el tilburí continuaba su rápida marcha. Un poco más lejos una cincha necesitó también reparación; para colmo de infortunio, una

de estas mulas, que nos decían tan buenas, se cayó y precipitó violentamente su jinete en el suelo. Inútil es decir, que ya habíamos perdido de vista el carrujito, que debía indicarnos el camino. Nos encontrábamos en pleno desierto sin saber qué dirección seguir; nos habían contado, que un sacerdote del Vicariato de Antofagasta se había completamente extraviado en este mismo desierto y que después de haberlo buscado durante tres días enteros sus feligreses, lo habían encontrado exánime, sin conocimiento, muriéndose de sed y de cansancio. Este recuerdo no alegraba mucho nuestra situación.

En la arena se veían las huellas del tilburí; encomendándonos á Dios, seguimos este inseguro camino. A la entrada de la noche, cuando ya no sabíamos qué hacer, encontramos al dueño del vehículo, que nos esperaba bondadosamente. «Mirad allá, nos dijo, las luces que centellean, os indican la plaza misma de Caracoles; no le perdáis de vista y llegaréis al término del viaje.»

Le dimos las gracias y apuramos nuestros animales creyendo, que en una hora á lo sumo estaríamos en Caracoles. Mas, nos hallábamos á más de 3,000 metros de altura y el aire sumamente rarificado no nos permitía medir debidamente la distancia. Nuestro viaje duró todavía más de tres horas. Nuestras mulas, acostumbradas á tirar carretas, llevaban un paso de una lentitud desesperante, al mismo tiempo, que nos cansaban sobremanera.

Un viento helado se levantó luego y aumentó



nuestros sufrimientos. Durante el día el termómetro había marcado por lo menos 35° sobre cero, y á las 10 de la noche había bajado tal vez hasta cero. La puna nos oprimía el pecho y hacía latir violentamente el corazón; si queríamos descansar apoyándonos en el cuello de la mula, las muchas chispas eléctricas, que nuestro contacto hacía salir de las crines del animal, redoblaban nuestras zozobras.

Por fin, después de 6 horas y media de un doloroso viaje, entumecidos por el frío, quebrantados por la fatiga, nos apeábamos en las gradas del templo de Caracoles. Nadie nos esperaba; sin duda el telegrama mandado al señor subdelegado para anunciar nuestra llegada, no le había sido remitido.

Mientras descansaba mi compañero, me dirigí á la primera casa donde se veía todavía brillar una luz.—¿Qué se le puede ofrecer á estas horas? me dijo con voz destemplada el hombre que abrió la puerta.—Señor, somos Misioneros y quisiéramos saber en dónde se aloja el cura, que de vez en cuando visita á Caracoles.—Oiga, fraile de papirote, aquí no necesitamos ni Misión, ni Misioneros; entra aquí, que te arreglaremos tu cuenta—y agarrándome del hábito mi interlocutor me entró por fuerza en su habitación cuya puerta cerró y gritó: —¡Ola, amigo! aquí tenemos un fraile; venid, que le arreglaremos la cuenta! Acudió un hombre con una lámpara en la mano; me encontraba en presencia de dos mineros de complexión hercúlea y además

ebrios; era el lunes de Pascua y lo habían celebrado copa en mano. Inútil y muy imprudente era intentar resistencia; mejor era acudir al ardid. «Amigos, les dije, me conformo con vuestros deseos; mas como tengo mi compañero afuera y quiero que corra igual suerte que la mía, iré á buscarle si lo permitís.—Se consultaron un instante y al fin me abrieron la puerta amenazándome con la más cruel venganza, si los obligaba á perseguirnos. En medio de una lluvia de piedras é insultos me junté á mi compañero y huímos los dos por la primera calle, que encontramos. Suplicamos á una señora, que luego nos alcanzó, que nos indicara una casa respetable para pasar la noche. Ay! estábamos en presencia de una mujer muy sospechosa; ebria ella también, no tenía ningún respeto á nuestro hábito; tuvimos que valernos de la fuerza para librarnos. Al fin llegamos al cuartel de policía, de donde nos llevaron con muchas atenciones á la casa rectoral. Sin embargo, no habían concluido todavía nuestras penas.

Un desgraciado, que para celebrar nuestra llegada se había bebido, según declaración de él mismo, una botella entera de pisco, quiso entablar conversación con nosotros; como lo rechazábamos, nos insultó soezmente durante más de 20 minutos. Cerca de las 12 nos echábamos sobre un colchón prestado por un caritativo vecino. La Misión, que así principiaba debía tener buen resultado; todas las noches el templo se llenaba. La presencia de

numerosos hombres, sobre todo, nos consolaba. Fácil era hacer sentir la vanidad de los bienes del mundo á estos oyentes. Caracoles, que antes contaba sobre 10,000 almas, después de una efímera existencia de 20 años, hoy día no tiene dos mil. Escombros y ruinas se ven en sus calles cada día más desiertas. Bajo este cielo inclemente, que pasa cada 12 horas por los extremos del calor y del frío, en la falda de esta montaña, que no tiene la menor vegetación, cuando las minas recompensan escasamente las fatigas del trabajador y las cuitas del capitalista, ¡qué sería del hombre si no tuviera las esperanzas de la otra vida!

Hablábamos á almas, que nos entendían perfectamente. ¡Cuántas veces no nos suplicaron los hombres, que quedáramos para servir la parroquia de Caracoles, hoy día sin pastor! Cuántas veces no nos pidieron perdón por las dificultades del primer momento, obra de dos ó tres malvados, que todos reprueban! Para atraernos nos prometían, que veríamos el templo lleno y que sinceros amigos nos apoyarían en toda circunstancia. En una palabra, conservamos un recuerdo especialmente cariñoso del pueblo de Caracoles.

Mas el Misionero es como el sembrador: tiene que pasar de surco en surco derramando en todos la buena semilla sin detenerse en ninguno. En Caracoles dimos la comunión á 80 personas y bautizamos á tres niños ya grandes. Sus padres, movidos por la gracia, los entregaban por fin á Nuestro



Señor y á la Santa Iglesia. No se celebró ningún matrimonio, porque las fiestas de Pascua habían agotado todos los recursos y el minero no quiere casarse como pobre, aun cuando los servíamos de balde.

#### SAN PEDRO DE ATACAMA

De Caracoles á San Pedro de Atacama, donde nos esperaban, hay una distancia de 30 leguas que debíamos andar en mulas. Nos aconsejaron tanto de hacerlo en dos días, que accedimos por desgracia nuestra. Pasamos la noche en un miserable galpón cuyo techo, semejante al fondo de un colador, nos dejaba contemplar las estrellas del firmamento. El frío fué intensísimo. Tendidos los dos en un solo y muy estrecho colchón, vino la mañana encontrándonos entumecidos y sin haber conseguido un minuto de sueño. En 13 horas anduvimos lo que nos quedaba del camino, sin apearnos más que para preparar un rápido almuerzo al calor de... (horro-ricense los estómagos delicados!) de bostas recogidas en el suelo. Durante esta larga jornada, no encontramos más en el monótono desierto, que cadáveres de mulas ó de bueyes; tendidos cada cien pasos, indican la ruta al viajero, que temiera perderse. De vez en cuando también una rústica cruz señala la tumba de un infeliz arriero, que cayó ahí solo, vencido por el sol de mediodía ó las heladas de la noche.

El cura de San Pedro de Atacama es un francés y hermano de uno de los novicios de nuestra Congregación, y excusado es decir cómo nos recibió. Antiguo y valiente Misionero, tuvo que dejar las Antillas, cuya insalubridad le mataba; mas allá, en medio de sus enfermedades no sufrió tanto como en Atacama: hacía más de año y medio, que no veía ningún sacerdote. Su acrisolada virtud no le permite vivir en tan grande abandono; ¡cuántos otros se negarían á tanto sacrificio al pensar en el trance de muerte, que sería preciso pasar sin ningún auxilio!

La parroquia de San Pedro de Atacama tiene 140 leguas de largo. El señor cura procura recorrerla cada año si su salud se lo permite. Va de aldea en aldea montado en su mula y llevando consigo carpa, cama y provisiones. Muchas veces, para tener carne fresca, tiene, escopeta en mano, que hacer la guerra al guanaco, á la vicuña, á la vizcacha, ó á las aves de las lagunas. Su viaje dura más de 3 meses. Atacama tiene como 600 habitantes; ese número decuplicaría luego, si un ferrocarril permitiese la explotación del bórax, del cobre, del yeso, de la sal, que produce su suelo junto con muchas otras riquezas.

El número de confesiones ascendió á más de 400 y se celebraron 20 matrimonios, sin contar los que dejamos preparados. El bien se hace fácilmente entre esta gente dócil y de muy buena voluntad. Una prudente política aconseja al Supremo Go-

bierno mandar á estas partes representantes dignos de su puesto, preceptores que sepan cumplir su misión.

### TOCONADO Y CHÍUCHÍU

Para terminar nuestra tarea, nos quedaban dos puntos que evangelizar: Toconado y Chíuchíu, y así no dejaríamos ningún punto importante del Vicariato de Antofagasta sin llevarle, á nombre del Centro Apostólico, los beneficios de la santa Misión; debemos exceptuar, sin embargo, los puertos de Cobija y Gatico, cuya entrada nos cerraban dificultades insuperables.

En Toconado, uno de los Misioneros, bastante indispuerto desde la noche pasada entre Caracoles y San Pedro de Atacama y que no había podido darse ningún descanso, cayó gravemente enfermo. Un violento catarro, acompañado de una tos continua, lo postró en la cama y luego principió á arrojar sangre. No teníamos otro alojamiento, que un rancho sin ventana y por consiguiente sin luz; el pueblo no contaba con ningún elemento de curación, de tal modo que temíamos un desenlace fatal. Sin embargo, los cuidados y los remedios caseros de personas caritativas impidieron, que el mal aumentara. Concluída la Misión, alquilamos una carreta para llevar al enfermo á la más cercana estación del ferrocarril, á fin de que pasara á Antofagasta á ponerse en manos de un buen



médico. El viaje duró 48 horas. De noche, el agua que llevábamos para nosotros y nuestras mulas, ya que nada se encuentra en el desierto, se cubría de una gruesa escarcha y de día el termómetro subía á 30 grados. Después de 23 horas de trabajo continuo, el arriero, vencido por el sueño, no podía ya dirigir el vehículo; sin embargo, era preciso continuar para alcanzar el tren, que baja al puerto no más que tres veces por semana; toda demora en un clima tan desfavorable, podía ser mortal. El Padre, que quedaba bueno, tuvo que reemplazar al cochero. Montado en la mula de silla, látigo en mano, dirigía la carreta, temiendo, que su inexperiencia ocasionara alguna desgracia; mas los buenos ángeles nos protegieron y llegamos á la estación pocos minutos antes de la salida del tren.

El señor cura, que tiene á su cargo la aldea de Chíuchíu, ayudó en las predicaciones y confesiones al Padre, que quedó para esta última Misión. Es Chíuchíu de 180 habitantes; se confesaron 50 y se celebraron 2 matrimonios. En Toconado, pueblo más importante, las confesiones ascendieron á 100 y á 4 los matrimonios.

En San Pedro de Atacama, en Toconado y en Chíuchíu, se siente la necesidad de reemplazar los altares, las imágenes y los ornamentos. Es demasiado indigno de Nuestro Señor, demasiado contrario á la gravedad del culto lo que sirve ahora. No dudamos, que el Centro Apostólico remediará este mal.

He aquí, señora, una breve relación de nuestros trabajos. Merced á la benéfica obra á que tiene Ud. el honor y la dicha de servir, 10,000 personas han oído la palabra de Dios, cerca de 4,000 recibieron los sacramentos de penitencia y eucaristía y se han celebrado como 60 matrimonios; y esto en regiones en que dicen, que la fe ha muerto y que ha desaparecido el espíritu cristiano. Las cifras, que acabo de apuntar, prueban claramente, que el Centro Apostólico hace resucitar la fe y revivir el espíritu cristiano. Que continúe esta obra; que el celo de las piadosas señoras, que recogen limosnas, que la caridad de todos la haga prosperar, porque, como lo decía al principiar, es una de las más benéficas, que tenemos en Chile, una de las más agradables al Corazón de Nuestro Señor.

Queda á sus órdenes S. S. y agradecido servidor.—*T. D.*, de los Agustinos de la Asunción.

---

*Carta del Rdo. P. Bartolomé Mas  
al Directorio del Centro*

Tarea siempre gratísima la de dar cuenta á Uds. de su obra, el Centro Apostólico, en su divina labor de la salvación de las almas por medio del apostolado oficial y del apostolado oficioso, el de la predicación y el de la oración; que como sean los dos brazos de salvación para el mundo, debemos, á

fuer de católicos, darlos resueltamente á nuestros semejantes para llevarlos á todos á Nuestro Salvador Jesús. Y ojalá pudiésemos darles,—voluntad no falta,—con toda la expansión de su fuerza á los pueblos australes de Concepción, donde fuera menester un nuevo Javier, que, como río impetuoso, lo arrastrase todo á los pies de Jesucristo.

Si no un río, ha sido el Centro para ellos un rocío del cielo caído sobre hierbas ignoradas de los hombres en campos agostados. Que así son los recorridos ahora por el Centro, los de Angol, Collipulli, de Victoria, Traiguén y Temuco, donde, á mayor abundancia de males, la plaga protestante ha caído sobre ellos como langosta destructora. Tristísimo espectáculo! tantos estragos espantosos de aquellos sectarios en el rebaño de gentes simples, cuyas almas envenenan con el tósigo del error, y cuya apostasía compran á precio de oro con las resultas por tal vía, que son de cuenta para los lupanares y de contingente para los presidios. Y sube de punto la tristeza de ver, mientras tanto, la indiferencia de unos y la apatía de otros, y la inercia de muchos, aun de las clases dirigentes, que no han llegado á comprender, que los pueblos sin religión vienen á ser unos presidios sueltos. ¿A dónde iremos á parar, si dormimos todos y dormimos siempre y á la vera del campo del Señor, en que el hombre enemigo siembra la cizaña?

Aunque no todos duermen, antes trabajan con celo no cansado, los pocos sacerdotes y religiosos



aplicados de firme á lo vasto en demasía de aquellos campos tan necesitados como sus tierras de rulo, de santas oraciones, que de todas partes suban al cielo, como suben los vapores acuosos de todos puntos del mar y vuelvan como estos, una vez condensados, á resolverse sobre aquellas tierras de secano en lluvia de bendición.

Ahí tienen, caritativas señoras, un campo de siembra vastísimo y de mucho rendimiento para lo porvenir, así lo espero, que señalo como de preferencia á Uds. y de todos los asociados al Centro Apostólico, que juntos pueden ser, por el Divino Corazón, una fuerza acrecida en torrente, en río si queremos, según sea lo crecido de nuestra caridad hacia nuestros semejantes. Hemos entrado ya por Divina Providencia en aquella mies del Señor, con cuatro Padres Misioneros, dos de la Compañía de Jesús y dos del Corazón de María, que por un mes han sembrado con larga mano lo que otras han de recoger, según aquello de «uno es el que siembra y otro el que recoge». ¿Y paró el servicio de ellos sólo en sembrar? sólo en henchir de ricas esperanzas aquel dilatado sembradío, esperando para más tarde abundante cosecha? sólo ello? ¡Qué desconuelo! dirían otros menos avisados que Uds. que, acostumbradas á mirar en el Divino Corazón, han aprendido por vista de ojos, que lo importante para un corazón generoso, no es salir con sus intentos, sino trabajar para lograrlos; han trabajado Uds., luego el premio será á la medida del trabajo, según

la cuenta que ajusta el antiguo refrán: «como sembráredes, cogéredes».

Pero no, piadosas señoras, no lo sembrado sólo, es más lo recogido, sobrado para llenar de alegría el corazón del Misionero á la par del corazón de Dios, que ha recobrado por millares los nuevos pródigos acogidos al favor del hogar primero. ¡Qué lágrimas, Dios mío, aquellas! Yo no diré á Uds. á qué sabían aquellas dulcísimas lágrimas vertidas á impulso de un no se qué, si de pena profunda ó de gozo inefable, por los hijos ante su propio Padre, quienes, postrados en tierra, así decían entre sollozos: «¡Jesús mío, diez, veinte, treinta años de pecar contra el cielo y contra Ti! ¡Ay, Jesús mío!...» y rompían de nuevo en llorar aquellos ojos antes tan enjutos y secos y no inmutados ante escenas horrendas de sangre. ¡Qué cuadro tan conmovedor podría aquí trazar de aquella piedad arrepentida, que me hizo amar una vez más á este religioso pueblo; y una vez más también abominar el crimen nefando, crimen de lesa patria, de cuantos ponen sus lenguas homicidas en la religión sacrosanta, para que sin ella sea el pueblo chileno un pueblo feroz con una ferocidad no ya de ocasión sino de arraigo! ¡Qué cuadro, digo, podría aquí bosquejar, si otro muy distinto y aterrador como la muerte no ocupase del todo mi pensamiento y mi corazón!

Si pudiese divertir mi ánimo de un horrendo espectáculo que salta á los ojos y pudiese fijarme

sólo en lo que llevamos hecho, yo les diría á Uds. de los miles y miles de fieles, que mudando de pensamiento por la gracia, venían con mejor acuerdo, á buscar en Jesucristo lo que el mundo les había negado: paz para sus vidas y vida para sus almas, sosegando así aquella alarma íntima de la conciencia para la hora de la muerte; yo demostraría, que aquéllos siete mil doscientos cuarenta fieles, que recibiendo la sagrada comunión, se levantaron á la vida de la gracia, fueron un milagro de mayor magnitud, que si se hubiesen levantado del sepulcro otros tantos miles de difuntos, por la mayor resistencia, que opone al divino poder, el ingenio malévoló de los vivos, que la inercia de los muertos.

Yo ponderaría lo que significan más de siete mil comuniones en medio de pueblos de gentes nuevas allí llevadas por el viento de su mayor aprovechamiento y ganancia temporal, donde los más, á fuerza de afanar para la tierra, habían caído en olvido del cielo; yo añadiría á tanta copia de fruto recogido, más de trescientas parejas de hombres y mujeres, que al pié del altar no ya reparaban su vida pasada, sino que recibían gracia por el sacramento del matrimonio, para vivir como buenos casados, siendo espectáculo de sabroso consuelo á los buenos y á la vez de amarga rabia á los sectarios, locamente empeñados en convertir el molde de la sociedad conyugal, hecho para sacar honrados é insignes varones, en molde de altos y bajos criminales.



Y más añadiría los centenares de primeras comuniones de niños y de adultos y de hombres de treinta y cuarenta años, de éstos, quiénes por vez primera santiguaban su frente bautizada, quiénes aprendían á invocar el nombre de Dios, repitiendo, «Padre Nuestro, que estás en los cielos.» Y aunque paso en silencio el centenar de presos en las cárceles de Angol y Collipulli vestidos de nuevo en sus cuerpos y en sus almas por los Misioneros, no puedo callar, por ser las mejores primicias que el Centro ofrecía de su apostolado al divino Corazón, cinco indios bautizados, después de adoctrinados en la cárcel de Collipulli; y aunque el mérito de tan preciosa conquista sea de todo el Centro, lo apliqué en particular á ciertas madres asociadas, que como otras Mónicas lloran por sus hijos las mejores lágrimas de sus ojos. Sean, Señor, dije, estos cinco indios redimidos el óbolo de redención, que por sus propios hijos os ofrecen sus madres cristianamente apenadas.

¿No es verdad que, contorneando y dando los toques de luz conveniente á los trazos, que dejo rasgueados, saldría un cuadro de efectos sorprendentes á los que miran por la salvación de las almas? En él, como figuras de primer término, debieran destacar unas heroínas, honra y espejo de santas religiosas, que con el nombre de Hermanas de San Francisco en Angol y de la Providencia en Temuco, allá en la frontera, en las avanzadas del ejército católico, forman en las primeras filas del sacrificio y de la

abnegación, dando vida cristiana y cultura en sus colegios á indias desvalidas hasta poco ha, abandonadas, con mengua del nombre cristiano, en brazos de la esclavitud y de la barbarie. Pero dejan mis ojos toda aquella hermosura, forzados por la horrura de un cuadro el más desgarrador. No es el que ofrece el oro corruptor en manos de los hijos de Lutero, que les ha hecho concebir la horrible esperanza de convertir, como ellos dicen, la República de Chile en una Holanda protestante. ¿Lo conseguirán á fuerza de calumnias y de impiedades, semilla de todas las abominaciones, que esparcen entre aquellas gentes sencillas?

Más aún, no es este el punto de las mayores y más crecidas penas, sino el tener á la vista á ciencia y paciencia de todos, sumidas en la barbarie más degradada, á millares y millares de indios abandonados á los excesos de toda brutalidad: la poligamia más infamante, la compra y venta de niñas y mujeres, el suicidio y la horca para pobres mujeres, únicos lenitivos de males... pero no digamos más, no saquemos á luz todas las afrentas de nuestra indolencia. ¿Cómo y no están consagrados á la reducción de aquella populosa indiada los RR. PP. Franciscanos y Capuchinos? ¡Ah! sí, y debiéramos pronunciar siempre con veneración el nombre de aquellos eminentes religiosos, únicos por largo tiempo en la frontera, que sostuvieron en alto el lábaro de la cruz entre indios y no indios. Pero ¡qué mal les hemos pegado! ¡En cuánto abandono

les hemos tenido! ¿Por qué, al fin, no se levanta en toda la República una cruzada de oraciones y limosnas, que pongamos al servicio de aquellos insignes religiosos, honra y prez de la Religión que profesan? ¿Sería difícil la obra? Tan fácil como el acometerla. Con la limosna de un Padre Nuestro en los labios y un peso en la mano, que depositáramos todos en un acervo común, ved el costo de tan grandiosa empresa; ante ella ¿continuará dormida toda la República? Sólo allá en un rincón escondido se estremecerá algún benévolo lector? y nada más? y se apagará luego su compasión diciendo, esto es soñar?

Si así fuese, piadosas señoras, soñemos y soñemos todos tan dulce sueño y no despertemos de él ni aun en la muerte, y en aquella hora ¡felices aquellos los que sobre su sueño puedan decir ya en el tribunal de Dios: «He negociado, con los talentos que me diste, la conversión de los Araucanos.»

Vean Uds. ahora las cartas escritas por los RR. PP. del Corazón de María, sobre las Misiones que han dado por cuenta del Centro.

De tan celosos Misioneros nos escriben: «Temuco reclama con urgencia una corporación religiosa, que activamente mantenga el fuego de la religión y piedad; y ya que los RR. PP. del Corazón de María son, como en todas partes, conocidos y estimados por su celo y laboriosidad, recomendamos á las almas cristianas pidan á Dios porque cuanto antes se realice su fundación en ésta. Aho-



ra sólo hay que decir: «La mies es mucha y los  
« operarios pocos.»

---

*Carta de los RR. PP. del Corazón de María al  
Rvdo. Padre. Bartolomé Mas, Director del Cen-  
tro Apostólico*

Mi Reverendo en Cristo Padre:

Ansiando deparar á los piadosos miembros del Centro Apostólico la dulce satisfacción, que proporciona el logro de santas y nobles aspiraciones, me dirijo á S. R. suplicándole ponga en conocimiento de las almas generosas, que lo forman, el feliz éxito de las Misiones, que en su nombre dieron los hijos del I. C. de María en las regiones australes de la República, para que viendo que no han sido infecundos los trabajos de los Misioneros, ni vanas las esperanzas de ese Centro al enviarlos, se alienten más y más sus corazones á proseguir en tan laudable empresa.

El diez de diciembre, señalado para inaugurar la campaña apostólica, salimos de Linares en el expreso, los RR. PP. Gumersindo Guard y Ramón Ortega, elegidos para tamaña empresa. Al avistar á Traiguén, primer punto de nuestra excursión evangélica, elevamos una plegaria al Corazón I. de

María, Nuestra Augusta Madre y Ángeles Custodios de la Ciudad y de sus moradores. Y á la verdad, Padre mío, que era necesario Dios y ayuda para salir medianamente airosos en estas Misiones.

¡Cuán honda sensación produjo en nuestros corazones la glacial indiferencia con que fuimos recibidos en este pueblo, entregado en cuerpo y alma al tráfico y asuntos comerciales! Pero confiando que el Señor, que hace oír su voz sobre las inmensidades de las aguas, haría sentir la de sus ministros en el corazón de esas agitadas muchedumbres, entramos en la población animosos, acompañados del señor Cura Párroco y de un excelente católico, insigne abogado de la localidad, que salieron á recibirnos á la estación.

Apenas habíamos tomado brevísimo momento de reposo, cuando el prolongado repicar de las campanas convocaba á los fieles á la Misión, que nos vimos obligados á dar en una espaciosa bodega, por no haber lugar más decente. En este improvisado y humilde templo anunciamos la palabra del Señor y obró el Omnipotente las maravillas de su gracia; por manera, que los trescientos fieles de la primera noche fueron aumentando, hasta ser en las restantes insuficiente el local para contener á las muchedumbres, que ansiosas acudían á escuchar la divina palabra. ¡Cuán grato nos era, Rvdo. Padre, contemplar la atención y respeto con que se hallaban pendientes de nuestros labios! ¡Qué júbilo inundaba nuestras almas, viendo las osten-

sibles disposiciones con que mil cuatrocientos católicos prácticos se acercaron al tribunal de la penitencia!

¡Ah! ¡Qué escenas tan conmovedoras presenciaron nuestros ojos! Figúrese, que de ellas no pocos adultos, que por vez primera cumplían con este deber sagrado; y de ellos en gran número, que lo verificaban después de muchos años de un olvido culpable! ¡Qué hermoso era ver las cuarenta y tres parejas, que se aproximaban al altar para estrechar el amor de sus corazones con la indisoluble lazada del matrimonio, santificando así, gran parte, la unión ilícita en que tantos años habían vivido! Y ¿cómo el enemigo de las almas sufriría impasible que le arrancaran tantas almas de su tiránico imperio?

Varias fueron las convulsiones con que pretendió desfogar la rabia de su corazón; intentonas, añagazas y hasta ridículas quijotadas pusieron en juego Satán y sus agentes; quienes á vista de la enérgica y noble actitud del señor juez, católico decidido, hubieron de resignarse, mal de su grado, á que la Misión fuese viento en popa y produjera tan opimos resultados, que superó las más lisonjeras esperanzas.

El veinte de diciembre salimos para Victoria acompañados del señor juez de Traiguén y otro magistrado también excelente católico. La indiferencia con que los habitantes de esta localidad recibieron la Misión, fué tan notable, que no se



daban cuenta de ella, á pesar de la solicitud y desvelo del señor Cura, que de antemano la había anunciado y que á duras penas logró alquilar una reducida bodega donde darla.

Pero ¡qué de obstáculos, Rvdo. Padre! por una parte nos visitaron pertinaces y abundantes lluvias y por otra comenzaron á circular rumores de que éramos protestantes; y mientras nosotros refutábamos los errores de esa infame secta, ellos, erre que erre, aferrándose más y más en sus sospechas, no desengañaron hasta el fin de la Misión. Entonces despertóse el entusiasmo religioso; y aun se confesaron seiscientos fieles y se arreglaron veintitrés matrimonios. Pero dejemos á Victoria, donde el Señor quiso probar la paciencia de sus ministros, disponiéndolos por humillaciones y contratiempos para los triunfos y coronas, que en Temuco les deparaba.

Después de un penoso viaje, suavizado por la contemplación de los variados paisajes y encantadores panoramas, que ofrecían á nuestra vista las frondosas selvas vírgenes, que atravesábamos, la cordillera que en lontananza aparecía, ostentando los caprichos de la naturaleza en sus picachos y empinadas crestas y las bien cultivadas campiñas que rodean á la pintoresca y hermosa capital de Cautín, entramos en ésta el cuatro de enero, acompañados del celosísimo señor Cura párroco don Ricardo Sepúlveda, que en la estación nos esperaba. El mismo día comenzamos la Misión, no sin temor

de algún mal resultado. Pero ¡cuál fué nuestra sorpresa, cuando observamos, que ya en la primera noche, más de mil fieles escuchaban atentos la voz del Misionero!

Comprendiendo que el protestantismo, la indiferencia religiosa y corrupción de costumbres, que esa maldita secta mil veces herida con el rayo del anatema, engendra por donde pasa, eran los poderosos adversarios con quienes habíamos de librar combate, imploramos el valimiento de aquella cuya planta virginal ha aplastado todas las herejías y del Sagrado Corazón de Jesús, que tan delicada y suavemente hiere las fibras del sentimiento, aun en los corazones más petrificados. Y en verdad, Rvdo. Padre, que no quedaron burladas nuestras esperanzas; pues, á pesar de la propaganda impía y descarada de los protestantes, de sus llamamientos hasta en las puertas de la iglesia, de sus conferencias públicas, de las burlas, osadía y desvergüenza de estos embaucados y embaucadores; no obstante el oro, que á manos llenas esparcían entre los pobres y el aliciente, que á las pasiones ofrecían, defendiendo y propagando el amancebamiento y matrimonio civil, el entusiasmo por la Misión iba cada día en aumento y la iglesia se veía repleta de fieles, viéndose en ellos confundidas la humilde sirviente con la distinguida señora, el sencillo artesano con el respetable caballero y el activo militar. ¡Qué consolador era ver la respetuosa atención con que escuchaban las verdades

de nuestra Religión santa! ¡Qué silencio tan sepulcral reinaba, sobre todo cuando el Misionero, encendido en el celo del Señor, cerraba contra el protestantismo refutando, triturando, pulverizando y hasta ridiculizando sus múltiples errores; combatiendo el amancebamiento y matrimonio civil y defendiendo la perpetua virginidad de María y demás prerrogativas de la excelsa Madre de Dios, que los protestantes impiamente niegan!

No fué ciertamente infecunda la palabra del Señor en los moradores de Temuco. Testigo del febril entusiasmo con que se prepararon para recibir á su celoso Pastor y bondadoso padre, Ilmo. Señor Obispo Dr. Plácido Labarca; eran allí de ver los numerosos coros de hombres y mujeres, que forman la activa y floreciente asociación del Sagrado Corazón de Jesús, con sendos estandartes al frente, campeando sobre todos el que abría la marcha, con este lema: «Yo reinaré en Temuco á pesar de mis enemigos.» Allí los terciarios franciscanos con su hermoso estandarte á la cabeza; allí... pero omito su descripción por haberse ocupado los diarios en este asunto y paso á los hechos, que patentizan el resultado y vida de la Misión.

¡Ah, Padre mío! avezado se halla el Misionero á presenciar las tiernas escenas, que la gracia ofrece al triunfar de los corazones; mas con la repetición y circunstancias, que en Temuco, raras veces se le presentan. Viera S. R. como toda suerte de perso-



nas se hincaban á los pies del Misionero de Jesucristo para lavar sus almas en el tribunal de la Penitencia! Pero ¡qué confesiones! ¡qué efecto tan maravilloso producían! ¡Qué conversiones tan notables se presenciaban! Rotas amistades criminales, arregladas uniones ilícitas y hasta casas de prostitución completamente cerradas... Las comuniones llegaron á tres mil seiscientas, los matrimonios á ciento cincuenta y las confirmaciones á seis mil. ¿Qué le parece, Padre mío? ¿No es esto de alabar á Dios?

Tal ha sido, Rvdo. Padre, el fruto práctico de las Misiones de Traiguén, Victoria y Temuco: cinco mil seiscientas almas reconciliadas con su Dios; doscientas diez y seis parejas unidas con el vínculo sagrado del matrimonio, rompiendo la mayor parte los torpes lazos de nefando concubinato, autorizado en muchos por inicuas leyes. ¡Cuánta gloria para Dios! ¡Cuánta alegría para los Angeles! ¡Cuántas almas puestas en vía de salvación! ¿Y quién ha sido la causa promotora de tantas maravillas? El Centro Apostólico. Bien pueden holgarse sus miembros; pues si son benditos los pies del Misionero, que evangelizó la paz en esos pueblos, no podrán menos de ser benditas las generosas manos que, prodigando sus haberes, les facilitaron los medios de realizar tan gloriosa empresa.

LOS MISIONEROS

---

*Carta del R. P. Timoteo de Jesús, Pasionista,  
al R. P. Bartolomé Mas S. I.*

**Viña del Mar, 12 de mayo de 1893.**

Muy estimable y querido Padre:

La suya apreciable del 8 del corriente, está en mi poder, que mucho le agradezco y lo que Ud. ha hecho por nosotros. Sus ideas son iguales á las mías, y ¡ojalá! que se pudieran realizar sus magníficos planes tocante á la conversión é instrucción de tanta gente desamparada en el norte y sur.

Yo estoy en la mejor disposición de hacer todo lo que esté á mi alcance por esas queridas almas con el reducido personal, que tengo al presente, aunque estoy esperando un refuerzo de España, que espero no tardará en llegar.

Por tanto, acepto las Misiones que Ud., en nombre del Señor Obispo, me propone para los meses de agosto y septiembre en el departamento de Illapel. Necesito saber la fecha de la salida y los puntos donde los Misioneros deben trabajar. *Deo volente*, yo tendré dos Padres listos en ejecutar las órdenes del Señor Obispo, y saldrán, como Ud. me indica, por cuenta del Centro Apostólico.

Ofreciéndome su afectísimo hermano en Jesucristo.—*Padre Timoteo de Jesús, Pasionista* (1).

(1) Las Misiones á que se refiere esta carta han sido dadas por cuenta del Centro, pero no se ha hecho relación escrita de ellas.  
(*N. del E.*)

*Carta de D. Daniel Fuenzalida, Vicario Apostólico  
de Tarapacá, al R. P. Francisco Costa*

**Iquique, 13 de mayo de 1893.**

Mi estimado señor y amigo:

Ante todo debo rogarle, que manifieste mi reconocimiento al R. P. Rector de Santiago y Superior de la casa de Valparaíso, así como también al Centro Apostólico, por su buena voluntad en favor de este Vicariato.

Desde ayer mismo comencé mis trajines para conseguir del Comité salitrero de Iquique, que se compone de los jefes de las principales oficinas, que pregunten á los administradores de todas las oficinas si admitirán la Misión en su pertenencia respectiva, con las condiciones ya conocidas: 1.<sup>a</sup> que no se perturbará el trabajo; 2.<sup>a</sup> que los Misioneros estarán alojados en la casa de la administración para más respeto.

Más aún, que no sólo pregunten, sino que se empeñen por la Misión y la favorezcan de todos modos. Además, daré los pasos para que el representante del Gobierno ó delegado fiscal de salitreras pida á nombre del Comité al Supremo Gobierno el pasaje respectivo para los cuatro Misioneros. Esto último demorará algunos días más; porque el delegado está actualmente en Santiago para el remate de las oficinas, que tiene lugar hoy día;



pero espero que esté de vuelta á fines de este mes ó á principios de junio.

Dios mediante, ya no estaré en Iquique en agosto próximo, pero espero dejar todo arreglado antes de irme y además los fondos necesarios para los gastos de estadía en los diferentes puntos, donde no se dé comida ni alojamiento á los Misioneros. Asimismo, pasaje libre por los diferentes ferrocarriles de la Provincia, pues mantengo muy buenas relaciones con el Director.

Cuando tenga datos más precisos le volveré á escribir; porque este no es más que el plan de ataque en el papel. Con tanto más empeño tomo este asunto, cuanto que son Jesuítas los que han de venir, ya conocedores de la pampa.

Hágame el favor de saludar al P. Rector y demás PP. y Ud. mande á su afmo. S. S.—*Daniel Fuenzalida.*

---

*Carta de Fr. Alejo de Barletta,  
Prefecto de Mis. Capuchino, á la Celadora del Centro*

**Valdivia, 26 de mayo de 1893.**

Señora de todo mi respeto:

Aprovechando la buena voluntad, que Ud. y el Directorio del Centro Apostólico para Misiones en Chile han manifestado en favor de la propaganda de buenas lecturas, me permito pedirle más ejem-

plares de esos cuadernos, que publica el Apostolado de la Prensa y que Ud. se sirvió mandarme el año pasado. Son publicaciones muy útiles y provechosas para todos.

Le anticipo las gracias y me pongo á la disposición de Ud. S. S. A. S. y C.—*Fr. Alejo de Barletta*, Prefecto A. de Mis. Capuchino.

---

*Carta de D. E. Vigil, Gerente de la Asociación Salitrera, á D. Daniel Fuenzalida, Vicario Apostólico.*

**Iquique, 7 de junio de 1893.**

Señor Vicario:

Cumpliendo gustoso con su grato encargo, me he visto con los señores Blair, Clarke, Folsehy Martin, Galté, J. Gildemeister y C.<sup>a</sup>, Lowe, North y Jewell, Pellé (en ausencia del señor Fournies), Syers-Jones y Bernal y Castro, para hacerles presente que PP. Misioneros, personas dignas de todo respeto por sus condiciones de carácter é ilustración, desean venir del sur á dar Misiones á los trabajadores de la Pampa, sin interrumpir en lo menor las faenas salitreras, y dispuestos á no pedir ni admitir erogaciones ó limosnas, siempre que se les acepte con las condiciones debidas, y se les dé alojamiento en las casas de administración de las oficinas.

Con verdadera satisfacción de mi parte tengo el placer de informar á Ud. que todos ellos aceptan de la mejor buena voluntad á los RR. PP., y por consiguiente ellos podrán dar Misiones en las siguientes oficinas:

Bearnés, Sacramento, San Esteban, San Fernando, Santa Rita, Limeñita, Paposo, Virginia, San Pedro, Santa Clara, Aragón, Cruz de Zapiga, Democracia, La Granja, San Francisco, Peña Chica, Sacramento, San José, La Palma, La Patria, Puntunchara, Santa Elena, San Jorge, San Pablo, Serena, Rosario de Huara, San Juan, Buenaventura, Lagunas, North-Lagunas, Peruana, Ramírez, San Donato, South-Lagunas, La Perla, Agua Santa, Calacala, Rosario de Negreiros, Santa Rosa de Huara y Sebastopol.

También me es grato informar á Ud. que los señores Folsch y Martín y H. B. Sloman y C.<sup>a</sup> recibirán con todo agrado á los RR. PP. en las oficinas Santa Fe y Buena Esperanza del Toco.

Quedo á la disposición de Ud. para obtener las cartas de recomendación necesarias á favor de los RR. PP. para los administradores de las oficinas, tan luego como Ud. se sirva pedírmelas, designándose en ellas los nombres de ellos.

Con las consideraciones más respetuosas tengo el honor de suscribirme de Ud. su más atto. y S. S.—*E. Vigil.*

---



*Carta de D. D. Domingo J. Méndez, Pbro.,  
al R. P. Bartolomé Mas S. I.*

**Antofagasta, 13 de junio de 1893.**

Muy señor mío:

En ausencia del señor Echeverría, reemplazante del señor Silva en esta Vicaría, tuve la satisfacción de atender á los buenos Misioneros P. Tomás y Adrián, é informar al Centro Apostólico de señoras de Santiago, dirigidas por Ud., sobre diez Misiones dadas por estos obreros en pueblos y aldeas de esta provincia.

Esperaba volviera Ud. á Santiago para darle los agradecimientos; hoy que ha regresado á esa, lo hago con toda la efusión de mi alma por la parte que á Ud. inmediatamente atribuyo en estas Misiones laboriosas y de buen resultado.

Conoce Ud., mi R. Padre, á este pueblo y sus necesidades morales y espirituales; me basta recordarle la Misión dada por Ud. el año de 1892, para decirle, que hace ocho años á que llevo la enseñanza catequista en las escuelas y colegios particulares, y en la iglesia todos los domingos; sentí haber estado ausente cuando dió Ud. su Misión, para haberle puesto al corriente y visitado todas estas escuelas fiscales, municipales, de artesanos y particulares: su número, 1,600 niños y niñas; asistencia al catecismo dominical, más de 200.

El trabajo diario por evangelizar á tantos pequeños, formar método, carácter, hace la alegría de mi vejez. Pero como estas escuelas no son católicas, sino fiscales ó de particulares, hay que hacerlo todo, estimulando y ganando al maestro y discípulos con obsequios de objetos piadosos y libros; heme aquí, mi Padre: en pueblo donde no hay librería religiosa, no hallo dónde comprar ni catecismos para estos niños, que en su mayoría no tienen; no hay otros pequeños libritos, como los de Monseñor Segur, para premios especiales; ni medallas para los demás, ni imágenes, escapularios, etc. Yo llevé al P. Tomás á las escuelas fiscales: él podría dar razón de 1,200 niños que visitamos; el P. Adrián no pudo ir: estaba enfermo.

Nada diré de mis gastos para sostener en Iquique y en estas escuelas é iglesias el catecismo; me limitaré á decir á Ud. y al Centro Apostólico de señoras, que aquí en este pueblo cosmopolita y metalizado hay necesidad de una propaganda constante y de auxiliar con preferencia á estas escuelas con libritos y objetos de piedad que piden, y no tengo casi nada que darles, más que cariños, doctrina y esperanzas.

Bien podría decir, apropiándome las palabras del Bautista, he sido la voz en otras partes; y aquí en este pueblo de Antofagasta «soy la voz que clama en el desierto», y en nombre de Jesús, «dejad los niños venir á Mí, de ellos es el reino de los cielos.»

¿A qué disertar, mi buen Padre, sobre la necesi-

dad de dar á los niños educación católica, y á qué entrar en detalles de pobreza, indiferencia y olvido de Dios, desde el hijo al padre? Basta insinuar á la obra regeneradora del Centro Apostólico y señalar con viejo dedo el campo y las armas, que se necesitan para vencer en parte la ignorancia y estrechar la maledicencia. Dejar un recuerdo de un libro, medallas, imágenes, etc., á estos pobrecitos desheredados de la fortuna y de buenos padres cristianos, es todo mi consuelo.

Confiado como siempre en que la caridad fortalece y alimenta los corazones generosos, me permito unir mis intenciones y esfuerzos al Centro Apostólico, que Ud. dignamente dirige, suplicando en retorno, á nombre del buen Jesús, se me prodigue para los niños un algo que darles.

Ruego á Ud., mi buen Padre, tome como suya y del Centro Apostólico esta obra evangélica de la educación de los 1,600 niños de estas escuelas, que su capellán se encargará de obedecer y dar cuenta del bien que se haga.

Me honraría llevase Ud. ésta á la consideración del Centro Apostólico á que me hago el honor de unirme para el bien religioso.

Con sentimiento de consideración y respeto, se suscribe de Ud., R. Padre, su Cap. S. S.—*Domingo J. Méndez.*

---



*Carta de D. Daniel Fuenzalida, Vicario Apostólico  
de Tarapacá, á los PP. Mas y Costa.*

**Iquique, 20 de junio de 1893.**

Mis queridos amigos:

Por la lista que les acompaño, verán Uds. que ya el terreno para las Misiones de la pampa está preparado. En ocho días más llegará el señor Campaña, Delegado fiscal de las Salitreras; le pediré una nota para el Gobierno, á fin de que conceda el pasaje para los Padres.

Ya Uds. saben que la Santa Sede ha aceptado mi renuncia. De un día á otro espero al señor Cáster para hacerle la entrega del Vicariato; pero los Misioneros serán acompañados por los señores curas respectivos én cada oficina y Misión. Además, yo dejo los fondos necesarios para todos los gastos, que se originen en el desempeño de la Misión, y aun los fondos necesarios para pagar el pasaje, dado caso que el Gobierno no lo diera.

Espero carta de Uds., indicándome con tiempo el día en que se embarcarán, para preparar las cosas y el orden de las oficinas en que se darán las Misiones y avisar á los curas y á la gente.

Háganme el favor de saludar al P. Rector de Santiago y Valparaíso, y manden á su afmo. servidor y amigo.—*Daniel Fuenzalida.*

Ojalá que consiguieran los PP. Misioneros, como

me lo ofreció el P. Costa, algunos ornamentos, albas, cáliz, para las dos parroquias de la pampá, que son las más pobres; la de Negreiros, que no tiene nada y la de la Noria. Todo vendría bien.

---

*Carta de Fr. Alejo de Barletta, Prefecto de Mis. Capuchino, á la Celadora del Centro*

**Valdivia, 30 de junio de 1898.**

Señora de todo mi respeto:

Muchísimas gracias doy á Ud. y al Directorio por todo lo que me mandó y que llevo á mi poder tal como me indicó con su atenta fecha 18 del corriente.

Dios bendiga siempre más la obra é intenciones del Centro Apostólico y lo haga prosperar en bien de las almas.

Saluda á Ud. juntamente con el Directorio, á cuyas órdenes se encomienda.—S. S. A. S. y C.—  
*Fr. Alejo de Barletta, Prefecto de Mis. Capuchino.*

---

*Carta del Illmo. señor Obispo de la Serena al R. P. Bartolomé Mas S. I.*

**Serena, julio 1.º de 1898.**

Mi distinguido Padre y amigo:

Con sentimiento veo en su apreciable del 21 de junio, que el temor que he tenido de abusar de la

bondad de S. R. y de la caridad de las dignas señoras, que forman el Centro Apostólico, ha sido interpretado como falta de necesidad de Misiones en esta Diócesis que á mi juicio, y sin pasión, estimo la más necesitada. Y á la verdad, no contando todo el Obispado con más Misioneros, que los PP. del Corazón de María, que no pueden ordinariamente disponer sino de dos religiosos para este objeto, ni con más recursos, que los que proporciona el ramo de Cruzada, que aquí alcanza á poca cosa en cada bienio, y siendo tan numerosa y repartida la población, comprenderá S. R. que paso verdaderas angustias para misionarla, tanto más, cuanto los Párrocos apenas pueden atender al servicio de los enfermos y necesidades más urgentes de sus extensas parroquias.

Al pedir este año nuevas Misiones para el departamento de Illapel, creí interpretar los deseos de S. R. y afianzar más el fruto de sus trabajos apostólicos en esas parroquias.

Espero que S. R. ha de querer ayudarnos en cuanto le sea posible, y encomendándome á sus oraciones, tiene el gusto de saludarlo su afmo. amigo y capellán.— † *Florencio*, Obispo de la Serena.



*Carta de D. Domingo J. Méndez, Pbro.,  
á la Celadora del Centro*

**Antofagasta, 13 de julio de 1893.**

Señora de todo mi respeto:

Con corazón agradecido doy contestación á su buena carta del 5, suscrita á nombre del R. P. Bartolomé Mas y del Centro Apostólico, por la que se me ofrecen objetos de propaganda cristiana para los niños de las escuelas, colegios, liceos y pobres, que en la situación desgraciada en que viven y aun en la que ya mueren, necesitan de un recuerdo piadoso.

Hace 8 años á que en esta me ocupo en atender diariamente á las escuelas, colegios y escuelitas particulares, que suman 1,600 niños de ambos sexos, además de hacer los matrimonios de los que viven registrados sólo civilmente, que son muchos, y á los pobres que necesitan legitimar sus relaciones; á estos les hago, con la licencia del señor Vicario, los matrimonios en sus casas; también hago en la iglesia de catequista como fuera de ella.

Esta misión continuada la ofrezco de nuevo al Centro Apostólico de esas dignas y bondadosas cristianas, y al muy R. P. Mas, que conoce este desgraciado pueblo, para que le prodiguen alguna protección, y desde luego acepto por éstos la primera ofrenda, que mandaré por ella.

Con todo respeto S. A. C.—*Domingo J. Méndez.*

*Carta del Illmo. Sr. Obispo de Ancud  
al R. P. Bartolomé Mas S. I.*

**Ancud, 30 de julio de 1893.**

Reverendo Padre:

Hace algunos días dieron término feliz á sus trabajos apostólicos los RR. Padres Poncelis y Costa. Por los periódicos que se han ido remitiendo á V. R., ya se habrá impuesto el Centro Apostólico de los abundantes y preciosos frutos, que el celo inflamado de los dos Padres Misioneros pudo recoger en los distintos pueblos en que se han dado Misiones. No quiero hoy recordar el número de personas, que después de larga separación han vuelto á la amistad del Señor mediante una sincera confesión, ni quiero hacer memoria de las familias en que se ha suprimido el escándalo, ni quiero mencionar los demás bienes que el trabajo de los RR. Padres ha traído á estos pueblos; mi único objeto es manifestar por medio de V. R. mi sincera gratitud á las distinguidas señoras y señoritas, que forman la asociación verdaderamente apostólica del Centro. A ellas, después de Dios, se deben casi todos los frutos obtenidos; pues sin su cooperación habría sido difícil, si no imposible del todo, el que se dieran estas Misiones, tan necesarias por otra parte, como lo demuestran los resultados mismos, que se han obtenido. Ruego, pues, á V. R.

que en la primera ocasión que se presente, exprese estos nuestros sentimientos á las Directoras y Socias del Centro y se haga ante ellas el intérprete de nuestro reconocimiento y gratitud.

Saluda á V. R. su afmo. S. S. y Cap.—† *F. Juan Agustín Lucero*, Obispo de Ancud.

---

*Manifestación de gratitud publicada en «El Austral» de Ancud y enviada al Centro Apostólico.*

El celo cristiano con que las señoras del Centro Apostólico, institución creada recientemente en Santiago con el objeto de proporcionar á todos los pueblos de la República, que lo soliciten, el inestimable beneficio de una Misión, atendiendo los clamores de cuantos entre nosotros anhelaban disfrutar de gracia tan singular, nos obliga á los habitantes de las tres provincias australes, que componen la Diócesis de Ancud, á dirigir á esas dignas matronas, fundadoras de la nombrada institución, como también al Director de ella, R. P. Mas S. I., una manifestación de nuestra más profunda gratitud.

A ellas somos deudores del mejoramiento moral, que como necesaria consecuencia de la Santa Misión, se nota en todos los pueblos de la Diócesis por donde acaban de pasar estos santos y apostólicos varones de la paz y bienestar devuel-



tos á muchos hogares, después de largos años de intranquilidad y zozobra, y de la dulzura de la buena conciencia de que hoy gozan corazones hace poco acosados por los remordimientos.

Los pueblos donde misionaron los RR. PP. Manuel Poncelis y Francisco Costa S. I. fueron Ancud, Calbuco, Puerto Montt, Valdivia y Corral.

El número de confesiones y comuniones hechas en cada una de estas Misiones es más ó menos como sigue:

Ancud, 800 confesiones y 700 comuniones;

Calbuco, 500 confesiones y 430 comuniones;

Puerto Montt, más ó menos como Ancud;

Valdivia, 1,000 confesiones, comuniones cerca de mil;

Corral, 300 confesiones, comuniones algunas menos.

Por no haber recibido datos precisos, no podemos ofrecer á nuestros lectores una reseña más detallada de los resultados de estas diferentes Misiones (1).

(1) Sentimos que las ocupaciones no diesen lugar á los PP. Misioneros de escribir una relación edificante para el Centro. (N. del E.)

---

*Carta del R. P. Bartolomé Mas S. I.  
al R. P. Rector del Colegio de San Ignacio*

**Iquique, 14 de agosto de 1896.**

Estimado en Cto. P. Rector:

Llegamos ayer á Iquique los cuatro Misioneros dispuestos á seguir hoy camino de tierra para la Pampa, mal que le pese al vaivén, que llevamos todavía impreso en el cerebro por los cinco días de mar que hemos pasado.

Puestos á los pies de este señor Obispo, que nos ha recibido con los brazos abiertos, y recibida su santa bendición, hemos tratado con él el plan de nuestras Misiones. Hemos hablado luego á los que podían darnos favor: en todos hemos encontrado las mayores facilidades para nuestro propósito. Un Míster, con ser protestante, nos ha dado, como Director de ferrocarriles, pasaje libre por seis meses en toda la línea de su dirección; lo propio ha hecho otro protestante para otra línea de empalme por él dirigida. Por lo visto, entienden mejor estos, que otros sectarios la ley de buena cortesía. Dios se lo pague.

Con el señor Vigil, Gerente de la Combinación Salitrera, y el señor Romaní abogado y excelente amigo nuestro, como prácticos y conocedores del terreno de operaciones, hemos dividido ayer á N. y á S. las oficinas en que se debe dar Misión; de

la cual en ellas se siente tanta necesidad, que hasta el mismo Intendente de la provincia decía al señor Obispo, que pensaba enviar misioneros católicos ó protestantes á las oficinas, porque ellas estaban inaguantables. Ahora mismo se trata de preparar una huelga y llegan los primeros rumores de haber volado con dinamita anoche mismo la casa de administración en Lagunas. No sé qué haya de verdad. Los masones las recorren y organizan sobre la base de mutuo socorro. Veremos lo que podamos hacer nosotros, pues nunca los Misioneros católicos habían penetrado por este desierto.

Han salido hoy todos los Misioneros en direcciones opuestas. El P. Costa con el P. Escrin fueron para el sur á encontrar en Lagunas al señor Cura Reyes para empezar allí su primera Misión; mientras que el P. Aulet con el señor Cura Urrutia salieron para el norte y pararán en Pozo de Almonte para celebrar allí mañana la fiesta de la Asunción y seguirán el viernes camino hasta Negreiros, pueblo más al norte, adonde llegaré el mismo día á las tres de la tarde, para abrir con ellos la santa Misión; pues me he visto obligado á complacer al señor Obispo, predicando el sermón de la gran fiesta de mañana preparada por las Hijas de María.

En los SS. y OO. de V. R. mucho se encomienda su afmo. Svo. en Cto. 3 hs. *Bartolomé Mas S. I.*

---



*Carta de D. Ricardo Sepúlveda, Rector del Seminario  
de Concepción, á la Celadora del Centro*

**Concepción, 14 de agosto de 1898.**

Conocedor como soy de las grandes necesidades espirituales de la frontera araucana, de donde hasta hace poco he sido su indigno párroco, conseguí con el Rvdo. P. Mas, cuando estuvo en ésta, una corrida de ejercicios para Temuco por cuenta del Centro Apostólico. Esta gracia se la he agradecido con toda mi alma, pues bien veo el bien que llevará á esta región apartada é inculta de la viña del Señor. Ahora todo mi anhelo es, que entre el mayor número posible de hombres, por lo general tan lobos en la mayor parte de las parroquias, mucho más en este lugar, donde apenas empiezan á conocer á Dios. Creo con el Cura actual, que es menester dar gratis la primera corrida á fin de que se forme una buena base de piedad para el porvenir y haya después gente aunque sea pagando. Para esto deseo saber cuanto antes si el Centro nos haría el favor de concedernos lo necesario para realización de estas corridas, que comenzarían el 3 del entrante setiembre, y que yo estimo en trescientos pesos. Espero, pues, de Ud. se ha de dignar interponer su influjo para que yo realice una obra como ésta, llamada á dar tanta gloria á Dios.

Anticipo las gracias...—*Ricardo Sepúlveda, Pbro.*

---

*Carta del R. P. Bartomé Mas S. I., al R. P. Rector  
del Colegio de San Ignacio*

**Negreiros, 23 de agosto de 1895.**

Puedo ya dar cuenta á V. R. de nuestra primera Misión en Negreiros, pueblo fundado por los años de 87, con estación de ferrocarril, administración de correos y registro civil; sin iglesia, sin sacerdote, con una sociedad masónica de socorros mútuos, que ha levantado su propio salón y con otra de bomberos con su bomba y gran sala. Tiene una escuela mixta con una asistencia media de unos treinta alumnos, niñas y niños de unos ocho á catorce años. Este es el único elemento con ser mixto de moralización en el pueblo, que consta de unas seiscientas almas, y por todo se cuentan cuatro matrimonios. La demás gente vive del pecado, unos de la usura y otros de borracheras; al pueblo concurren de las oficinas en contorno hombres y mujeres, convirtiéndolo en una remolienda perpetua. Tal es la fisonomía de todos los pueblos de esta pampa salitrera.

Imagine V. R. la extrañeza de la gente al ver á los Misioneros, cosa nunca vista y tenida por poco menos que inutil. El señor cura Urrutia, concedor del pueblo, se prometía unas doce comuniones; cuenta razonable, consideración habida á la gente con su *modus vivendi*.

Instalamos la capilla en la sala de la escuela, separada por un tabique de tabla de otra contigua de billar, que nos hería los oídos y más el corazón con el choque de las bolas durante la Misa y la predicación. Abrimos la santa Misión el 17 de agosto con escasa concurrencia; que fué aumentando en número y devoción hasta unas ciento cuarenta personas.

¡Qué consuelo ver aquella pobre gente, antes sin religión y como sin alma, verla despertar del sentido de la carne al sentido del espíritu: dulce despertar como de la muerte á la vida! Rasgo de la gracia fué, y muy señalado, en un preso, que habiendo pocos días antes muerto á un su compadre, oyó desde su calabozo, separado de la sala Misión por un breve corredor y un tabique de calamina, el primer sermón de Misión y al día siguiente de mañana me mandó pedir un catecismo para aprender el rezo y confesarse; acudí luego y preparado: oh! qué hermosa confesión! y qué consuelo! ¡Cuán bueno es Dios para los que le invocan aun sumidos en desconsolada carcel!

Lo que colmó nuestro consuelo fué el provecho de la enseñanza catequista en niños y niñas de diez á catorce años, preparándolos mañana y tarde cinco horas cada día, enseñándoles desde la señal de la cruz hasta el conocimiento de Dios y de Jesucristo, la confesión y la comunión. Cuarenta y siete comulgaron y se confesaron con tal devoción, que era frecuente en cada uno de ellos responder con



ojos alumbrados de lágrimas y sollozando: «Sí, Padre, siento mucha pena de haber ofendido á Dios.» ¡Bien hayan tales niños, por no haber dado con padres semejantes á los otros, que en Negreiros prohibieron á sus hijos asistir á la enseñanza del rezo y de la virtud! Qué padres!... «Sí, señorita, decía afligida á su profesora una niña despejada, yo quiero confesarme aunque me amenaza mi mamita, si lo hago»; y á la vez venían á mí dos niños para confesar y cocomulgar á escondidas de sus padres, que á la cuenta regían en su casa con la ley, no ya de la razón sino de la fuerza bruta.

Podemos decir que el pueblo de Negreiros, en cuanto tiene de sensato, reconoció el beneficio de la santa Misión allí predicada entre gentes, que por vez primera en muchos años abrían los ojos como espantados ante las grandes y saludables verdades de la muerte, del juicio, de la eternidad, asunto de nuestra predicación, de la cual todos lograron, quienes el afianzar y estimar sus creencias religiosas, quienes el enmendar sus vidas; todos en fin recibieron como tierra sedienta la palabra de Dios, que, hecha al estilo de lluvia del cielo, convirtió el estéril campo de Negreiros en un buen labran-tío de siembra y cosecha para las trojes del cielo. Cien comuniones y un matrimonio fueron al ojo el fruto de la virtud de la gracia, cuyo poder es más de ponderar en aquel arenal, que en medio de su vasta aridez sólo cría unos pocos tamarugos y aun llenos de espinas, imagen viva de la aridez de

aquellas gentes, entre las cuales sólo unos pocos recrean los ojos y aun por el modo de aquellos arbustos.

Empresa muy loable y de alta importancia la del celosísimo cura señor Urrutia, el levantar una capilla, pobre que sea, en cada pueblo de su dilatado curato: toca á su término la de Pozo de Almonte, única capilla y no terminada en tan extendida parroquia compuesta de siete pueblos, cuya población es por término medio de unas cuatrocientas almas y sin una miserable capilla; y no la tiene ni Huara, ni Negreiros, ni santa Catalina, ni Dolores, ni Zapiga, ni Caleta Buena, que consta de unas tres mil almas. ¡Qué pena tan grande da ver como el Gobierno de la Nación, tan generoso como es para otras cosas, niegue á esta desamparada provincia, granero de toda la República, las migajas que quedan de la mesa tan abastecida y bien asistida del presupuesto; y no sea como los ríos que dan sus corrientes sobrantes á los campos sedientos, para que den en el caso presente frutos abundantes de honradez y moralidad!

Una capilla en cada pueblo con una escuela contigua alentada por el señor Cura propio, serían dos factores poderosos de pública moralidad, sin los cuales esta provincia va siendo y será el fermento de anarquía en la masa de la mitad de la República.

¡Señor, que abran los ojos aquellos á quienes importa, y vean, para que viendo atajen el mal, poniendo pronto remedio!...

Se nos pide con insistencia otra Misión para Huara, de unas quinientas almas, muy necesitadas de la palabra de Dios. Hay allí capilla protestante, pero nó católica.

De V. R. Svo. en Cto.—*Bartolomé Mas*, S. I.

---

*Carta de Fr. Alejo de Barletta,  
Prefecto de Mis. Capuchino, á la Celadora del Centro*

**Valdivia, 23 de agosto de 1893.**

Señora de todo mi respeto:

Contestando su carta del 11 del corriente, tengo la honra de decir á Ud. que yo tenía pensado ya dar Misiones con los Misioneros de mi Orden, no solo en los puntos en que Ud. me indica, sino también en otros más. Doy, pues, las gracias al Directorio del Centro Apostólico, y en otra ocasión sabré aprovechar su buena disposición y santa voluntad. Y para que de alguna manera concorra el Directorio á esta santa obra, le pido que, considerando la pobreza de estas Misiones y de los indios y demás feligreses, se sirva obsequiarme, si no con auxilios pecuniarios, con objetos de devoción y libritos de propaganda católica para repartirlos en ocasión de las Misiones y confirmaciones.

Queda á sus ordenes S. S. Atto. S.—*Fr. Alejo de Barletta*, Prefecto A. de Mis. Capuchino.

---



*Carta del R. P. Agustín Vargas, Redentorista,  
á la Celadora del Centro*

**Cauquenes, septiembre 19 de 1893.**

Cumplo con el encargo del R. P. Mas al poner en conocimiento de Ud. que el 12 del corriente pusimos término á la corrida de ejercicios, que dimos en Temuco el que suscribe acompañado con otro padre Redentorista, en conformidad con la petición que el Centro Apostólico dirigió al Superior de nuestra casa de Cauquenes.

Conocedor del vivo interés que el Centro Apostólico tiene en todo aquello, que se relaciona con las obras en que se deja sentir su acción bienhechora, voy á permitirme hacerle una breve descripción de nuestro modesto trabajo en aquellos ocho días y de las impresiones, que hemos experimentado en presencia de aquellas regiones tan apartadas como desprovistas de auxilios espirituales.

En lugar de trescientos ejercitantes como se calculaba, que debíamos tener, solo nos encontramos con poco más de ciento, tanto porque el local no ofrecía comodidades para mayor número, como por la pobreza de aquellas gentes, que sufrían las consecuencias de dos años de malas cosechas. Pudimos aumentar este número permitiendo á treinta ó cuarenta hombres más, que asistieran á la predicación nocturna, que oían con marcado in-

terés y, al parecer, con notable provecho para sus almas.

Si en realidad este número era todavía pequeño para aquella ciudad, que se compone de unos diez ó doce mil habitantes y también para nuestros deseos, que aspiraban por un trabajo proporcionado á la distancia de dos largos días de ferrocarril, que habíamos recorrido, en cambio nuestro auditorio era formado en su mayor parte por personas muy necesitadas, que ignoraban por completo este poderoso medio de santificación y que nos han dado consoladoras pruebas de una seria reforma de vida.

También aprovechamos nuestra permanencia en aquel lugar, para dar tres conferencias sobre el protestantismo, que con anterioridad á las parroquias se ha establecido en casi todas las poblaciones de la frontera, y que mediante el oro que allí derraman con profusión, han conseguido hacer un buen número de adeptos. La crecida concurrencia, que este género de predicación atrajo al templo parroquial y la profunda atención, que prestaban á la defensa de la doctrina católica, nos ha dejado el convencimiento de que este trabajo no ha sido infructuoso en sus resultados.

Los esfuerzos del celoso Cura de aquella parroquia, don Ismael Vivanco, como los del predecesor don Ricardo Sepúlveda, han conseguido ya debilitar en buena parte la propaganda protestante, que antes de ellos se hacía casi sin ninguna resistencia.

Fruto de este celo es el establecimiento de un

Círculo Católico, que se compone ya de cuatrocientos obreros animados del mejor espíritu, á quienes tuvimos el gusto de visitar y dirigir palabras de aliento, deseando mayor amplitud á esta obra de tanto porvenir para la clase más numerosa de la sociedad.

Pero lo que sobre todo, señora, preocupaba nuestro espíritu y afligía nuestro corazón, era ver aquella multitud de indígenas, que recorren las calles de aquella ciudad, á donde van á cambiar los productos de sus labores, conservando sus antiguos trajes y costumbres. Se nos dijo que sólo 15,000 habían recibido el bautismo y que había todavía 50,000 que no oponían gran resistencia para recibirlo, siempre que se mantuviera entre ellos una propaganda activa y perseverante. Todos allí señalan la ciudad de Temuco como centro de operaciones de la Congregación de Misiones, que debe atraer á la fe á esos pobrecitos, que solo esperan eso para convertirse al cristianismo; pues allí está el centro de la Araucanía y el caudaloso Cautín, á cuyas márgenes se encuentra esta ciudad; es actualmente la verdadera línea de separación entre la civilización y la barbarie. ¿Cuándo será el día que esto se realice? Se me ocurre pensar que ¿quién sabe si ésta será la obra, que en los designios de Dios está reservada al Centro Apostólico? ¿Quién sabe si Aquél, que se complace en realizar las obras más estupendas valiéndose de los medios más humildes, quiere que sea la gene-



rosidad y abnegación de las señoras de Santiago, que forman esa admirable institución, la que venga á triunfar de la indómita raza araucana, que por espacio de cuatro siglos ha resistido á la pujanza de las armas y á las ventajas de la vida civilizada?

Diga, señora, á sus compañeras de trabajo, que bajo el cielo de Chile, y á la sombra de las selvas de la Araucanía, hay 50,000 indígenas que les dirigen sus miradas suplicantes pidiéndoles Misioneros, que los hagan conocer á Jesucristo y que les abran las puertas del cielo.

Tenga á bien aceptar..... S. S. en Jesucristo.—  
*Agustín Vargas, C. S. S. R.*

---

*Carta del R. P. Tomás Darbois,  
agustino de la Asunción, á la Celadora del Centro*

**Pino-Talca, octubre 6 de 1898.**

De Pino-Talca, parroquia de Constitución, escribo á V. para decirle mi contento y del P. Adrián por estar de nuevo sirviendo al Centro Apostólico.

Llegamos á ésta el martes pasado. ¡Cuán diferente esto del norte! allí donde no encontrábamos más que indiferencia. Vinieron á encontrarnos á más de seis leguas los fieles á quienes, merced al Centro Apostólico, vamos á dar los beneficios de la santa Misión. Nos decían su buena voluntad

para asistir á las distribuciones religiosas, su profunda alegría de vernos. Donde nos hallamos es una inmensa soledad; en todo el horizonte no divisamos más de cinco ó seis casas, y sin embargo, no nos faltan los oyentes. Llegan de largas distancias, quienes á caballo, quienes en carros primitivos de la costa, quienes aún de á pie. Con arrayán, boldo, laurel y canelo, edificamos una rústica catedral de 5 naves, y los aromas del follaje reemplazan al humo del incienso. Esperamos reconciliar con Dios Nuestro Señor y dar la comunión á más de quinientas almas. Lo que sentimos es no tener catecismos para distribuirlos entre nuestros oyentes, cuya ignorancia en materia religiosa es muy grande.

Un catecismo es el mejor recuerdo, que se puede dar de la Misión, y el más eficaz para conservar sus frutos. En Valparaíso, con aprobación de la autoridad eclesiástica, el Rvdo. P. Inés ha publicado un pequeño catecismo, que se distingue por su claridad; lo encontramos más conveniente para la gente que evangelizamos, que el catecismo de Benítez. ¡Ojalá! el Centro Apostólico tuviera siempre un depósito considerable de esta obra y remitiera numerosos ejemplares á sus Misioneros. Quisiéramos tener á lo menos para distribuir en una segunda Misión, que daremos en la Rinconada de Constitución: si Ud. los mandara al recibir esta carta, se verían cumplidos nuestros deseos.

Sería también muy de desear, que el Centro

pudiese dar á sus Misioneros altares portátiles que devolviesen á la vuelta. En dicho altar se encuentra todo lo más necesario para el culto, hasta incensario, naveta y calderilla para agua bendita. Si tuviéramos uno de dichos altares, no tendríamos la inmensa pena de servirnos de un vaso ordinario para consagrar las formas cada mañana y como no tenemos más que tres vasos, después de la Misa tenemos que servirnos del mismo para la mesa. Si el Centro Apostólico entrara en relaciones con las numerosas obras, que tanto en Francia como en Bélgica y en Italia, dan de balde estos altares, muy fácil sería conseguir los diez ó doce, que puede necesitar á lo sumo, sin disminuir sus fondos para las Misiones. El Rvdo. P. Mas debe conocer muchas de estas obras; por mi parte conozco tres y puedo dar la dirección y hasta escribir en nombre del Centro si lo desean. Tal vez se podrían conseguir, por el mismo medio, ornamentos y vasos sagrados para ciertas parroquias, en particular para la de San Pedro de Atacama, que no tiene ya cosa decente para el Santo Sacrificio.

El señor Cura de Constitución nos acompaña en las Misiones. Le vemos muy entusiasmado por la magna obra del Centro Apostólico; nos ha dicho, que tanto él como su hermana quieren ser asentados en el asiento de los socios activos del Centro y que activaría mucho la recolección de limosnas en Constitución.

Pido á Dios con toda mi alma, que dé un pronto



y muy grande desarrollo á esta obra, de tal manera que desde Punta Arenas hasta Arica no quede ningún pueblo de cierta importancia sin su Misión anual. ¡Ojalá! pudiéramos aun salvar las fronteras de Chile y entrar en Bolivia; porque si entre nosotros hay lugares muy abandonados, allá es mucho más triste aún. He sabido por personas respetables, que residen en aquellas regiones, detalles desgarradores. Como la Francia ha establecido la obra de la propaganda de la Fe, así Chile debe para sí y para las naciones vecinas establecer un centro de Misiones, que le atraerá abundantes bendiciones del Cielo.

Sírvase ayudarnos en nuestra tarea, que se acabará el 22 del mes, con sus oraciones que mucho necesitamos.—S. S. y C.—*Tomás Darbois*

---

*Carta del R. P. Superior de los PP. Redentoristas  
de Cauquenes al Centro Apostólico*

**Cauquenes, octubre 18 de 1898.**

Desde luego agradezco al Centro Apostólico de Misiones la oferta, que nos hace de que tomemos Misiones en algunas parroquias de esta provincia.

Siento muchísimo no haber sabido esto unos dos meses antes de ahora; y lo siento tanto más por suponer que el Centro Apostólico se fija con pre-

ferencia en los puntos más abandonados y más necesitados de esos auxilios de la religión, que son también los mismos, que nuestro Padre San Alfonso quiere que nosotros busquemos con preferencia. En general y particularmente en esta diócesis, no son los centros de las parroquias los más desamparados, pero sí las vice-parroquias y los tantos puntos anexos á la parroquia en donde se encuentran miles de pobres almas completamente desprovistas de todo auxilio espiritual.

La Misión, que se predica en el centro de la feligresía en la iglesia parroquial, no les sirve de ningún provecho; porque las grandes distancias y los malos caminos y muchos otros inconvenientes les imposibilitan la asistencia á la Misión. Si á veces uno que otro de los más valientes se anima á acudir, sólo será para confesarse de un modo superficial sin seria preparación y sin verdadero provecho. He aquí lo que vemos todos los días y lo lamentamos amargamente.

Por este motivo quisiéramos nosotros, á costa de cualquier sacrificio, socorrer á estas infelices almas, y al efecto trasladarnos donde ellos, predicando una Misión reposada en todos esos puntos distantes del centro de la parroquia, para instruirlos y convertirlos á Dios y dándoles á entender sus deberes de religión. Pero hay la circunstancia de que la Curia no costea más que la Misión del centro de las parroquias; los señores Curas por su parte no tienen tampoco con qué ayudarnos y

nosotros menos todavía disponemos de recursos para hacer los gastos para tantas de estas Misiones que fueran tan necesarias.

Por este motivo estoy contento de tener esta oportunidad para recomendar á esa benéfica sociedad del Centro Apostólico esta buena obra de las Misiones mencionadas. Si tuviera á bien ayudarnos en la medida de sus fuerzas, nosotros nos hallaríamos felices de poder evangelizar también estas pobres almas tan desamparadas.

Hemos en días pasados predicado una Misión larga y muy fructuosa en la iglesia parroquial de Parral; pero para los seis ó siete puntos anexos del campo lejos, fué la Misión sin ningún provecho; porque nadie podía asistir. Todos estos puntos deseáramos evangelizar separadamente, si hubiera quien nos ayudara para hacer los gastos.

Lo mismo sucederá en Yungay, Peumo, Tucapel y San Javier, cuyas Misiones centrales nos han sido encomendadas por la Curia. En cada una de esas parroquias habrá igualmente tres ó cuatro puntos del campo, que nada podrán aprovechar de la Misión, si los Misioneros no pueden trasladarse allá mismo y predicar una Misión separada en cada punto.

Por esto espero del conocido celo del Centro Apostólico por la salvación de las almas, que tomará en consideración, tanto en lo venidero como ahora, lo expuesto en esta carta, y que se dignará



ayudarnos para los mencionados trabajos apostólicos en favor de estas infelices almas.

Me anticipo á agradecerle de lo más íntimo de mi corazón esta caridad, teniendo la satisfacción de... S. S. y C.—*Jerónimo Schittly*, C. S. R.

---

*Carta de D. V. A. Las Casas, Párroco de Chillán,  
á la Celadora del Centro*

**Chillán, 7 de noviembre de 1893**

Señora de todo mi respeto:

El Corazón Smo. de Jesús pague á Ud. la Misión que se acaba de dar en Chillán Viejo. Los objetos piadosos llegaron muy bien, y entregué al P. Soto los santos, escapularios, rosarios y medallas, reservando algunas de éstas para la Misión del Huape.

Nada me ha dicho Ud. de cuantas Misiones piensan darme este año. Tengo mucha necesidad de las más. Avíseme y yo puedo buscar los Misioneros, que no se me niegan ni aquí ni en Concepción, Linares, etc. Reiterando S. S. y C.—*V. A. Las Casas*, Pbro.

---

*Carta del R. P. Superior de los PP. Redentoristas  
á la Celadora del Centro*

**Cauquenes, 14 de noviembre de 1893**

Señora de todo mi respeto:

El objeto de ésta es acusar recibo de su apreciable en que me comunica que el Centro Apostólico me autoriza para que podamos evangelizar debidamente toda la vasta parroquia de Parral, conforme lo deseamos, añadiendo dos ó tres Misiones rurales más á las seis ya concedidas anteriormente. No sé cómo agradecerle debidamente este gran bien; pero Dios mismo se lo ha de pagar centuplicado como suele premiar esta clase de obras.

Agradezco S. S. y C.— *Jerónimo Schittly*, C. S. R.

---

*Carta del R. P. Juan D. Soto, Dominicano,  
á la Celadora del Centro*

**Chillán, noviembre 17 de 1893.**

Muy á tiempo me llegaron los objetos de propaganda, que se sirvió mandarme por medio del señor Cura. La Misión se terminó el primero; fué muy concurrida; tuvimos como dos mil quinientas

comuniones; hubo trece matrimonios y se hizo el catecismo con una asistencia de trescientos niños de ambos sexos.

Á los cuatro días de principiada la Misión una mano criminal incendió el templo como á las doce de la noche y por un acto providencial lo vió uno, que pasaba y dió aviso al vecindario, que logró apagarlo. Si demoran cinco minutos no habrían quedado más que las cenizas. En otra noche se interrumpió la distribución durante el sermón por un desorden provocado por uno, que estaba malo de la cabeza; pero luego volvió la calma y continuó la distribución como de costumbre.

Supongo, que todo esto ha sido la obra del demonio en vista del copiosísimo fruto, que ha producido la Misión; por el número de comuniones bien puede calcular cuanto habrá sido el trabajo, que hemos tenido. Por la mañana, en dos misas había plática, en la tarde catecismo y en la noche rosario, plática, sermón y cánticos.

En vista de este espléndido resultado, el Centro Apostólico debe animarse para continuar una obra, que tantos bienes produce en el pueblo y que lleva tras sí la reforma de costumbres. En pocos días más iré á Santiago y podré darle más detalles.

Con esta ocasión... S. S. y C.—*Juan de Soto*,  
Pbro.

---



*Carta del R. P. Tomás Darbois,  
agustino de la Asunción, á la Celadora del Centro*

**Rinconada de Constitución, 14 de Diciembre de 1898.**

Señora de todo mi respeto:

Aquí recibo la carta de V. y espero que también llegarán los catecismos tan necesarios. Voy á escribir hoy mismo á la señorita Vives y no dudo, que le mandará á Ud. los catecismos, que Ud. le pidió y cuando los habrán examinado las señoras del Centro, querrán que todos los Misioneros suyos salgan con una abundante provisión de ellos.

En Pino-Talca Dios ha bendecido nuestros esfuerzos. El señor Cura contaba con que á lo sumo alcanzaríamos á quierientas comuniones, y pasaron de ochocientas; lo que es muchísimo para el desierto en que nos encontrábamos. La gente es muy dócil y sencilla y, si como lo espero, el Centro Apostólico, cuyos beneficios apreciamos más cada día, puede cada año mandarles Misiones, saldrán de su ignorancia y vicios.

A nuestra salida nos acompañaron más de trescientos hombres á caballo; y cuando pensaba que algunos habían pasado treinta y hasta cuarenta años sin confesión y que ahora se encontraban en gracia de Dios, no podía menos de bendecir en mi alma á todos aquellos, que contribuyen á la obra del Centro Apostólico.

En la Rinconada nos alojamos y dimos la Misión en una fonda; junto con nosotros llegaron ochocientos litros de vino y cien de aguardiente.

La cancha de bolas nos sirve de iglesia: tal vez nos será un poco difícil mantener el orden en este lugar; sírvase ayudarnos con sus oraciones y hacer que otros nos ayuden también, ya que las dificultades serán más grandes.

La saluda... S. S. y C.—*Tomás Darbois, A. de la A.*

---

*Carta de D. Daniel de la Fuente,  
Párroco de Talcahuano, á la Celadora del Centro.*

**Talcahuano, 13 de diciembre de 1893.**

Dios Nuestro Señor recompense aun en esta vida, como lo promete en su Santo Evangelio, á todas las personas, que forman el Centro Apostólico. Esta es la súplica que con mis feligreses dirigimos al cielo para pagar en parte los benéficos resultados de la santa Misión, que ayer terminó, dada por los RR. PP. del Corazón de María.

Talcahuano, pueblo militar y cosmopolita, no está del todo perdido para la Religión; pues mil ochocientas sesenta i cinco comuniones se han repartido en los días de la Misión.

Sólo hoy recibo los cuadernos que ya empiezo á repartir; pero sintiendo que su caridad no se hu-

biera alargado para mandar algunos rosarios, que aquí son tan escasos.

Espero que los copiosos frutos de hoy se aumentarán con las Misiones anuales, que espero de la caridad del Centro me ha de dar para salvar tantas almas, que de otro modo perecerían. S. S. y C.—*Daniel de la Fuente*, Pbro.

---

*Carta de D. Justo P. Urrutia, Cura de Negreiros,  
à la Celadora del Centro*

**Negreiros, 18 de diciembre de 1893**

Señora de todo mi respeto:

He recibido su atenta del 28 de noviembre, en que me anuncia que por encargo del R. P. Mas me ha enviado un Sagrario en el vapor *Imperial*. Ese Sagrario lo envía el Centro Apostólico para la parroquia de Negreiros.

Aun cuando todavía no está en mi poder el Sagrario aludido, anticipo á Ud. mis agradecimientos por sus muy buenos oficios en favor de esta nueva y pobrísima parroquia.

Está en mi poder el conocimiento del vapor, y ya tengo hablado á un agente para que me lo remita.

Agradezco ... etc.—*Justo P. Urrutia*.

---



*Carta del R. P. Bartolomé Mas S. I. al Directorio  
del Centro Apostólico*

**Santuario de Andacollo (Serena), 29 de diciembre de 1898**

Puesto ya fin á la tarea de las veinticinco Misiones predicadas en las pampas de Iquique y del Toco por cuenta y mérito de los devotos del Centro Apostólico, grato ha de ser á todos, como lo es á cuantos siembran, mirar después en la sementera reluciente el fruto de su trabajo; tanto más meritorio ahora, cuanto mejor empleado, como se verá, en un campo el más inculto y el más abandonado.

Para verlo mejor, es fuerza imaginar un árido desierto con ligeras ondulaciones en su terreno salitrero, donde acá y allá por agrupaciones de doscientos, trescientos y hasta mil trabajadores viven acampados, por todo, más de veinte mil hombres con sus mujeres y niños en su mayoría chilenos, bolivianos y peruanos venidos con otros de todas partes, allí juntados al acaso unos con otros, ellos con ellas sin otra fe de matrimonio, que la mala fe del liviano capricho, que así los junta como los separa sin más expediente que el de quererse primero y luego el de aborrecerse después. ¡Cómo vive aquella gente! ¿y cómo ha de vivir? sin iglesia, sin sacerdote, sin señal de religión, caídos en olvido de Dios, sin más freno que el trabajo y sin

más esperanza, que sus manos y su vientre. ¡Triste suerte! ¿y la suerte para siempre? ¿quién no corre á ellos, más que á un incendio, para salvar lo que se pueda?

Ver en el desierto aquellos campamentos, que son á modo de pueblos con sus tiendas ó vivaques hechos ya de calamina, ya de tabla y de trapos, que forman calles varias tiradas á cordel y corridas en plano sobre un pavimento yesoso y move-dizo, bajo un cielo inclemente abrasado de día y helado de noche, que siempre niega el agua de refresco, que beben los infelices ó de balde en pozos salados, ó de compra en el depósito de agua resacada propio de cada administración. Tanto campamento de católicos sin una sola cruz en alto, como no se ve pasando en tren en el trayecto de unas sesenta leguas que tiene de recorrido. De trecho en trecho, á guisa de torres altas, uno divisa á lo lejos las enormes chimeneas de cada oficina, cuya maquinaria vista de cerca semeja á un horrendo monstruo sin entrañas, que día y noche sin parar consume piedras y estraga hombres.

Jamás se había predicado la palabra de Dios en aquellas calicheras. ¡Qué sorpresa para todos ver en ellas á los Misioneros católicos! La misma de los ladrones cuando ven á los policiales. Harta policía fuera allí menester, mejor que la humana la divina, que no lleva como la primera su gente maniatada á presidio, antes bien rompe las cadenas de todos los vicios, que allí campean tan á sus an-

chas, tan al desnudo y á cara descubierta y con tanto poderío sobre la muchedumbre, que uno casi llega á decir, como allá dicen todos, esto no tiene remedio; agravando el mal los mercachifles protestantes, que ponen en cada oficina escuela de blasfemia contra todo lo católico y sobre todo contra el sacerdote.

¿Quién, pues, extrañará las risas burlonas y cuchicheos alegres de unos con otros en el campamento al vernos aparecer entre ellos? Y aquellas miradas como de lástima, que nos enviaban con sus ojos algunos más compasivos, como si nos dijese: no sabéis en qué berenjenal os habéis metido. Vaya si lo sabíamos, como sabíamos también, que una sola alma de aquellas, bien valía la pena de todo el mareo del mar y de todo el polvo de la tierra, que se nos había venido encima para lograrla. Y la habíamos logrado ya en el término de nuestro viaje á la pampa, donde al apearnos en la estación de Dolores fuimos llamados para un joven boliviano de unos veintidós años de edad, que moribundo y con juicio despejado lo encontramos tendido con sus ojos vueltos al cielo, como implorando misericordia. Y le vino tan copiosa, que bien lo mostraba con las muchas lágrimas con que acompañaba su confesión tan sentida. ¡La primera confesión que hacía en su vida! muriendo unas horas después de recibida la santa Unción. Un alma más para el cielo ganada por el Centro Apostólico. Así me decía yo y volvía á decir con harto consuelo.



La primera Misión de nuestra tarea en la pampa del norte, mientras en la pampa del sur otros dos PP. de la Compañía empezaban la suya, fué en la oficina llamada La Unión, que corre á cargo del inteligente ingeniero y cumplido caballero don Carlos Barriga, de cuyas finezas, como de su virtuosa señora ¿para qué decir encomios? No en sola esta oficina, sino en todas las demás donde alojamos, encontramos siempre, aunque fuesen protestantes, no sólo aquella cortesía que es de la buena escuela, sino aquella mejor simpatía que es de la buena amistad. Exigencia es de gratitud, cuando esta no puede pagar, publicar al menos los favores recibidos. Luego de aquí envió, en nombre también de mis hermanos los PP. Misioneros, tan favorecidos como yo en las administraciones salitreras, y dejo aquí escritas para cada una de ellas estas palabras de agradecimiento, que si á tanto alcanzaran según mi deseo, fueran como aquellas indelebles palabras que hablan de un fausto acontecimiento en una lápida de bronce.

Nuestro modo de Misión, después de haberlo experimentado con buen suceso, era: en cuanto llegábamos á la casa administración y hechos los saludos de buen comedimiento y presentación, ir los dos Misioneros á convidar el campamento, mientras que el señor Cura, que nos acompañaba, enderezaba las cosas para poner oratorio en una bodega ó en un corredor exterior que diese á la calle. ¡Qué oratorio, Dios mío! más que de una iglesia

era un parecido del pesebre de Belén. Mientras tanto, nosotros caminábamos de casa en casa, invitando á hombres y mujeres á la Misión, dando á cada uno de ellos una estampa con la vida impresa de algún santo. Aquello era de ver, era todo un drama de variadas escenas.

Los chiquillos de la calle, á la primera impresión de vernos, como medrosos se reunían en corrillo lejos de nosotros y nos seguían á distancia; las mujeres salían á la puerta de calle llamando á sí á los que estaban dentro; los hombres pasaban sin darnos la cara y otros soltando risotadas. Éramos hecho espectáculo á todos; á unos de curiosidad, á otros de menosprecio y á los menos de irrisión. Nosotros con buena cara y con mejor corazón parábamos en las puertas de cada casa, dando á cuantos había un santo impreso, que todos recibían, unos por codicia de tenerlo, otros por devoción de guardarlo, y éstos lo besaban; los pocos y más inficionados del error protestante ó lo rehusaban con palabras altaneras ó lo rompían con mucho desca- ro. ¡Qué compasión daba verlos! Poco á poco ganábamos terreno á fuerza de paciencia y con ella la benevolencia de la mayoría; sobre todo de los chiquillos con nuestras medallitas, que nos pedían viniéndonos encima. En dos ó tres horas de esta ocupación, teníamos ya de nuestra parte todo el campamento para venir á la Misión, cuya distribu- ción, después de las misas y plática de la mañana, seguía con la enseñanza y explicación del catecís-



mo de nueve á once de la mañana y de tres á cinco de la tarde, con plática y sermón por la noche. Procurábamos abrir la Misión en día lunes, terminándola el lunes siguiente, en que de nuevo volvíamos á comenzar en otra oficina.

Así lo hacíamos por la conveniente distancia del domingo y ventaja, como día para muchos de descanso, para encontrar y arreglar las parejas que en los días anteriores y á duras penas habían hecho el ánimo de casarse según Dios manda.

Esta era otra; la caza de semejante volatería ¡qué trabajos! ver las casitas hechas un hervidero de chiquillos y saber si los dueños eran ó no casados, entrar por sus casas, reunir el hombre con la mujer, ganarles la voluntad, poner en duda sus respuestas, hacerles confesar la verdad y oirlo todo los hijos y las hijas; el oír allí no espanta á nadie, aunque sean pequeños; y no había más remedio por lo estrecho del sitio, que ventilar el caso delante de todos como en familia; y gracias que no entrase á terciar con buenas ó malas razones alguna vecina ó comadre, que nunca fueron buenas las terceras partes. ¡Cuánta paciencia era menester para concertar tanto desconcierto!

Y á lo mejor, cuando el mucho razonar ya tenía al Misionero sin voz y sin saliva, salía la mujer y á veces el hombre: «Señor, me decía aparte, si soy casado con otra y mi propia mujer vive en tal parte.» ¿Qué hacer entonces? Con una casa llena de rapazuelos sustentada sólo por el trabajo del hombre?



A fuerza de consejos se le persuadía algún tanto la obligación del caso, saliendo uno triste de aquella casa, repitiendo lo de aquel profeta: *Curavimus Babylonem et noluit sanari*: hemos medicinado á Babilonia y no ha querido sanar.

El arreglo de otras parejas se desviaba por otro camino.—Nó, señor, me decía la mujer delante de las hijas y del padre, yo no me caso; porque si ahora que no soy del hombre, me trata tan mal ¿qué será cuando sea suya?—No, mamita, añadía la hija afligida, no te CASÉIS.—Y ¿por qué? decía yo.—Y allí salían sapos y culebras contra el paciente, que convicto y confeso prometía enmienda, siendo la pareja boliviana, en la cual la mujer casi siempre es superior al hombre y más vividora en la pampa.

Y cuando uno tenía con tanto trabajo engarzadas ya las parejas y citadas á confesión por la noche y á casamiento por la mañana siguiente, escritas las informaciones, por supuesto con dispensa de proclamas y de otros adminículos y de todo gasto, á lo mejor alguno de los dos novios daba algún tirón y se rompía el hilo y atadura de alguna pareja y no comparecía á la hora de la Misa; y lista en mano, estando ya emparejados todos los otros contrayentes de pie ante el altar, con sus padrinos y madrinas respectivos en forma de compañía de á cuatro de fondo...y ¿dónde está la que falta?—Señor, es la señora Vinchuca.—Y por qué no viene?—Señor, ha dicho que vendría después de comer.—Eran las once de la mañana; y el pobre

señor Cura aguantando sus ayunitas con toda paciencia, esperando á la novia, que le había caído en las mientes casarse después de un hartazgo; y vuelva el Misionero otra vez al campamento á buscar la señora Vinchuca, caldeado por el sol y más por la sorpresa de encontrar á la contrayente vestida de negro puesta en cuclillas revolviendo en el fogón con una cuchara una sartén de fritura.

Y lo que costaba á las veces arrancarlos de la pretensión del momento para llevarlos como á empujones al buen remedio; como si para estos casos hubiese dicho también con tanta agudeza el esclarecido García Moreno, como dijo de los suyos: «A nuestro pueblo se le lleva al bien con una estaca en la mano.» Y tan bien salían tales parejas con su casamiento, que venían después á darnos las gracias y á despedirnos con lágrimas en sus ojos. Son gente de ruda corteza, pero de buen corazón.

Así puestas las cosas se entenderá mejor el campo de aquellas Misiones, que todas tienen entre sí tanto parecido como dos caras semejantes.

Se abría la Misión y en la primera noche ¡qué espectáculo ofrecía! En un corredor abierto y en un extremo de él, cerrado el fondo con tablas, se ponía una mesa, que servía de altar, cubierta con manteles, y sobre ella, en el medio, un pequeño crucifijo alumbrado por cinco ó seis bujías, que á lo mejor el viento apagaba, quedando á merced de un farol puesto para el caso. Tal era el trono preparado,



adonde había de bajar el Rey de la Gloria para recibir allí las primeras adoraciones de los hijos del desierto; tal era el oratorio adonde concurría el campamento, que en la primera noche venían los más de puro curiosos; y se paraban en corrillos los unos pitando, los otros hablando á media voz, los de acá riendo por lo bajo, los de más allá calados sus sombreros, y gracias que no hubiese algún socarrón por en medio que dijese en voz alta algún donaire, tentando á todos la risa: auditorio excelente para probar, más que la elocuencia del predicador, su mucha paciencia.

Mas, luego se sentía el toque de la gracia en el concurso y poco á poco se hacía más silencio y se apagaban los cigarros y se quitaban los sombreros y se ponían más atentos y calladitos todos como en una iglesia, aunque estaban en la calle; escuchaban de buen grado y se les cautivaba del todo y se les hacía llorar y caían de rodillas en tierra y cantaban contritos al fin aquel *perdón ¡oh! Dios mío*, que llenaría de gozo las bóvedas del cielo. Así es el pueblo, todavía con fe; será de tan mala cara como se quiera; pero de buen corazón, que responde luego á la voz amiga de Dios que le llama. No así el impío de levita, tan culto por fuera, como perverso por dentro.

En cada oficina el concurso medio era en número de doscientas á trescientas personas: de ellas venían á confesar y comulgar unas cien, poco más ó menos, y á casarse de nueve á trece parejas: no



poco, por cierto, dada aquella común perdición, en que muchos, fuese por casados, fuese por solteros, no podían atestiguar su soltería.

Ni á cifras tan altas alcanzamos en la Unión: cincuenta y cinco fueron las comuniones y dos los matrimonios; porque aquel campamento está dividido en dos y sólo uno de ellos pudo concurrir á la Misión. Allí encontramos mucho que admirar en un joven chileno, trabajador que tendría hasta veinticinco años, á quien los otros llamaban *el josefino*, y lo mostraba ser muy á las derechas en su rectitud y limpieza de costumbres: jamás perdía su comunión mensual, y para ello tenía que hacer y pagar, y no era poco, el viaje en tren de ida y vuelta de Iquique, socorriendo, además, de sus ahorros á su madre, que vivía en el sur; jamás se dejó tocar del vicio de la embriaguez, que allí es tanto como decir, que en el horno de Babilonia no fué tocado del fuego. Traslado á los josefinos para honra y prez de su benemérita Sociedad.

Otro caso no menos admirable:—Amigo mío, decía yo á un salamánquino, que de noche vino á saludarme en mi posada, por haberme conocido de Misionero en su pueblo: pues te vas á confesar.—Cuando vaya al sur, *Paire*. (Muletilla ésta de muchos allá, que pensarán tal vez, que en el norte no hay muerte ni infierno).—Y ¿cuándo vas al sur?—Después de dos años más.—Y ¿cuántos años has pasado sin confesión?—Tantos, *Paire*, (pues no puede apearle de «cuando vaya al sur»).—Toma, al

menos, le dije al fin, ponte este santo escapulario del Corazón de Jesús, te lo pongo: rézale cada día, anda con Dios. Fuése el hombre y no supe más de él.

Cuando al día siguiente oímos estallar el polvorín de la oficina y vímosle arder con más de trescientos quintales de pólvora, salvando como por milagro un carretero que allí dentro cargaba sus mulas, que allí perdió, saliendo él disparado con sus vestidos encendidos, que á más correr, más le quemaban, hasta dar consigo en una tina de agua. —*¡Pairecito!*—¿Qué quieres, hijo?—Era muy de noche y nos paró en la calle un hombre de frente. —Yo quiero confesarme.—Pues, camina á casa con nosotros; pues ¿qué tienes, le dije yo, que tanto cojeas?—Yo soy el carretero que esta mañana se quemó y en el fuego hice una manda de confesarme *al tiro*; sí, *Pairecito*, yo quiero mudar de vida y quiero ir al sur.—Pues á confesarse.

De la Unión pasamos á la Patria, que paso en silencio por decir algo de la oficina San Jorge, donde dimos ciento seis comuniones y casamos trece parejas. Allí los protestantes, más que en otros puntos, hacían de las suyas embaucando á los pobres, de quienes cobraban como setenta pesos al mes por unas instrucciones, ó mejor destrucciones, que les daban; y cantaban salmos en su conventículo y decían de los Curas mil perrerías; creo que un guitarrón era el sacro instrumento de sus salmodias, que profanaban al fin, bailando al son de sus cuerdas una cueca rabiosa.



¡Qué ceguedad, por no decir frenesí, mostraban aquellos adeptos!—Pues si Ud. disputase con nuestro *pastor*, me decía en la calle uno de ellos, hombre de cierto viso por ser uno de los jefes de aquella maestranza, pues Ud. vería—¿Qué cosa?—Que nosotros seguimos la palabra de Dios; yo antes estaba ciego, ahora soy evangelista.—Claro, le dije yo, como tú, lo sería también un burro cualquiera, que llevase tu evangelio colgado de la cola.—Y tornábase á reir muy de gana el concurso, que se había formado de unos veinte hombres cabe á nosotros; y se confundía y perdía crédito mi contrincente, ante ellos tenido por sabio, aplaudiendo los más aquel mi argumento y otros semejantes puestos á su alcance.

Acabóse pronto aquella contienda, que tuvo cola. Pues avergonzados los evangelistas, llamaron de Iquique y de Huara á sus maestros y doctores para echármelos encima y aplastarme; acudieron también muchos neófitos de aquellos contornos y de oficinas lejanas; y cata ahí, que en el momento de salir de mi pieza, sin saber lo que pasaba, pronto ya para predicar luego mi sermón de noche, se me paran delante un señor levitón que no conocí, con un mozalbete y el maestro vestido de negro, aquel mismo que dijo antes ser evangelista.— Señor, dijo el de la levita, (un mal chileno echado cuando niño de nuestro colegio y más tarde también del Seminario, títulos honrosos de su gran saber y sagrada teología,) soy el *pastor* protestante



y quisiera esta noche tener con Ud. una disputa en la plaza del campamento.—Venga Ud. ahora mismo á mi sermón que voy á predicar, y terminado que sea, no de noche en la plaza, que es sitio de tunos, ni en las tinieblas, que buscan los mochuelos, sino en el salón de la administración á toda luz, allí nos veremos; lleve Ud. allí siete de los suyos y entrarán conmigo siete de los míos, y lleve también pluma y tintero y permiso del administrador. Que sí, que nó, por fin, convinieron: al avío, pues, y no me falten al sermón: cuando veo desde el púlpito como seiscientos hombres venidos muchos para armar camorra, como me dijeron después. Y ¿no tocaría aquella noche por suerte hablar del infierno? cómo saldría el sermón, no lo sabría decir; lo cierto fué que todos al fin cayeron de rodillas, que repitieron conmigo el acto de contrición, que se cantó como nunca el *Perdón ¡oh! Dios mío*, que terminado el sermón fuese cada cual por su camino y los caporales se hicieron la del humo. Un señor Agüero, emisario cubano, huésped conmigo en aquella administración, que por cierto poca gracia me hacía, quiso decirme después, que el asunto del sermón excusaba toda disputa.

Dejamos á los católicos de aquella oficina muy alentados y no digo la pelambreira que ellos armaron, que me trajo algunos rezagados en sus deberes cristianos á otra oficina donde seguía la Misión y se confesaron unos y se casaron otros.

Y este era el efecto saludable de nuestra predi-

cación, dejar clavado cuando menos como un dardo de muerte en lo más vivo del mal apetito de ellos, que no les dejase sosegar un punto hasta venir por la medicina de los santos sacramentos. Y no era poco fruto, dado aquel común desorden, avivar en todos el remordimiento de la conciencia y el sentido del alma y la estima de la religión y el recuerdo de la eternidad y el temor de las penas eternas y la esperanza de los bienes inmortales; hacer levantar á todos los ojos al cielo tan olvidado, mostrarles la fealdad de los vicios tan seguidos, hacerles ver la hermosura de las virtudes tan desconocidas, dejarles, en suma, bien impresa esta verdad: yo soy malo y he de salir de mi mal estado.

Así diría una señora en cierta oficina, con hijos de pecado ya crecidos sin confesión, y una hija de unos diez y ocho años, que asistiendo al rezo en aquella Misión tampoco se confesó, sin saber yo la causa. Pero quedóse bien clavado en aquella madre el dardo que decía. Estos cerros de Andacollo, donde esto escribo, son testigo de que la herida fué de muerte en aquella pecadora. — Padre, me decía en días pasados un sacerdote amigo, estando yo retirado en mi pieza, salga Ud. á ver una señora que, vestida de seda y llena de brillantes, viene caminando de rodillas por en medio de la calle del pueblo, apoyada del brazo que le da una joven elegante; dicen que es de Iquique; es un caso notable entre los otros romeros, que llegan;



venga Ud. á verlo.—No sé por qué no pude salir. Luego después voy á la iglesia y me para junto al portal de ella una señora con una joven.—¡Padre! ¿Ud. por aquí?—Para servir á Ud., señora.—¿No nos conoce?—Soy de tal oficina, esta es mi hija, que se llama con tal nombre, y venimos á ponernos en gracia de Dios.—¿Cómo así? —¡Ay! Padre, Ud. me dejó muerta en la Misión, con gran deseo de confesarme, y aquí mi hija hará su primera confesión y comunión: hice una manda entonces de venir de rodillas por todo el pueblo á la Virgen de Andacollo, y confesar y comulgar en su santuario, si me viese libre.—¿Pues, cómo ha sido?—Que el hombre con quien vivía cayó muerto de una ramba muy alta.—¡Justicia de Dios! y se confesaron las dos y acaban de irse á su tierra con grande ánimo de enderezar su casa por lo más recto.

Justicias y misericordias de Dios, que tantas veces vimos obradas en aquellas pampas, largas de contar. Otra señora mucho advertida y poco enmendada, si bien su culpa al parecer no era tanta, cuanta del hombre, que la idolatraba no para el cielo, acabada la Misión sin fruto de entrambos, despedida la misericordia, entróse la justicia divina; y moría la mujer poco después desangrada sin médico ni sacerdote, haciendo ascos al cómplice de su mala vida y de su peor muerte, quien en la cabecera de la moribunda se volvía como loco de puro desesperado. ¡Horrendo morir consiguiente á un horrendo vivir! Tal vida, tal muerte.



Nuestra mejor faena, aunque la más pesada, fué la de adoctrinar á los niños, y allí pueden ser niños de doctrina unos con otros, casi todos los hombres de veinte años abajo con muchas mujeres cargadas de hijos. Por vez primera aquellos niños veían á un Cura que les hablase, que les instruyese; muchos no habían visto jamás al sacerdote en el altar; cuando él se revestía para la Misa, ellos se le acercaban, se hacían todo ojos para verlo mejor, se encaramaban por la baranda del corredor, empujaban al suelo á los que delante les quitaban la vista, miraban lo que hacían los grandes para hacer ellos lo mismo; aunque luego aprendían del Padre lo que les explicaba del Santo Sacrificio.

Aquellos niños, amores siempre del Misionero, que repite en todas partes: «Dejad que los niños vengan á Mí», y no les dejaban venir varias de aquellas madres. Pero ¿serían madres muchas de aquellas mujeres de la pampa, que así lanzan sus hijos sobre la tierra, como en madurez lanzan las vainas sus semillas al descuido? Niños y niñas de todas edades, que no sabían ni persignarse, ni nada de Dios, ni de práctica religiosa; sólo la cartilla, y la de peor letra, que les enseñaban los de su casa. Enorme pecado, el mayor que deploro en la pampa; más que la embriaguez, más que la vida airada, más que el asesinato, allí frecuentes; el grande horror de la pampa, el mayor de todos, es el horror del hogar. La sociedad doméstica es el último baluarte que pierde un pueblo que camina á la

barbarie. Aquello es un cadáver en disolución sin espíritu de familia, porque no hay espíritu de religión. Aquello es, más que una página de vicios, una gran página de ilustración, en que debieran leer cuantos locamente se empeñan en constituir la familia sin el vínculo del santo matrimonio.

¡Pobres niños dignos de mejor suerte! aunque sus Angeles Custodios mucho cuidan de ellos para que no vayan los pobrecitos al extremo de aquella extremada perdición. Los habíamos de ganar á fuerza de industrias y así venían ellos á pesar de los pesares: hasta lloraban algunos, si sus padres no les dejaban.—Padre, me decía una niña afligida de unos trece años, en medio del rezo; ayer no pude venir porque en mi casa había remolienda; y como mi madre es cantora, tuve que emplearme en servir a todos los bebedores.

En semejante suerte de cera teníamos que imprimir poco á poco los conceptos de Dios y de Jesucristo con todo lo más necesario de nuestra santa Religión; en la que tanto aprovechaban como era más de ver en su confesión, que en un día señalado hacían todos por este orden. Puestos de rodillas y bien advertidos, delante del altar rezaban algunas preces para su examen de conciencia; sentados luego con recogimiento y puestos en sí mismos, el P. Misionero les traía al recuerdo por los Mandamientos de Dios aquellas faltas en que podían haber incurrido para detestarlas. Una y otra vez se repetía así como aquel índice de pe-



cados, que aquellos niños escudriñaban en su propia conciencia, que así despertaba por vez primera á la luz del cielo, como despierta la noche con la primera claridad del nuevo día. Luego otra vez hincados, estando el Padre de pie delante de ellos con el crucifijo en la mano, les explicaba brevemente los motivos de dolor, que debían concebir contemplando las heridas y la sangre y la corona de espinas y el corazón traspasado del Divino Redentor puesto en la cruz por los pecados de los hombres. Era de ver cómo aquellos niños se conmovían y con tanta devoción miraban al Señor crucificado, que al dárselo á besar el Padre á cada uno, todos lo adoraban con suma reverencia y algunos hasta con ojos alumbrados de lágrimas.

Así preparados venían luego á la confesión, que los más hacían con tanta compunción, que con frecuencia se les oía sollozar y decir con voz entrecortada por el dolor;—Padre, nunca más lo haré, yo no sabía, nunca más... ¡ay! hijo mío, le diría el Confesor, llorando tal vez de consuelo, nunca más, no, hijito, nunca, nunca...

¡Cuántas veces en aquellas primeras comuniones de niños tan conmovedoras como son de suyo y más conmovedoras aún en aquel desamparo, pensando en la suerte incierta, que aquel triste desierto reservaba á tan tiernas criaturas, solas, sin padre, ni madre, ni valedor para sus almas, tan queridas de Jesucristo, que á ellas por vez primera les daba á gustar y sentir lo bueno y suave, que es el



Señor! ¡cuantas veces, repito, sorprendí en aquellos niños en la misma Comunión avenidas de lágrimas, que corrían por sus mejillas, sorprendiendo por lo nuevo del caso á los mismos, que lloraban, que no sabían cómo fuese aquello y se les veía cerrar los ojos y bajar la cabeza para no ser notados y pasarse como al descuido el pañuelo por la cara hasta enjugar sus lágrimas, que no podían parar, como si fuesen movidas por fuerza mayor y secreta, que de adentro las guiaba fuera tan hervorosas, hasta encender sus rostros. ¡Ay! Jesús mío, ¿pues qué hacíais en aquellos corazones infantiles? qué pasaba por ellos? qué les decíais, que les hicieseis hasta llorar?

En tanto que en el oratorio pasaba esta escena de gozo purísimo, otra muy distinta pasaba fuera y de muy malas penas como la siguiente: Habían faltado en aquel día tres niños de unos trece años, preparados ya para su primera comunión.—¿Donde están? pregunté yo, diciendo el nombre de cada uno.—En el trabajo, me dijeron algunos—¿Por qué no han venido?—Porque sus padres, respondieron dos chiquillos, no les dejaron venir. Pues en aquella misma hora, como se vió después, caían aquellos tres niños de una carreta en que iban, volcándose sobre ellos: el uno fué sacado con la cabeza aplastada y llevado á sus padres, que lo recibieron muerto; el otro fué levantado rotos sus dos brazos; el tercero fué llevado en camilla, zafadas sus piernas, de cuya amputación se trataba en el momento

de ser visitado por un P. Misionero, que fué á las tres casas de los desgraciados, quien, respetando en silencio el dolor profundo de aquellas familias, no pudo decir á los padres de aquellas víctimas: vuestra propia crueldad ha hecho en vuestros hijos semejante carnicería.

Tremendos castigos del cielo, largos de contar, vimos ejecutados en padres y madres sin piedad con sus hijos, en los cinco meses que duraron las Misiones en aquellas pampas. Pero voy cansando la pluma y tal vez los ojos de quien atiende con ellos á esta escritura. Debo, pues, terminar sin poner, como merecen, en capítulo aparte los nuevos templos cuya primera piedra dejamos bendecida y colocada, la una en Negreiros; y ¡qué elocuencia allí de discursos por oradores de levita, que después de la solemne bendición, predicaban, sería la vez primera, las excelencias de la Religión á un concurso que los aplaudía con aquellas mismas manos con que antes hacían muecas á los Misioneros recién llegados! La otra en Huara, en medio de un concurso mixto de católicos y protestantes, que unos y otros parecían lo mismo, ordenados para el caso como en procesión salida de una tienda de españoles.

Salgo ya del desierto de Iquique; pero con cierta pena por dejar en él envuelto y como sepultado en continuos remolinos de polvo abrasado, como se estilan en aquella pampa, á un buen amigo, al apostólico sacerdote Cura de Negreiros don Justo Pastor.



Urrutia, quien lleva en su pobreza adelante tres templos en construcción á la vez, sin ser ayudado de nadie, sino es de su virtud y talento, que son las manos con que allega recursos hasta de los mismos protestantes, que no acaban de admirar en él lo rico de su corazón y lo pobre de su bolsillo.

La tercera piedra bendecida y colocada fué en Iquique; ¡Qué ovación en aquella simpática ciudad de unas treinta mil almas! cosa parecida no se había visto allí jamás, según decían todos los periódicos. Más de diez mil personas escuchaban atentas y sin sombrero bajo un sol abrasador á un P. Misionero, quien al terminar su peroración felicitó á S. E. el Presidente de la República, que apadrinaba con otros caballeros la obra del nuevo templo, haciéndose representar en la solemne bendición por el señor Intendente de la provincia, que con las autoridades del foro y de la milicia y los representantes consulares de varias naciones con todo lo más selecto que en damas y caballeros ostenta en la sociedad la opulenta ciudad de Iquique, todos juntos con el Illmo. señor Obispo titular de Antédone Dr. don Guillermo J. Cáster, Vicario Apostólico de Tarapacá, seguido de su clero, formaban aquel hermosísimo consorcio, que nunca para bien de todos debiera romperse, entre la Religión y el Estado. El nombre ilustre del señor Obispo Cáster, entiendo que así como quedó escrito en el corazón de aquella primera piedra cimentada, mejor aún escrito quedaría en aquella otra piedra angular, Cristo



Jesús, á cuyo Divino Corazón quiso dedicar el nuevo templo en construcción.

Paso por alto las peripecias habidas en la otra pampa del Toco, que empezaron ya en el mismo viaje de Tocopilla al desierto, siéndonos forzoso viajar por el número del boleto frente por frente en un mismo carro, nada menos, que con dos ministriles del mismo Lutero, que con su organillo y sus atados de libros se dirigían, como quien no dice nada, á la misma oficina á donde nosotros, debiendo alojar, como vimos después, en la misma administración y en una pieza contigua á la nuestra; y allá se iban para estorbar nuestra obra y alborotar la gente. Pero Dios nos quitó de este trabajo por una Misia Antuca, nunca olvidaré su nombre, que en un mismo carro venía: mujer socarrona como ella sola y decidora como un libro de cuentos; si bien cristiana á macha-martillo, que bien lo mostró en la discreta y divertida defensa, que hizo, del por qué ella se confesaba, dirigiendo la cara á un su compadre; pero con la intención de soslayo hería con tanta agudeza á los dos infelices, que sin replicar ni poder decir esta boca es mía, pasaban las de Caín entre las risas de todos promovidas por los chistes y donaires de la Antuca, la muy aguda. En suma, que amostazada la mala compañía se bajó en la central y la mala pareja no pareció más, gracias á Dios y á la gracia de la buena mujer.

Yo no sé si fué vergüenza ó coraje lo que sentí, ó las dos cosas juntas, en aquellas horas de tren,

viendo cómo aquellos sectarios echaban por la ventanilla del carro papeles inmundos á cuantos pasaban; cómo bajaban en cada estación con sus atados de libros pintados; cómo repartían unos y vendían otros, sin poder nosotros hacer otro tanto. Me avergoncé de ver que los ministros de Satanás sean más ayudados de los suyos para el mal, que para el bien los ministros de Dios de los nuestros. Sentí coraje de ver tanto daño protestante en los católicos, á ciencia y paciencia de las administraciones católicas, que pueden y deben vedar, como vedan dentro de su pertenencia toda mala mercancía, con más razón esta otra mercancía, la más ponzoñosa, como lo es la blasfemia evangelista, más ponzoñosa aún por salir de bocas tan indoctas como inmundas, que antes de vomitarlas, reúnen concurso en las oficinas con un organillo, como cepo para coger incautos, y luego, sobre una mesa se levanta un mal roto del país, ó un mal quebrado del extranjero, que blasfema largo y tendido contra cuanto hay delante de la pobre gente, que no saca más fruto que el de perdición; final de fiesta, se pasa una bandeja y en ella está el *busillis* para el señor evangelista.

Con estas penas me vine á Nuestra Madre de Andacollo, á Ella se las conté por entero, con Ella me desahogué del todo. Y aquí estoy, predicando la santa Misión, con otro Padre, como embalsamado por la devoción, que en mí han dejado más de 20,000 romeros, venidos en estos días de todas

latitudes de Sud-América á este devotísimo Santuario, á este Monserrat de Chile, donde he aprendido lo que en ningún otro Santuario, ni en Luján de la Argentina, ni en Lourdes de Francia, ni en el Pilar de Zaragoza... Aquí se aprende de los peregrinos, como en ninguna parte, el modo de amar á la Santísima Virgen, viéndoles á ellos, cómo hablan á su Madre, cómo le rezan, cómo le lloran, cómo le cuentan, cómo confían, cómo se quejan, cómo le claman con la efusión espontánea de buenos hijos, que descansan sus cuitas presentes y sus penas pasadas, en el regazo de su bendita Madre, á quien en presencia le dicen cuanto en ausencia ha pasado en cada hogar respectivo, ó en cada comarca, unos en verso, otros en prosa, quienes cantando, quienes recitando y cantando al son de músicos y tradicionales instrumentos...

Más de 20,000 hijos, que miran gozosos en el semblante de su Madre y la Madre en el semblante de ellos, con mirada risueña, que se alborozan de verla y hablarla... pero, si esto es un continuo llorar de pura devoción; pero, si no se ve cosa igual en la tierra; sólo en el cielo espero ver de igual modo aclamada y reconocida á la Virgen Santísima por Reina y Madre nuestra. Ante tanta grandiosidad de devoción y de pueblo, clama uno espontáneamente: «La fe de Chile no morirá.»

¿A qué decir mi instante plegaria á la Virgen de Andacollo por el Centro Apostólico? Por cada uno de los socios inscritos, por cada uno de los efectivos,



por las Colectoras, por el Directorio, uno por uno me lo traje al recuerdo para presentarlos á todos á las bendiciones de nuestra Madre; cuántos nombres propios pude recordar, allí como rezando con cada uno de ellos los repetía delante de la Señora. El Directorio, con las Colectoras del Centro, se llevaron no la menor parte de mis ruegos y súplicas. La Santa Misa que dije en aquellos diez días, la apliqué siempre un día por unos y otro día por otros. Puedo decir, porque lo sentí en mi corazón, lo entendí en mi alma, que la Santísima Virgen bendecía nuestros esfuerzos: pidiéndole de mi parte, que si la muerte ha de venir, encuentre á todos los miembros activos del Centro empeñados en la tarea de la salvación de las almas.

---

*Carta del R. P. Superior de los PP. Redentoristas  
á la Celadora del Centro*

**Cauquenes, 28 de diciembre de 1895.**

Por fin tengo la satisfacción de comunicar á Ud. que las Misiones rurales del extenso curato de Parral, que el Centro Apostólico ha concedido, han terminado, á excepción de una, la de los baños de Catillo, que el señor Cura desea se predique en febrero, por haber en este mes mayor concurrencia.

Las Misiones predicadas son ocho, efectuadas en los puntos siguientes, por cuatro Misioneros divi-

didados de á dos. Aunque algunos de estos puntos no son muy poblados, sin embargo, en todos ellos los Misioneros tuvieron que demorarse de diez á doce y más días, á causa de la imperiosa necesidad, que hubo, de instruir á esa pobre gente tan ignorante en materia de religión. Era necesario preparar para la primera confesión y comunión no sólo á los niños, sino también una multitud de personas mayores y algunos desde largos años casados.

Los Misioneros aseguran, que de la suma total de confesiones, una cuarta parte fueron confesiones y comuniones primeras. Estos datos por sí solos manifiestan la importancia del trabajo apostólico efectuado en estas Misiones rurales del curato de Parral, sin que haya necesidad de tomar en cuenta muchos otros bienes de mayor importancia todavía, pero conocidos tan sólo de Dios y del confesor. Paso ahora á lo que toca á cada una de las ocho Misiones en particular.

1.<sup>a</sup> *Misión del Membrillo*.—Aquí tuvieron los Misioneros una nueva y muy clara prueba de la necesidad, que hubo de trasladarse á esos puntos del campo y de predicar en cada uno de ellos una Misión separada. Aunque Membrillo dista solamente tres leguas de la iglesia parroquial, donde habían predicado una Misión de tres semanas entre cuatro padres, sin embargo, apenas una que otra persona de las menos necesitadas por cierto, acudieron á ella. Aun estando allí mismo en Membrillo, los



Misioneros tuvieron mil dificultades para reunir debidamente la gente desde el principio. Solamente después de tres días de buscar, rogar y amonestar consiguieron juntar algo convenientemente la gente. Tuvieron en esta Misión setecientas treinta confesiones y comuniones.

2.<sup>a</sup> *Misión de Melocotón.*—Es el nombre de una hacienda perteneciente á una familia de Cauquenes. El punto está relativamente poco poblado, dista diez leguas de Parral y por lo mismo está completamente fuera del alcance de los auxilios espirituales. Ignorancia suma, lo que obligó á los Misioneros á prolongar por quince días llenos la Misión en este punto. Tuvieron quinientas ochenta confesiones y comuniones.

3.<sup>a</sup> *Misión de las Habas.*—Es igualmente el nombre de un fundo, distante tres leguas de la anterior. La misma calidad de gente é igual ignorancia. Hubo quinientas treinta confesiones y comuniones.

4.<sup>a</sup> *Misión, Higuierilla.*—Hacienda situada á cuatro leguas del río Perquilauquén. En este punto encontraron los Misioneros menos ignorancia entre la gente, que en los dos anteriores, porque hubo una vez Misión en ese lugar. Tuvieron setecientas cincuenta confesiones y comuniones. En estas Misiones los padres no llevaron cuenta de los matrimonios y bautismos.

5.<sup>a</sup> *Misión de Pencagua.*—Aquí sucedió lo mismo que en Membrillo: aunque distante tan sólo dos y



media leguas de la iglesia de Parral, sin embargo, muy pocos habían aprovechado de la Misión que en ella hubo. Los primeros días la gente estaba fría, nada fervorosa, la asistencia muy deficiente; pero luego, á fuerza de convidar y de buscar, obtuvieron un resultado muy consolador. Hubo quinientas sesenta confesiones y comuniones, de las cuales quinientas fueron de personas muy necesitadas; matrimonios hicieron doce, bautismos sesenta.

6.<sup>a</sup> *Misión de San Manuel*.—Hacienda á ocho leguas de Parral y por consiguiente, gente completamente desprovista de auxilios espirituales; no habían tenido Misión ni visto Misioneros desde hacía diez y siete años. No hay tampoco escuela de ninguna clase, lo que hace entrever la excesiva ignorancia, que debe reinar entre los infelices. Con todo, es gente de fe sencilla, conoce su ignorancia involuntaria, por lo que acudieron desde los primeros días á la Misión, deseosos de aprender lo mejor posible lo necesario para cumplir con el deber de la confesión y de la comunión por primera vez en su vida, quizás una tercera parte de ellos. El resultado ha sido muy consolador; mil cien confesiones y comuniones, de veinticinco á treinta matrimonios y ciento ochenta bautismos.

7.<sup>a</sup> *Misión de Tuyumillaco*.—Punto poco poblado, á siete leguas de Parral, al lado del río Perquilauquén. Se hallaba muy crecido, circunstancia que perjudicó la Misión, porque las gentes no lo

podían atravesar sino con suma dificultad y peligro. Tuvieron cuatrocientas treinta confesiones y comuniones, de cincuenta á sesenta bautismos y varios matrimonios.

8.<sup>a</sup> *Misión de Bullileo*.—Al pie de la cordillera, á doce leguas de Parral y por lo mismo muy desprovisto de socorros espirituales y de instrucción. Esta Misión tuvo dos contratiempos: que la Misión no había sido anunciada de antemano, por haberse perdido la carta del señor Cura; y el segundo, que llovió mucho durante la Misión; de suerte que la pobre gente no hallaba donde guarecerse para asistir á las distribuciones y pláticas. Con todo, llegaron las confesiones y comuniones á seiscientas setenta, hubo también ciento cincuenta bautismos y un cierto número de matrimonios.

Estos son los datos que Ud. me pidió y que, como ve, han sido muy bendecidos de Dios; bienes grandes han producido, los que son debidos al celo y á la generosidad de esa benemérita sociedad del Centro Apostólico. Espero que para el año venidero seremos igualmente favorecidos en esta clase de Misiones, que deseamos con preferencia por ser las más necesarias como ya se lo manifesté en cartas anteriores.

Deseándole felicidad... S. atto. S. S. y C.—*Jerónimo Schittly* C. S. R.

---

*Carta del R. P. Silvestre Alvarez,  
Misionero del C. de M. al R. P. Bartolomé Mas S. I.*

**Santiago, 3 de enero de 1896.**

Bien quisiera, mi Reverendo Padre en Cristo, adorar en silencio las ocultas maravillas de la gracia obradas en las Misiones de Quirihue, Trehuaco, Tomé, Talcahuano, Santa Juana y Talcamávida, que los hijos del Inmaculado Corazón de María residentes en Santiago hemos predicado á impulso y ruego del beneficentísimo y mil veces laudable Centro Apostólico; pero ¿cómo callar las misericordias y bondades de Dios á favor de los mencionados pueblos? Esto sería defraudar al autor de tales maravillas la gloria y alabanza, que de su publicación le redunde y privar á las dignísimas señoras del Centro de la grata y dulce satisfacción, que engendra el conocimiento del bien por su causa realizado. Voy, pues, á historiarlas brevemente, tributando á Dios la honra y gloria de todos los admirables triunfos de la gracia y reservando para nosotros la confusión y culpa del bien que no se hizo.

El 3 de noviembre salió de Santiago el Rvdo. P. Juan Olivet, á quien se unió el que suscribe en Nos, procedente de Lo Herrera, donde estaba misionando. Después de las averías inherentes á un



largo viaje por tierras á nosotros desconocidas, llegamos á Quirihue, principio de nuestra excursión evangélica. Encantador es el panorama, que ofrece la limpia capital de Itata asentada sobre un cerrito y circundada de los valles y vecinas lomas cubiertas de viñas y cereales; pero mucho más bello es el corazón de sus moradores, todos fervientes católicos, ó á lo menos atentos y respetuosos ciudadanos. Su ilustrado y virtuoso párroco, D. Feliciano Torres, mantiene, á costa de trabajos, dos asociaciones: los josefinos en número de cuatrocientos y las socias del Corazón de Jesús, que suman seiscientas.

Diez fueron los días de nuestra permanencia en Quirihue, viéndose todas las noches casi lleno su espacioso templo y consiguiendo por resultado tres mil setecientas comuniones, quince matrimonios, la incorporación de unos cien hombres á la asociación de S. José y la imposición de muchísimos escapularios del Carmen y del Inmaculado Corazón de María.

En la confluencia del Lunquén y el caudaloso Itata, á siete leguas de Quirihue, de cuya parroquia forma parte, existe una comarca sobremanera pintoresca por los altos cerros que la rodean, ostentando el verde ropaje de sus bosques y las próximas colinas cubiertas de hermosos viñedos: es Trehuaco, punto señalado por el señor Cura para la segunda Misión. Allí nos ofrecieron cariñoso albergue y atención esmerada un bondadoso caba-

llero y su esposa, que tiene su casa en el camino de Tomé y en ella improvisamos un oratorio, sirviéndonos de campana dos asadores, que batidos fuertemente esparcían sus ondulaciones á siete y ocho cuabras de distancia. Esta Misión era de absoluta necesidad: muchos de los niños jamás habían visto sacerdote alguno y de ellos se ocultaban asustados en los matorrales al ver que los llamábamos. Confesamos como ochocientas personas, celebramos veinticuatro matrimonios y se alistaron muchísimos al Apostolado de la Oración. Pero lo más consolador fué el entusiasmo, que suscitó la idea de levantar un templo, donde pudieran repetirse con frecuencia las gratas escenas de la Misión, celebrarse de cuando en cuando el santo sacrificio de la Misa y administrarse los sacramentos. Al terminar la santa Misión, ya se había recolectado la mitad de los fondos necesarios. El caballero, que nos hospedaba, don Hilario Bustos, había hecho donación del suelo necesario para la iglesia, casa y patio adjunto y por noticias posteriores supimos habían puesto ya manos á la obra: ¡Bien por los habitantes de Trehuaco! ¡Honor y gloria al Centro Apostólico, que ha sido la causa ocasional de obra tan santa y meritoria! ¡Qué dulce satisfacción debe inundar las almas de todos sus miembros al saber, que por su medio se erige en aquellas soledades un templo donde los fieles envíen al cielo sus plegarias y el sacerdote ofrezca á Dios la Hostia de alabanza!



El 25 de noviembre salimos de Trehuaco acompañados por numerosa cabalgata, por los principales propietarios hasta los afueras de Coelemu, dos leguas de distancia; y después de trece leguas de caballo, molidos y estropeados, nos hallábamnos á boca de noche en el Tomé, donde empezamos la Misión aquella misma noche. Un gratísimo desengaño experimentamos al llegar á esta ciudad. Habíannos pintado al Tomé como uno de esos puertos descreídos, foco de corrupción y albergue de vicios, y ¡cuál no fué nuestra sorpresa al oír de su dignísimo párroco don Abraham Romero y del celoso padre Gabriel, capuchino que le acompañaba, el encomio de su religión y piedad! Las principales señoras se hallan en la asociación del Sagrado Corazón de Jesús y Santa Filomena y más de cien hombres están alistados en la de San José. No es, pues, de admirar que en los nueve días de Misión se repartieran dos mil seiscientas comuniones, se arreglaron doce parejas, que vivían mal y se impusieron centenares de escapularios del Corazón Inmaculado de María; pero lo que dió mayor realce á la Misión fué la comunión de los presos. Mientras que el Rvdo. P. Olivet confesaba los enfermos y catequizaba los niños, iba el que suscribe, mañana y tarde á prepararlos para la confesión; y los que al principio me recibieron con frialdad, me escucharon luego con placer, se confesaron y recibieron la Eucaristía en la Misa, que al efecto les celebramos. Más tarde la caridad de los fieles por



medio de respetables señoras cubrió su desnudez repartiendo uno ó dos trajes á cada uno, corroboró sus fuerzas materiales sirviéndoles un abundante desayuno y más tarde un espléndido banquete y hasta se atendió á su regalo proporcionándoles tabaco y plata, quedando tan complacidos, que al despedirse de ellos el Rvdo. señor Cura Párroco, que los había acompañado en el almuerzo, le rogaban con instancia fuera á confesarlos todos los meses. En el Tomé recibimos varios objetos de propaganda religiosa, que una mano generosa nos envió desde Santiago, los cuales contribuyeron maravillosamente para el buen éxito de la Misión.

El 4 de diciembre salimos del Tomé en el vaporcito, que hace la carrera diaria á Talcahuano, puerto militar y ciudad esencialmente mercantil. Difícil era, por cierto, hacer resonar la voz del Evangelio por entre el incesante traqueteo de los trenes, el silbato de las locomotoras y vapores y los penetrantes sonidos y acordes que á pequeños intervalos esparcían las cornetas y charangas de los varios cuerpos militares en Talcahuano residentes; y más difícil llevar la enseñanza á aquellos corazones entregados al cálculo y especulación.

Diez fueron los días de la Santa Misión, ocupados los cuatro primeros, en que la concurrencia al confesonario no fué tanta, en catequizar los niños, enfermos y presos. Abiertas tuvimos desde luego las puertas del Colegio de la Purísima y Hospital y de mil amores se prestaron las religiosas á se-

cundar nuestras miras; pero nos fué muy difícil penetrar en la cárcel y sólo á la actividad del celoso Párroco don Daniel de la Fuente se debió el conseguirlo. Ingrata fué la sensación que experimenté al observar la frialdad y desdén con que me recibieron; pero de tal suerte se fueron trocando, que todos, sin faltar uno, se confesaron, inclusa la guardia interior. Y ¿cuál no fué mi sorpresa el día de la comunión, cuando á las 6½ A. M. entré en la cárcel, al hallarlos á todos ocupados en preparar arcos, colocar banderolas y adornar el oratorio. Antes de la Misa se repartieron trajes á los más necesitados; y durante ella dos señoritas y una Hermana de la Caridad, les recrearon con hermosos cantos acompañados de armonio y en los intermedios el señor Cura los preparaba para la comunión. Terminada la Misa y dadas gracias, varias señoras les sirvieron un desayuno y más tarde un espléndido y abundante almuerzo, regalándoles atados de cigarros y plata á cada uno. Por la tarde hecha la plática de perseverancia se les impuso el escapulario del Carmen y se les dió la Bendición Papal, prolongando ellos la fiesta con los abundantes restos del almuerzo. ¡Cuán cierto es que sólo en la Religión Católica existe la verdadera caridad, que depara al triste y desvalido días de holgura y de consuelo!

Entretanto la Misión avanzaba, la iglesia se hallaba repleta de fieles y los confesonarios rodeados de penitentes: mil ochocientas sesenta y cinco per-



sonas se acercaron á corroborar sus almas con el pan de los ángeles; veinte parejas santificaron su amor al pie de los altares y se instaló la Archicofradía del I. Corazón de María con más de doscientos socios, que rogarán por la conversión de sus hermanos; quedando el señor Párroco altamente complacido de tan felices resultados. ¡Gloria á Dios y al Inmaculado Corazón de María, autores de tales maravillas!

El día 14 pasamos de Talcahuano á Santa Juana, pueblo cuya fama de indiferencia é irreligión es muy conocida en toda la Diócesis; y luego pudimos ver que es verdad aquel dicho: «Cuando el río suena, agua lleva.» Fijamos en las puertas de la iglesia ciertas hojas de propaganda y las rasgaron el mismo día; ciertos entes despreocupados entraron á las distribuciones con sombrero: Abundan allí los matrimonios civiles, y á duras penas se logra que se acerquen al confesonario. A fuerza de predicar y quedándose el Rvdo. P. Olivet tres días más de lo ordinario, para recoger los últimos frutos el día de Navidad, conseguimos que se acercaran á comulgar como ochocientas personas y se casaron diez y siete parejas, que vivían civilmente.

Frente á Santa Juana, separado tan sólo por el imponente Bíobío, se divisa un pueblo asentado sobre la falda de varias colinas: es Talcamávida, de quien se olvidó el Centro Apostólico, por hacer algunos meses que por causas no para dichas, en este lugar carecen de párroco, que á favor de ellos



hablara. Sus moradores, religiosos por convicción, y por natural atentos y respetuosos, nos movieron á compasión; y sin ser llamados, movidos del espíritu de Aquella que sin ser rogada intercedió por los necesitados de Caná, resolvimos no abandonarlos. Al efecto, quedándose el R. P. Olivet en Santa Juana, pasó el que suscribe á Talcamávida, y aunque los primeros días fué poca la concurrencia, por no estar avisados los campesinos, no obstante los últimos días se llenó la Iglesia, alcanzando á comulgar más de ochocientas personas y arreglándose cinco matrimonios.

Tal es, mi Rvdo. Padre, el compendio de la historia de las Misiones, que hemos predicado por encargo del Centro Apostólico. Otorgue el Señor la perseverancia á los pueblos misionados, su gracia á los Misioneros y toda suerte de bendiciones al Centro Apostólico, como desea su Affmo. S. Sr.  
—*Silvestre Alvarez*, M. del C. de M.

---

*Carta del R. P. Superior de los PP. del C. de María  
á la Celadora del Centro*

**Linares, 3 de enero de 1896.**

Señora de todo mi respeto:

Acabo de llegar del campo y he leído la suya y recogido los objetos que se ha servido mandarnos

para las Misiones. ¡Cuánto bien hacen estos objetos! Es un cebo para pescar algunas almas, que de otra manera no se pescarían y un recuerdo permanente de la Misión. Hemos dado las Misiones que teníamos del Centro; pero como no teníamos objetos que dar, no hemos podido repartir nada. No han sido afortunados.

Dios sea bendito por todo.

En pocos días más mandaremos una pequeña reseña de ella.

Recomendamos...—*Gumersindo Gruart*, M. del C. de M.

---

*Carta de D. Belisario Carrasco, Párroco de Coihueco,  
á la Celadora del Centro*

**Coihueco, 8 de Enero de 1896.**

Habiendo terminado en mi parroquia la primera Misión que el Centro Apóstólico se sirvió enviarnos por medio de los Rvdos. Padres de Santo Domingo F. Juan D. Soto y otros compañeros, incluso el P. Bernardo, Lazarista de Chillán, me voy á permitir dar á Ud. un breve bosquejo de los grandes frutos, que por ella se han obtenido á mayor gloria de Dios y bien espiritual de mis feligreses.

El número de comuniones pasaron bastante de novecientas. Los niños de primera comunión, de ambos sexos, llegaron á ciento cincuenta, habiéndola recibido en un solo día después de una esmerada

preparación ciento veinte, ceremonia tiernísima, que hizo derramar lágrimas á todos los circunstantes. Los matrimonios, á pesar de que no era el tiempo más oportuno para ellos, llegaron á once.

Tomada en cuenta la circunstancia de la Misión efectuada en las sierras de mi curato, á más de ocho leguas de poblado y en la estación avanzada de enero, puedo asegurar al Centro Apostólico, que ha sido importantísima por sus ópimos frutos.

A nombre de mis feligreses y al mío, doy las más expresivas gracias al Centro Apostólico. Y los tres Misioneros modelos de virtud nos han hecho arder en deseos de imitar sus ejemplos para agradar á Dios en todos nuestros actos. La segunda Misión la darán en la vice-parroquia.

Rogando á Dios por todos los miembros del Centro Apostólico, se suscribe como su Atto. S. S. y Cap.—*José Belisario Carrasco.*

---

*Carta del R. P. Superior de los PP. Redentoristas,  
a la Celadora del Centro*

**Cauquenes, 16 de Enero de 1896.**

Hace unos quince días más ó menos, que tuve el gusto de escribirle á Ud. dándole cuenta de ocho Misiones, que por cuenta del Centro Apostólico hemos predicado en el curato de Parral.



Suponiendo llegada mi carta, paso á darle cuenta igualmente de ocho Misiones más que acabamos de dar también por cuenta del Centro Apostólico, que las había ofrecido al señor Cura de Yungay, S. Juan de Dios Belmar: es la de San Antonio del mismo curato de Yungay. Esta Misión ha sido igualmente de las más necesitadas bajo todo punto de vista. Donde muchísimos años (siete años) esa pobre gente no había oído la palabra de Dios y por lo mismo se encontraba en completa ignorancia en materia de religión; conservaba, sin embargo, siempre la fe en su corazón. Por eso desde el principio de la Misión los Misioneros encontraban mucha docilidad en general; la gente asistió á la Misión y aprovechó de la gracia de Dios.

La Misión se predicó en la casa de don Juan de Dios Benítez y duró diez días llenos. Hubo confesiones ochocientas, comuniones setecientas setenta y nueve, bautismos treinta y cinco y matrimonios seis.

Ya le dije en mi última carta que en la parroquia de Parral todavía nos quedó una Misión rural por predicar, la de Catillo de los baños, que el señor Cura desea se dé en febrero por haber mayor concurrencia en esa época. Será la última, que nos quede por predicar en este año por cuenta del Centro Apostólico.

Me es grato repetirme de Ud. muy atto. y S. S. y Capellán.—*Jerónimo Schittly*, C. S. R.

P. D.—En el momento de doblar la presente para

despacharla, recibí la suya del trece de los corrientes, que me permito contestar en seguida.

Sin duda, deseamos dar el mayor número posible de esas Misiones rurales tan necesitadas, pero me es imposible indicarle ya desde ahora cuántas y en dónde podrán ser. Los Padres que mejor al corriente están en estas cosas, se encuentran todavía ausentes en Misiones; no regresarán sino á principios del mes próximo. Entonces se podrá quizás indicar algo seguro. Por de pronto, le recuerdo las cuatro de que le hablé en cartas anteriores. Del curato de San Javier, dos Villa Alegre y Maule; del curato de Pemuco una, y de Tucapel otra: no sé el nombre de estos dos puntos. Luego hay otra en Changaral, que también desearía poder dar por muy necesaria como puede ver por la adjunta carta del señor Unda que la pide. Quizás pudiéramos dar estas cinco Misiones en marzo y abril.

Respecto de los PP. que deberán dar estas Misiones, será también algo difícil indicarlos con mucha anticipación y de una manera segura; pero han de ser los mismos que han predicado las de Parral y la de Yungay. Son los PP. Fallert y Chene, que formaron una pareja, y los PP. Vargas y Favre, la otra. Hay todavía el P. Teodoro Keheren y el P. Raunel, que salen también alternando con otros.

Respecto del tiempo transcurrido desde que no había Misión en los puntos indicados, ó si quizás no la hubo nunca, lo ignoro; pero lo cierto es que

son puntos desamparados. Aun cuando alguna vez algún señor Cura se hubiera presentado de paso para oír algunas confesiones, no se puede llamar Misión; mejor que nadie lo sabe el R. P. Mas, á quien tendrá Ud. la bondad de transmitir mis respetos y mis gratos recuerdos; y Ud. se servirá pedir á Dios por su humilde servidor y Atto. Capellán.—*Jerónimo Schittly*, C. S. R.

---

*Carta de D. Francisco A. Unda al R. P. Superior de los PP. Redentoristas, enviada al Centro Apostólico.*

**Parral, enero 2 de 1896**

Reverendo Padre:

Teniendo noticias que Ud. envía Misiones á lugares rurales, me tomo la libertad de darle algunos datos. Vivo en el departamento de San Carlos, curato de Ninhue, donde hay suma necesidad de Misiones. El lugar donde vivo es Changaral, y viendo miles y miles de almas que no oyen misa, ni se confiesan quizás desde hace cuatro años, pues está muy distante el curato y, unos por su trabajo y otros por pereza, no acuden á él; por otra parte, que hay infinitos óleos que poner y matrimonios por hacer de gente, que lo desea y mucha á quie-



nes hay que acudir donde ellos para salvar sus almas. Por otra parte, por su gran descuido hay que inculcarles la fe, que han olvidado y recordarles la Religión; ofrecí mi casa al Cura de Ninhue para que diera una Misión, y vino de muy buena voluntad; pero tocó la casualidad que vinieron á buscarlo de noche para confesar á un enfermo; salió, pues, pero no pudo volver, porque él se enfermó, no alcanzando á estar aquí sino dos días. La gente sintió mucho el contratiempo, pues quedó toda pronta para asistir y confesarse en la santa Misión.

Yo estoy dispuesto á ofrecer mi casa por si algunos Padres desean dar aquí la Misión; y sabedor de que Ud. ha mandado dar algunas Misiones, me he resuelto á escribirle para que á vista de las necesidades, vea Ud. si puede mandarnos una. Si Ud. resolviese darla, podría ir á hablar con Ud. y podríamos acordar el día en que principiara.

R. Padre, si me he atrevido á escribirle, es al ver tanta gente perdida y tanta que muere sin haberse confesado desde hace muchos años.

Ruego á Ud. se sirva contestarme á San Carlos-Changaral. Sírvase también darme su dirección.  
S. S.—*Francisco A. Unda.*

---

*Carta del R. P. Tomás Darbois, Agustino,  
al R. P. Bartolomé Mas, S. I.*

**Lebu, 7 de febrero de 1896.**

Muy Rvdo. Padre de mi mayor consideración y respeto:

Sólo hoy recibo sus dos apreciadas cartas y siento muchísimo, que no hayamos podido vernos con S. R. en Concepción, donde pasamos sólo una noche; al día siguiente, sábado 1.º de febrero, estábamos en Curanilahue, y en Amalia, mineral de Lebu.

Acude bastante gente á la Misión y se oye la palabra de Dios con mucho respeto: mas tropezamos con los mismos inconvenientes que en el Norte. Es la primera Misión que se da en este lugar; la gente es de una ignorancia que causa pena, muchísimos son los niños de 16 y 17 años, de ambos sexos, que nunca se han confesado y no saben ni persignarse; innumerables son los que viven mal y no ceden ni á una visita del señor Cura ni de los Misioneros.

«Amalia» es un punto, que el Centro Apostólico no debería desatender antes de haberlo mejorado, lo que al fin se conseguirá; porque la gente es respetuosa y ha conservado un fondo de religión, que con el tiempo se desarrollará.

El Rvdo. Padre Esteban quisiera que de Lebu

pasáramos á Arauco, ya que estamos tan cerca; mas para que le fuera posible mandarnos á este punto, debería encontrar dos sacerdotes para llenar ciertas obligaciones, que tenemos en Santiago los días domingo y no podrá pedirlos á nuestra comunidad de Rengo ni de los Andes, ya que tres sacerdotes tendrán que salir el día 18 para dar una Misión en la Ligua.

Encomendándonos á las oraciones de S. R., lo saludan muy respetuosamente... — *Godofredo y Tomás Darbois*, A. de la A.

---

*Carta del R. P. Superior de los PP. Redentoristas  
á la Celadora del Centro*

**Cauquenes, 3 de marzo de 1896.**

Señora de todo mi respeto:

Habiendo dado cuenta ya separadamente de la Misión de San Antonio, predicada en el mes de enero por los RR. PP. Thine y Didry, paso á hacerle una corta relación de las cinco últimas Misiones aceptadas del Centro Apostólico.

1.º La Misión de Changaral, llamada también Cajón de la Maravilla, es un punto situado á seis leguas al poniente de Parral y á otra tanta distancia al oriente de Ninhue, á cuyo curato pertenece. Ha sido por primera vez que aparecieron Misioneros



en ese apartado punto, lo que explica la mucha ignorancia, que encontraron en la generalidad de la gente. Hubo necesidad de emplear varias horas diarias para explicar y enseñar la doctrina y los misterios más esenciales de la fe, tarea larga que los Padres tuvieron que hacer por sí mismos, por no haber podido encontrar una persona apta ni para enseñar y hacer repetir los principales rezos. La gente se ha mostrado bastante dócil: acudía bien á los ejercicios de la Misión, á pesar de que muchos tienen sus casas muy lejos del punto en que se predicó, que fué la casa de don Francisco Unda. Los Misioneros fueron los RR. PP. Fallert y Didry; la Misión duró de 10 á 11 días: comenzó el 22 de febrero y terminó el 4 de marzo.

Hubo 755 confesiones, 78 bautismos y 1 matrimonio. Ha sido una de las Misiones más necesarias y por medio de ella el Centro Apostólico ha dado mucha gloria á Dios y hecho mucho bien á esas pobres almas desamparadas.

2.ª La Misión de la villa del Carmen, punto bastante poblado, está á unas cuatro leguas de Pemuco á cuyo curato pertenece y en cuya iglesia parroquial dieron los Misioneros una larga Misión inmediatamente antes de pasar á la villa del Carmen. Comenzaron en este punto el 29 de febrero y concluyeron el 13 de marzo. La Misión fué predicada por los RR. PP. Kehren y Roussel. Tuvieron mil doscientos cuarenta y cuatro confesiones, ciento treinta y dos bautismos i tres matri-

monios. Como siete años se había pasado aquella pobre gente sin oír la palabra de Dios. La asistencia fué numerosa tanto por la mañana como por la noche. Hubo en tanto en esta Misión una rara ocurrencia, que hubiera podido perjudicar mucho el fruto de ella. El demonio, previendo sin duda el mucho bien, que debía de resultar de la Misión, intentó desde el principio combatirlo. Al efecto, se valió de unas cuantas personas perversas para hacer creer á esa gente sencilla del campo, que los Misioneros recién llegados eran dos protestantes venidos del extranjero con el fin de propagar el protestantismo. La calumnia se propagó muy pronto por todo el campo y contornos de la villa, de tal manera, que aquella pobre gente engañada se había ya resuelto á no acudir á la Misión, sobre todo á no creer á las predicaciones de tales Misioneros.

Felizmente la gente de la villa misma, que es numerosa y que conocía á los Misioneros, se indignó de la calumnia y ayudó eficazmente á hacer desvanecer en pocos días el diabólico rumor y resultó entonces todo lo contrario de lo que intentaba el enemigo de las almas; pues esa misma circunstancia contribuyó á que la gente apreciara más á los Misioneros y que acudiera con mayor fervor á los ejercicios de la Misión, en particular á las ceremonias de desagravio ante el Santísimo Sacramento y á la consagración á la Santísima Virgen María. En suma, la Misión ha producido mucho bien á

esas almas, que quedaron eternamente agradecidas por este gran favor del cielo.

3.<sup>a</sup> La Misión de Trupán, que está á cuatro leguas de Tucapel, á cuya parroquia pertenece, ha sido una de las Misiones más necesarias, ya que en diez y seis años seguidos no hubo antes Misión en ese punto completamente desamparado. Por falta de otro local más conveniente se predicó la Misión en una espaciosa bodega. La gente acudió con edificante docilidad desde grandes distancias, por el cuidado que tomaron los Misioneros de animarlos y anunciar con anticipación la Misión por todo el rededor de Trupán. Los ejercicios de la Misión duraron once días, desde el 26 de marzo hasta el 5 de abril; fué predicada por los padres Kehren y Roussel. Tuvieron seiscientas cuarenta confesiones, treinta y ocho bautismos y siete matrimonios. La generalidad de las confesiones han sido generales como era necesario y quizás la cuarta parte de ellas fueron primeras confesiones. Dios sea alabado por el mucho bien que resultó de esa Misión.

4.<sup>a</sup> La Misión de Maule perteneciente al Curato de San Javier de Loncomilla fué predicada por los mismos padres Kehren y Roussel. Emplearon 11 días y tuvieron 490 confesiones y un gran número de bautismos de los que por olvido no llevaban la cuenta exacta. Dieron la Misión en casa del señor don Eduardo Larraín, quien tuvo la atención de dirigirme la adjunta carta que dará al Centro



Apostólico una idea general de la manera cómo solemos dar ó predicar esas Misiones rurales.

5.<sup>a</sup> La Misión de Villa Alegre, otro punto que pertenece al mismo Curato de San Javier, en cuya iglesia parroquial predicamos una grande Misión de 15 días tres padres, mientras que los otros PP. daban las anteriores de Maule. Los Misioneros en Villa Alegre fueron igualmente tres. Los padres Zekehr, Bairet y Roussel. La asistencia que tuvieron en la noche era satisfactoria, mientras que las del día, sobre todo al principio de la Misión, dejaba que desear, y fué á causa de la vendimia, que ocupaba á muchas personas. Por este motivo fué necesario prolongar algo la Misión, que duró quince días llenos, desde el 22 de abril al 7 de mayo. Hubo 1,309 comuniones, 19 bautismos y 5 matrimonios. Por manera que la Misión produjo mucho bien á pesar de la circunstancia referida no conocida de los Misioneros sino después de su llegada.

Esperando... S. Atto. y S. S. y C.—*Jerónimo Schittly.*

---

*Carta de D. Juan de Dios Belmar,  
Párroco de Collipulli, á la Celadora del Centro*

**Collipulli, 4 de marzo de 1896.**

Señora de todo mi respeto:

Hasta ahora no había dado cuenta del resultado de las Misiones, que dieron en esta parroquia los

RR. PP. del Corazón de María por cuenta del Centro Apostólico. Como los Padres dieron varias Misiones, algunas de las cuales por mi cuenta, le manifestaré los espléndidos resultados de las dos últimas que se dieron en la montaña.

La primera de estas Misiones se dió en un lugar llamado San Gaspar de Ñanco. La concurrencia fué numerosa desde los primeros días y fué aumentando cada día más. Hubo en esta Misión cerca de 400 comuniones y 26 matrimonios, 8 velaciones y más de 100 óleos.

Desde este lugar, que está á 7 leguas de Collipulli, los Padres y yo subimos 6 leguas más hacia la cordillera. La segunda Misión se dió en las casas de un fundo titulado «San Luis». Hubo también allí bastante concurrencia, si se toma en cuenta que «San Luis» es un fundo de montaña, que toca los primeros cordones de la cordillera y que la gente tenía que venir de grandes distancias y por lo general á pie. A fin de hacer esta Misión más fructuosa, resolvieron los Padres, con generosa abnegación, separarse para ir uno como cinco leguas más arriba á misionar, mientras quedaba el otro en «San Luis». De esta manera fué esta Misión lo más fructuosa que era posible. Hubo en «San Luis» 10 matrimonios, 4 velaciones, 40 óleos y cerca de 200 comuniones, y en el otro fundo titulado «Jauja» hubo 175 comuniones, 18 matrimonios, 5 velaciones y 65 óleos.

Podría tal vez creer Ud. que ha sido escaso el



resultado de estas Misiones; y habría razón para ello si sólo se comparara el número de comuniones, que ha habido con el número que de ordinario hay en las Misiones del norte; pero es necesario también tomar en cuenta, que falta formar todavía el espíritu cristiano en estos lugares; pues la mayor parte de la gente vive como si no hubiera Dios, á quien temer. Gran parte de las personas de la montaña no habían visto jamás un sacerdote ni habían oído hablar siquiera de la santa Misa. Así es, que los Misioneros tuvieron que instruirlos en las verdades necesarias para la salvación y enseñarles las oraciones. Por estas consideraciones creo que se hace más bien en cada una de estas Misioncitas, que en aquellas en que hay miles de comuniones.

Si es doloroso el estado en que vive la gente de los campos, es mucho más sensible todavía el de la gente del pueblo; pues en el campo domina más bien la ignorancia, mientras que aquí hay una espantosa corrupción. Es increíble el número de personas que viven en relaciones ilícitas, ó casadas por el civil ó aún en adulterio público. Y es tan grande la indiferencia en materia de religión, que en tiempo de Misión apenas pasa de 600 el número de comuniones, siendo de advertir que Collipulli tiene 4,000 habitantes.

Me permito recomendar esta parroquia por su intermedio á la caridad del Centro Apostólico.

Disculpe...S. Atto. S. S. y C.—*Juan de Dios Belmar.*



*Carta de don Juan de Dios Gutiérrez,  
Párroco de Empedrado, á la Celadora del Centro*

**Empedrado, 9 de marzo de 1896.**

Señora de todo mi respeto:

Últimamente he llegado á mi parroquia, después de haber permanecido un largo tiempo fuera de ella, y he venido á encontrarme con su atenta fecha 26 de enero, en la que se sirve anunciarme, que el Centro Apostólico ha obsequiado un sagrario á esta parroquia. Si todavía tuviese el mismo destino se servirá hacerlo remitir á la estación de San Antonio y el boleto me lo remite á Empedrado (1).

¡Que el Señor derrame sus santas bendiciones sobre el Centro Apostólico!

Hace dos años cuatro meses á que sirvo esta parroquia: cuando llegué á ella, recién salido del Seminario, me encuentro con que no tengo ni casa parroquial, ni Iglesia, y la Santa Misa y oficios divinos se celebraban en una choza vieja y toda ahumada, la que sólo podía contener como 100 personas. La impresión que esta vista me hizo fácilmente se la imaginará.

Mi primer acto fué consagrar mi parroquia al

(1) Las iglesias parroquiales, que han recibido de las señoras del Centro Apostólico un sagrario de mármol, son las siguientes: Negreiros, Calama, Caracoles, Vallénar, Higuera, Salamanca, Imperial, Empedrado, Arauco, Tucapel, Victoria y Ancud para otra parroquia de aquella Diócesis. (*N. del E.*)

Sagrado Corazón de Jesús y poco á poco preparé el terreno y pocos meses después eché las bases de la Sociedad del Sagrado Corazón.

Aquí expongo á Ud. el proyecto que tengo: establecerme en la misma Iglesia con una Misión, que empezando el día de Ramos durara la Semana Santa y siguiente hasta tanto fuera necesaria, y en seguida dar algunas corridas de ejercicios en los últimos días de abril y meses siguientes. Empezaríamos por mujeres, por ser las más fáciles de reunir y estar más desocupadas que los hombres, y después seguir por éstos.

Conociendo la gente los buenos resultados, que dan los ejercicios, se animarían mucho y dándolos después de una buena Misión, sin duda alguna el fruto sería espléndido. Nuestro Señor recibiría una gloria como nunca vista por acá.

Sólo así puedo sacar á mi feligresía de los vicios de que está dominada. Los pocos, que consiguiera ejercitar, perseverarían en el bien como sucede con ejercicios. Tengo para mí, que es el único medio que hay para desarraigar del corazón del hombre vicios inveterados; porque las santas impresiones que allí tienen se les graban con caracteres indelebles. ¡Si yo pudiera dedicarme á esta santa Misión!

Hay local para que puedan entrar hasta ciento cincuenta en cada corrida. Me he empeñado con los RR. PP. Redentoristas de Cauquenes y me contestaron que no tienen lugar este año.

Por supuesto, ésta es una planta del todo desconocida por acá; sin embargo, á la fecha cuento con un número de doscientas mujeres y cuarenta hombres más ó ménos, lo que no es poco dado el abandono en que siempre ha estado la parroquia. Ahora recurro á Ud. implorando su protección y le ruego, que por amor á Dios coopere en lo que le sea posible en esta grande obra.

Le he hecho esta larga reseña del estado de mi parroquia, seguro de que, bien impuesta, Ud. se interesará por ella. El aislamiento en que estoy y las largas distancias, que me separan de los pueblos centrales, me hacen muy difícil el servicio religioso con el esmero que yo desearía.

A nombre del S. C. de Jesús... S. Att. C.—*Juan de Dios Gutiérrez.*

---

*Carta de D. Vicente A. Las Casas,  
Párroco de Chillán, á la Celadora del Centro*

**Chillán, 1.º de marzo de 1896.**

Señora de todo mi respeto:

¿Sería mucho pedir dos: ó tres Misioncitas para esta pobre parroquia?

El año pasado sólo tuve asignadas dos; la de Chillán Viejo, que dió el P. Soto, y la del Huape, que ya va á dar.

Ahora hacen gran falta la de Huechupín y la de Nebruco, en donde nunca se ha dado Misión.



Para una parroquia tan poblada como ésta, las dos indicadas son necesarias y urgentes. La de Chillán Viejo podemos dejarla para agosto.

Si Uds. quieren, yo puedo buscar compañeros para estas Misiones ó entre los nuestros, Jesuítas de Concepción ó de otro convento. Pero habrían de ser cuanto antes.

Su afmo. *in Corde Jesu.*— *V. A. Las Casas.*

---

*Carta del R. P. Ambrosio M. García C. M. J.  
al R. P. Bartolomé Mas S. I.*

**Linares, 7 de abril de 1896.**

Amado Padre:

Permítame darle cuenta de unas Misioncitas que, aunque pequeñas en sí, no dejarán de llenar su corazón de alegría y consuelo, y á la par darán ánimo á esa benemérita Asociación del Centro Apostólico para proseguir con interés siempre creciente los sublimes ideales, que se ha propuesto, sintetizados prácticamente en las hermosas palabras: *salvar muchas almas.*

Hablo de los Padres del I. Corazón de María residentes en Linares, los cuales desde octubre hasta abril han dado ocho Misiones del Centro Apostólico. Salieron el día 24 de octubre en dirección á la primera Misión que se dió en un punto llamado Alquer, del curato de Hierbas Buenas. Como

en dicha hacienda no hay centro de población, se comenzó la Misión con sólo los habitantes de la casa; progresivamente fué aumentando el auditorio, ansioso de aprovecharse; y á pesar de las lluvias, que siempre es un impedimento para nuestro ministerio, el fruto correspondió á los sacrificios, y mil comuniones allí distribuídas dan á conocer que no fué pequeña la cosecha.

En el mes de noviembre le tocó al pueblo de Erquilla, en el curato de Collipulli, recibir las bendiciones del cielo. Pueblo bastante numeroso, sin sacerdote ni divino ministerio, bastante indiferente en materia de religión.

En dos Misiones que se habían dado años anteriores, mostraron algunos desgraciados imbuídos por las doctrinas y máximas sectarias, que no respetaban ni á Dios ni á las autoridades, llegando en su cinismo y desvergüenza hasta robar las campanas con que se llamaba la gente á la Misión, y también los libros de partidas de óleos y casamientos. ¡Dios los ilumine y perdone! Sin embargo, en este año no hubo desórdenes, aunque sí algunos contratiempos; pero setecientas comuniones coronaron nuestros esfuerzos satisfactoriamente.

Volvimos nuevamente en enero del presente año á Collipulli. Nos internamos unas diez y seis leguas hacia la cordillera, y tras largo y penoso viaje llegamos á nuestro destino en medio de los bosques; transformamos en capilla provisional un rincón de un corredor y cerrándolo con pieles y tablas por

el lado opuesto, resultó un verdadero portal de Belén, donde al abrigo de viento y lluvia dimos principio á la santa Misión con algunas muy pocas personas. Es el fundo de San Luis, donde se dió la Misión, propiedad de don Juan de Dios Herrera, caballero de la mejor voluntad para hacer bien á sus subordinados y de un excelente corazón para con nosotros.

¡Qué impresiones tan distintas siente el Misionero de las ciudades del Misionero de los campos todavía incultos y por trabajar! ¡Cuántos cristianos habría en estos lugares, que jamás habían visto un sacerdote! Por lo tanto ¡qué ignorancia! ¡qué desventura!

Hubimos de proceder en nuestro trabajo, al ver la suma ignorancia de aquella gente, cambiando el plan de Misión: por la mañana en las Misas se hacía una explicación de doctrina, durante todo el día había catecismo permanente para chicos y grandes, y á la noche se tocaban los mandamientos, siguiendo á esto, en lugar de sermón, unas consideraciones sencillísimas y puestas al alcance de todos, sobre una verdad fundamental de la Religión. Día á día se veía aumentar la gente. Luego tocamos con nuestras manos lo que se nos había anunciado: que allí vivían sin Dios y sin ley de cristianos; *así no más*, según frase popular. Y así era en efecto.

Allí donde no hay más que bosques vírgenes, robles seculares y pinos de muchos siglos; allí



donde la cruz de Cristo no había asentado su reinado, había también hombres de muchos años y jóvenes en la flor de la edad, vírgenes en materia de religión. Sólo entendían el lenguaje de su oficio, bueyes, carretas y tablas; en esta materia son maestros, pero en el conocimiento de Dios, de María Santísima, del alma, del cielo, de los sacramentos, etc., eran como aquellos cristianos que al oír hablar á San Pablo del Espíritu Santo, le contestaron: *neque audivimus*; no sabíamos que hubiese tales cosas, ni jamás habíamos oído hablar de ellas.

¡Cuántos cristianos se hallan en mayor necesidad espiritual, que los mismos indios, decía yo, al contemplar aquella multitud admirada, siguiendo ávida con su vista las más insignificantes ceremonias de la Misa! No se hartaban de mirar al sacerdote revestido con los ornamentos sagrados, y empinábanse unos sobre otros para divisar mejor lo que les cautivaba y no comprendían, es decir, el Santo Sacrificio.

¡Cuánto bien se puede hacer entre esta gente disponiendo de medios! Esto pensábamos cuando nos vino á la mente (inspiración de Dios había de ser, como lo probó el resultado), hacer una excursión hasta el último rincón de la hacienda Jauja, donde hubiese un viviente. Encontramos mucha gente de buena voluntad, pero que por causas distintas no podía aprovecharse de nuestra Misión. Todo tiene arreglo en este mundo, nos dijimos; y dimos aviso

á toda la gente de que el señor Cura y un Padre se trasladarían allí por tres días para enderezar lo mucho que había torcido. Hízose del modo convenido y las ciento cuarenta confesiones, catorce matrimonios y un número mayor de bautismos son una prueba palpable del aprovechamiento de la palabra de Dios, que se sembró en aquellos buenos días en sus corazones. Este número junto con el fruto de la Misión de San Luis, da trescientas confesiones, treinta matrimonios y más de sesenta bautismos. Cifra consoladora, si se atiende que por estos mundos no hay poblaciones, sino unos pocos que trabajan en medio de los bosques con las máquinas aserradoras; pues el corte y conducción de la madera es por ahora el único negocio de estas haciendas de la montaña.

Muchos, sin embargo, quedaron dispuestos para otro tiempo; ¡pobrecitos! hay que tratarlos como ellos tratan los terrenos montañosos donde viven: un año *rozan* el terreno, como ellos dicen; y después lo siembran... Del mismo modo nosotros este año hemos rozado el terreno árido y lleno de malezas de sus corazones y hasta hemos sembrado abundante y buen grano en sus almas; otros recogerán en tiempo oportuno el fruto, que ha de producir dicha semilla.

Jesucristo había tomado posesión de los corazones sencillos de aquellos montañeses y por eso quisimos dejar un signo, que les recordase de continuo el reinado del Redentor sobre ellos y sobre



todo el mundo. Bendijimos solemnemente una magnífica cruz, y formando en procesión la llevamos al lugar designado para su colocación. ¡Qué gusto y placer sentíamos al ver la devoción con que veinte y más hombres se acercaban al madero santo para tener el honor de llevarlo! Al momento la adornaron con coronas y ramas de diversas plantas con grande entusiasmo. ¡Qué fe! grande sobre manera.

Al pie de la cruz y abrazado con ella, puse término á la santa Misión, explicándoles la significación de aquel madero santo, los milagros que ha hecho Dios, convirtiendo con la ignominia de la cruz al mundo perdido y sirviéndose de la cruz como de llave para abrir á los mortales las puertas de la felicidad eterna. Las dulces lágrimas, que brotaban de sus ojos al oír aquellas sencillas frases, eran prenda segura de los dones, que Dios había derramado con abundancia en sus corazones. Todos caímos postrados al pie de la cruz y uno á uno la adoramos con santo fervor, retirándonos con el corazón lleno de extraordinario contento. Así son las cosas de Dios, bien distintas de las cosas de los hombres. Al día siguiente, con el R. P. Ortega tomamos la dirección hacia nuestra residencia.

Por el 10 de febrero tenía lugar la Misión de Curillín, del curato de Hierbas Buenas. Separada como veinticuatro leguas del curato, pusieron los Padres dos días para llegar á dicho lugar; hicieron noche en la hacienda de Collún, y al día siguiente, atravesando el Maule en lancha, siguieron su ori-



lla hasta llegar bastante rendidos á Curilliaque, cuyos dueños, fervorosos católicos, nos esperaban con ansia.

Aquella misma tarde se empezó la Misión y al ver la mucha gente, que asistió á aquel primer acto, hicieron los Padres conjeturas bien fundadas del grandísimo fruto que se seguiría.

A pesar de estar aquella pobre gente ocupadísima en la cosecha y de hallarse á largas distancias, hicieron supremos esfuerzos para asistir á todos los actos. ¡Con qué compostura y devoción acudían al Santo Sacrificio, sin mostrar el menor fastidio á pesar de los abrasadores rayos del sol que caían sobre ellos! ¡Su entusiasmo por el canto era extraordinario! ¡Qué arrebatador era escuchar novecientas voces cantando el «Perdón ¡oh! Dios mío», percibiendo con la mayor claridad el eco repetido por dos elevadas montañas á cuya falda está la casa!

Las ochocientas comuniones, que se distribuyeron, marcan el fruto que de allí sacó la santa Misión; tanto más admirable cuanto á la Misión no podían venir á pie, sino sólo de á caballo ó en carretas, á causa de los esteros más ó menos caudalosos, que circuyen el terreno por todas partes. Se remediaron varias parejas recibiendo la bendición de la Iglesia y multitud de niños hicieron con la mayor solemnidad posible su primera comunión. Día hubo en que llegaron á cien los óleos y apenas pasó un solo día en que el Padre Ortega dejase de poner veinte ó treinta y más.

Como llegó el día de Ceniza, que era el último de la Misión, ésta fué coronada distribuyendo la ceniza á centenares de personas y terminóse por la tarde con una lucidísima procesión. Dos horas nos ocupó este último acto y los asistentes ocupaban dos cuadras, escoltando las imágenes del Sagrado Corazón de Jesús, de la Santísima Virgen y de San José, engalanadas en sus andas con banderas chilenas y españolas, presentando el conjunto un hermosísimo cuadro. Con entusiasmo sin igual alternaban el *Corazón Santo*, el *Ave María* de Lourdes, y el *¡Oh María!* Así terminan las obras de Dios, al pie de una cruz y llorando de alegría en medio de dulces cánticos! ¡Bendito sea Dios!

Al día siguiente dos escuadrones de hombres y mujeres á caballo acompañaron como unas dos leguas á los Padres para despedirse de ellos.

La Misión de *Ninhue* fué lucidísima, como lo denotan las mil trescientas comuniones, que en ella se distribuyeron. El día 7 de marzo fué el designado por Dios para llamar á conversión y convidar con sus tesoros de misericordia á los sencillos habitantes de este pueblo chico en sí, pero elevado á la inmortalidad por el más grande de los héroes de la Guerra del Pacífico, por el insigne Prat. Si se consideran los esfuerzos supremos que hacían para acudir á la Misión, su entusiasmo, fervor y religiosidad, convendremos en llamarlos, como á su conciudadano, *héroes de la religión*.

El concurso del último día fué tan notable, que

se vió obligado el Misionero á predicar después de la procesión, en medio de la plaza pública. ¡Vivan los sinceros y entusiastas católicos de Ninhue, que tan gloriosamente supieron imitar el fervor que les legaron sus antepasados!

El 6 de abril le tocó la suerte de la Misión á la ciudad de Traiguén. Movidos estaban sus habitantes y ansiosos de dar una prueba de su fe y religiosidad en la procesión, que para el domingo 12 se tenía anunciada, cuando una inesperada lluvia trastornó todos los planes. El acto que debía tener lugar era trasladar la cruz misional á otro lugar más adecuado y conveniente. Todos los hombres de fe, y el devoto sexo, y todos los colegios se aprestaban para acto tan conmovedor, cuando el Señor dispuso en su sabiduría, que no hubiera tal manifestación. El influjo poderoso de la Misión se extendió también á los pobrecitos detenidos en la cárcel pública, los cuales en número de cuarenta han hallado la paz y el consuelo de sus corazones en los santos sacramentos. Iluminados sus entendimientos con las instrucciones catequísticas y movidos en su interior por la dulcísima misericordia del Señor, se acercaron á la penitencia y llenos de la más pura alegría, recibieron en sus pechos al más cariñoso de los amigos preso por su amor en el sacramento de los altares. A mil ascienden las comuniones de esta Misión.

No quiero dejar pasar por alto un acto muy significativo de un veterano hijo de nuestro pueblo.



Hallábase en primera línea y cerca del Misionero, que bendecía los objetos piadosos el último día de la Misión, un militar, el cual, al ver que el Padre había terminado sus bendiciones, presentándole su espada le dice en voz alta:—Padre, bendígame la espada; como si dijera: Padre mío, écheme la bendición sobre esta espada, que me entregó mi Patria, para que el cielo dé esfuerzo á mi brazo el día, que sea necesario usarla en defensa de mi querido Chile. Desde aquí pasaron los Padres á Nacimiento, donde principió la Misión el día 15, con una espléndida procesión por las calles de la ciudad. Fué Nacimiento la ciudad fronteriza, que sirvió de límite á la civilización chilena por muchos años. Allí residió el general Bulnes y otros afamados capitanes de la conquista araucana; de allí salieron los pobladores de las ciudades edificadas en terreno indio. Todavía se ve allí una antigua fortaleza española con sus fosos y parapetos, á la cual llaman los naturales «El Recinto». Dicha Misión dió por resultado más de quinientas confesiones y la legítima unión de varias personas muy necesitadas. Los niños en número muy crecido y los presos de la cárcel llamaron en particular la atención de las gentes. ¡Hay para bendecir á Dios por tantas bondades!

A orillas del Bíobío se encuentra entre otros un pueblecito insignificante, pero muy desamparado en cosas de religión, llamado Negrete: juzgó el señor Cura que allí daría frutos la Misión. Se tra-

bajó en instruir á aquellas pobres gentes, y se confesaron como doscientas treinta personas. Como fruto de la Misión se ha proyectado levantar una capilla en dicho pueblo y otra en la estación de Coigüe.

Estos son los trabajos del Centro Apostólico, llevados á feliz término por los Padres Misioneros del Corazón de María residentes en Linares. Cier- to es que les ha sucedido lo que dice San Pablo: pe- ligros en la mar, peligros en la tierra, peligros en los caminos, peligros de los falsos cristianos, etc.; pero eso no importa, repetía el mismo Santo, por- que la caridad de Cristo nos hace fuerza para cumplir con nuestro ministerio. Quien considera lo que es y produce una Misión, no podrá menos de alabarla sobremanera. ¡Tanta paz y felicidad para las almas! ¡Tantos días felices proporcionados á los pueblos! tantos corazones unidos y santifica- dos! tantos regocijos para los ángeles y tantas derrotas para el abismo! Y estos bienes los produ- ce esa institución benéfica llamada Centro Apos- tólico, cuyo nombre escrito está en el cielo con esplendores de luz eterna, que brillará para siem- pre ante el trono del Altísimo...

Suyo *in visceribus Christi*.—*Ambrosio M. Gar- cía*, M. del C. de M.





SRA. MERCEDES MARTÍNEZ DE WALKER

MIEMBRO DEL DIRECTORIO

DEL

CENTRO APOSTÓLICO

FALLECIDA EL DÍA 7 DE JUNIO DE 1895

R. I. P.

A LA MEMORIA

DE

AQUELLA GRANDE ALMA

INSIGNE EN EL CELO DE SOSTENER Y ACRECENTAR

LAS OBRAS CATÓLICAS

FUENTE COPIOSA DE SUS MÉRITOS

PARA EL CIELO

LAS SEÑORAS DEL MISMO DIRECTORIO

DEDICAN ESTE PIADOSO RECUERDO



---

---

## APENDICE



### *Breve noticia de las razas indígenas de la Tierra del Fuego*

Mirada la carta geográfica de la grande isla de Tierra del Fuego, se ve que ésta tiene la forma de un triángulo cuyo vértice está hacia el norte, en latitud de 52° 28'.

El interior de la isla es montuoso en los bordes occidentales y meridionales; bajo y poco accidentado en el resto.

Las partes cubiertas de montes son á la vez pantanosas, cortadas por profundos valles, numerosos lagos y ríos caudalosos. Pastosas pampas, sin bosque alguno, forman lo restante.

La fauna de la Tierra del Fuego es bien reducida por el número de sus especies. En la Patagonia

(1) Tomamos esta noticia de la Memoria del gobernador de Magallanes, *La Tierra del Fuego y sus naturales*, 1896.

chilena hay el puma ó león, el ciervo, el gato montés, el cururo, el zorro y el guanaco. De los mencionados sólo se encuentra en la grande isla el cururo, el zorro y el guanaco.

El cururo poblaba antes todas las regiones planas de la Tierra del Fuego. Debido al establecimiento de haciendas lanares y bovinas, se va destruyendo rápidamente.

El zorro alcanza proporciones notables en su tamaño, y sus pieles de un color rojo-negro dorado son muy apreciadas.

El guanaco todavía abunda, pero sólo en las partes centrales de la isla, debido al establecimiento de estancias en las costas.

En cambio abunda hasta ahora y es un auxiliar de los indígenas el perro fueguino, cuyo origen, al parecer, mezcla de perro y zorro es un problema científico interesante y aún no resuelto.

En materia de aves, no existe el avestrúz, tan numeroso en la Patagonia. Hay en cambio flamencos, cisnes de cuello negro, cauquenes, patos de diversas especies y otras aves menores por millares.

Junto con el guanaco constituyen en gran parte la alimentación de los indios *onas* que pueblan la Tierra del Fuego.



Tres son las razas indígenas que han poblado la parte insular chilena desde el golfo de Penas hasta el cabo de Hornos.

Los *alacalufes*, que viven en las islas de los canales occidentales de la Patagonia (canales Smith) y en la parte occidental del estrecho de Magallanes hasta cabo San Isidro é isla Dawson. Llevan, como todos los fueguinos, una vida nómada. En sus frágiles canoas de tiras de corteza de árboles, cosidas con correones de cuero de lobo y calafateadas con paquetes de paja, recorren los canales, el seno de la última Esperanza, el mar de Otway y el golfo de Skyring, así como el estrecho de Magallanes hasta los puntos indicados.

Pernoctan en esta ó aquella isla donde encuentran algún marisco para alimentarse. Saben además cazar focas y nutrias. Las pieles de las segundas las transforman en capas, que cambian á los tripulantes y pasajeros de los vapores á cuyo encuentro salen, por un poco de galleta ó tabaco, ó algunas prendas de ropa.

Generalmente cada familia vive aislada. Su habitación es la canoa, donde están agrupados y semidesnudos los hombres, las mujeres y los niños alrededor del fuego que jamás se extingue en el fondo de la embarcación. Los acompaña el inseparable perro fueguino.

Su aspecto físico es lamentable. Son más bien bajos que altos, de grueso abdomen y miembros muy delgados. Como entre casi todas las tribus salvajes, la mujer es la que principalmente trabaja: ella pesca y ella rema.

No tienen otros utensilios que canastos admira-



blemente tegidos con una paja verde y baldes muy bien hechos de un trozo de corteza de árbol cosido con tendones de lobos.

Usan arpones de hueso de diversas formas para pescar. No conocen el arco y las flechas, sino los de más al sur. Usan, sin embargo, la honda y tienen puntería admirable.

Su contacto frecuente con las naves, que cruzan el Estrecho y los canales, han modificado mucho sus disposiciones hacia los blancos, con los que entran en relaciones comerciales sin dificultad alguna. No obstante, cuando encuentran pequeñas goletas y se consideran superiores en fuerza, suelen atacarlas, debiendo sus tripulantes ejercer mucha vigilancia. Son muy poco numerosos, estimándose que su número no pasará de quinientos habitantes.

Los *onas* habitan la grande isla de la Tierra del Fuego y á ellos se refiere principalmente esta Memoria, de los que extensamente trataré luego.

Los *yaghanes* habitan en el canal Beagle y las islas del sur hasta el cabo de Hornos.

Como los *alacalufes*, usan la canoa y navegan constantemente por los canales del laberinto de islas é islotes situados entre el canal Beagle y el cabo de Hornos.

Hacen sus habitaciones en tierra de unas cuantas estacas amarradas arriba formando un cono y cubiertas con algún trozo de cuero.

Son un poco más altos que los *alacalufes*, pero siempre se nota en ellos esa desproporción entre

el tronco y las extremidades. Se alimentan de mariscos, pescado y de carne de lobo de mar ó nutria cuando pueden cazarlos.

La canoa es también de tiras de corteza cosidas entre sí. La familia vive casi constantemente en ella. Tienen los mismos arpones, canastos, etc., que los *alacalufes*.

A pesar de esta semejanza de costumbres, los idiomas difieren en absoluto, así como el de los *onas* difiere de los dos anteriores.



La raza fueguina que habita la grande isla de Tierra del Fuego y que es conocida con el nombre de *onas*, es, á la vez que la más numerosa, la que tiene mejor aspecto físico.

Cuando la Tierra del Fuego era apenas conocida, se creía que el número de indios *onas* era muy reducido; ahora que se han fundado numerosas estancias y que es cruzada día á día por los empleados de ellas, se ha visto que su número es mucho mayor. Se estima, siendo un cálculo muy exacto y aproximado, que no hay menos de cuatro mil indígenas de la raza *ona* en la grande isla de la Tierra del Fuego.

Difieren esencialmente de los *alacalufes* y *yaghanes* por su aspecto físico y sus costumbres.

Descienden, sin duda alguna, de los patagones á juzgar por la semejanza física: altos, corpulentos,

de anchas espaldas, de miembros proporcionados al tronco, son una bella raza de hombres.

Como no conocen el uso de las canoas y estando obligados para proporcionarse su alimento diario á recorrer grandes distancias, se nota en ellos una admirable proporción entre su abdomen y sus miembros superiores é inferiores. Se observa en ellos cierta facilidad para sus movimientos, que hace que su andar sea ligero y hasta elegante.

Su estatura es alta, y Darwin tiene mucha razón al afirmar, que la media puede estimarse en un metro ochenta centímetros. Su apariencia es la de hombres fuertes y robustos, capaces de desarrollar gran fuerza.

Las mujeres mismas presentan un aspecto de gran fuerza física y esbeltez. Su fisonomía es agradable, muy diferente del aspecto casi repugnante de los *alacalufes*. Tez un tanto cobriza, facciones pronunciadas, admirable dentadura, todo en ellos indica que pertenecen á una raza fuerte, hermosa, ágil, cuya sangre rica es sensible que se extinga y no se mezcle con la de las otras tribus debilitadas. Andan desnudos, cubriéndose apenas los hombros y la espalda con un trozo de piel de los animales que cazan.

Usan, no obstante, algunos adornos muy elementales. Algunos llevan sobre su cabeza una especie de faja hecha de cuero de cururo con algunas plumas. Usan las mujeres collares y brazaletes hechos de trozos de tibias de cauquenes y otros pá-



jaros, los que ensartan en tendones de zorros ó guanacos.

Las mujeres tienen siempre pequeñas bolsas de cuero, con una tierra roja con la cual hacen una especie de betún para teñirse el rostro y las piernas.

Como las demás tribus fueguinas, las mujeres llevan sus pequeños hijos colgados á la espalda y como sentados sobre un delgado correón de cuero de lobo.

Llevan los *onas* una vida completamente nómada, quedando muy pocos días en un mismo punto.

En el sitio que eligen para campamento, excavan ligeramente el suelo, clavan en seguida unas cuantas delgadas estacas, que ligan con cuerdas en la parte superior, dando á la choza una forma de cono bajo; al rededor, para protegerse del lado del viento, la rodean con una baja muralla de champas y sobre las estacas colocan unos cuantos cueros de guanaco. En el centro de ese reducido espacio encienden su fuego, y á su contorno, acurrucados, se coloca toda la familia. Duermen allí inclinados unos sobre otros, quizás para abrigarse. Siempre los acompaña el inseparable perro, al cual estiman y acarician como á un hijo.

Cuando alguno de ellos se enferma, no usan otro procedimiento que el masaje. Generalmente es una india la que hace esta operación. Frotan la parte enferma con las manos y en seguida se las soplan como indicando que quieren expulsar con su aliento el mal.

Otras veces el individuo enfermo se tiende sobre el suelo y una india ó indio lo pisa con su pie desnudo en toda la parte dolorida, haciendo esta operación hasta sobre la cabeza.

Cuando un indio está enfermo, los compañeros de choza se ponen á cantar con un tono triste y monótono, siempre repetido durante horas.

Si el enfermo muere, luego lo entierran muy superficialmente y la familia cambia de sitio, aunque sea á unos cuantos metros de distancia.

Si algún individuo tiene sentimiento ó pesar se rasguña las piernas, haciéndose una serie de largos tajos que, en realidad, sólo comprometen la epidermis, pero de los que mana sangre en abundancia. Son generalmente las mujeres las que hacen esto y sobre todo cuando ven enfermos á sus hijos.

Lloran largas horas con un llanto monótono, pero derramando abundantes lágrimas. Ese llanto se oye desde larga distancia y causa impresión por su misma monotonía á la vez que tristeza.

Se ve claramente que el amor conyugal y filial está altamente desarrollado entre ellos. La esposa acaricia al marido y los hijos son motivo de grande afecto de parte de ambos. Escogen los padres los mejores trozos de carne ú otro alimento para dárselo á sus niños y los tratan con verdadero cariño.

Generalmente el hijo llega á uno, á dos ó tres años de edad y todavía la madre lo alimenta á su pecho. Cuando los padres ven algún peligro para sus hijos, los ocultan cuidadosamente y en los

combates, que suelen tener entre sí ó con los blancos, los indios adultos ó de pelea hacen rápidamente fosos donde ocultan las mujeres y niños y hasta los cubren con champa ó tierra á riesgo de asfixiarlos.

Se dice que algunos indios son polígamos, pero es este un dato difícil de comprobar.

Rara vez viven juntas muchas familias, debido quizás á las dificultades para hallar alimento suficiente para muchos en un solo punto. Sin embargo, para sus incursiones en las estancias, ó cuando tienen que defenderse del enemigo común, se reúnen entre sí.

La alimentación de los indios *onas* consiste en el guanaco, el cururo y los mariscos que encuentran en las playas.

El guanaco pululaba antes en toda la isla. Ahora, con la ocupación por las estancias de las pampas próximas al mar, se ha retirado á las ásperas serranías del interior, dificultándose su caza á los indígenas. Sin embargo, hasta hoy constituye su principal alimento.

Los indios conocen los valles ó cañadones por donde pasan habitualmente los guanacos. Se reúne un buen número de ellos y cortan grandes atados de pasto, en los cuales se ocultan. Forman escondidos tras de estos bultos un gran corral, y cuando los guanacos se acercan los van estrechando poco á poco. Los indios más hábiles en el manejo del arco y de la flecha se encargan de disparar sobre



el guanaco y rara vez yerran el tiro. Comen su carne y aprovechan las pieles para hacerse groseras capas.

Los cauquenes, que abundan también, son un alimento muy buscado. No menos ingenioso que el anterior es el procedimiento que usan para cazarlos. Al efecto, en una tira hecha de cuero de guanaco ó de lobo de mar, de cuatro ó más metros de largo y que fijan por sus extremidades á dos estacas sólidamente clavadas en el suelo, colocan una serie de guillotinas ó lazos de barba de ballena muy finos. Este aparato lo colocan en los sitios frecuentados por esas aves, las que vienen ahí y quedan sujetas por el cuello en los lazos de ballena.

Las playas les proporcionan mucho alimento entre pescado varado, choros, centollas, erizos, etc. Cuando pueden cazar algún lobo, ya es motivo de un festín. Una ballena varada, lo que ocurre rara vez, es algo muy superior.

El cururo, especie de ratón, constituía antes su alimento principal. Actualmente la pisada de las ovejas y vacunos han destruído en gran parte sus cuevas y también se halla sólo al interior. Los indios los sacan de la cueva, los descueran y los ensartan en varillas, conservándolos así por algún tiempo.

De vegetales sólo conservan en saquitos la semilla de una gramínea muy abundante, de la que hacen, mezclada con ceniza y arcilla, una especie de bolos, que comen durante el invierno.

El arte de cocinar sus alimento es rudimentario.

Las carnes y mariscos los comen casi crudos, pasándolos apenas por la llama de la fogata; los chorros los entierran breve rato en el rescoldo; la grasa cruda, la de ballena ó lobo de mar, la comen con delicia, enteramente cruda, al natural.

Puede decirse que no tienen más arma que la flecha, temible por la certera puntería. El vástago es de madera dura de calafate. La flecha la tallan en trozos de botella y es digna de admiración por su trabajo tan bello y acabado; la unen al vástago por medio de un tendón de guanaco. Para darle dirección le adaptan al extremo opuesto una pluma de ave, ligada también con tendones de guanaco. El arco es de madera de leña dura y la cuerda de lobo ó guanaco. El carcax lo hacen de cuero de lobo con su pelo y es una elegante pieza. Los arpones de hueso poco los usan.

El uso del caballo les es completamente desconocido. Aunque los roban en buen número de las estancias, lo hacen sólo para comer su carne y aprovechar la piel.

Felizmente hasta ahora tampoco han sabido aprovechar las armas de fuego que obtienen cuando asaltan ó asesinan á algún viajero desprevenido.

Tienen mucha astucia para sorprender á los viajeros. Se ocultan en cualquier depresión del terreno, de manera que pasan desapercibidos. Cuando son sorprendidos huyen con una velocidad extraordinaria y no caminan sino casi como en cuatro pies, siendo difícil alcanzarlos.

En sus asaltos á las estancias eligen las noches de luna; cortan los alambrados y hacen sus arrees de ovejas, llevándolas á lugares pantanosos donde no pueden avanzar sino con dificultad. Cuando temen ser sorprendidos cortan á las ovejas las corvas (tendón de Aquiles), las desgarratan, para que los animales no puedan moverse.

Aunque frecuentan las costas y se ponen en contacto con los *yaghanes* y aun los *alacalufes*, no han aprendido á fabricar canoas ni el empleo de ellas. Son exclusivamente indios de tierra firme.

Respecto á las creencias y ritos religiosos de los indios *onas*, como los de las otras dos tribus, nada se sabe. Hasta ahora, ni los misioneros salesianos, ni los mineros de Tierra del Fuego han aprendido el gutural idioma que hablan los *onas*. Por otra parte, nadie se ha preocupado de hacer investigaciones á este respecto, al menos metódicas y prolongadas, de las que pueda sacarse alguna conclusión que merezca fe.













